

A NOSA DIÁSPORA  
ESTUDIOS



Edmundo Moure

**Memorial  
del último  
Reino  
Santiago de Chile**

XUNTA DE GALICIA



**Edmundo Rafael Moure Rojas** nació en Santiago de Chile, en febrero de 1941. Hijo de padre gallego y de madre chilena, conoció a temprana edad el sabor de los libros; se familiarizó con la poesía gallega en la lengua campesina y marinera de Galicia, en la que su abuela Elena le narraba viejas historias de la aldea remota.

Fue presidente de la Sociedad de Escritores de Chile, en 1989. Director cultural de Lar Gallego desde 1994. Impulsó la creación del Programa de Estudios Gallegos, patrocinado por la Consellería de Educación e Ordenación Universitaria de la Xunta de Galicia y el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile, mediante el cual se imparte la enseñanza de la lengua gallega como 'crédito electivo' dentro del currículo académico.

En mayo de 2001, con ocasión del Día de las Letras Gallegas, dio inicio, en la Universidad Santo Tomás, a una Cátedra de Lengua y Cultura Gallegas.

Desde 1995 es colaborador permanente del periódico "Galicia en el Mundo".

Ha publicado las siguientes obras:

**En Santiago de Chile:**

- "Ciudad Crepuscular", poesía, 1981;
- "Más Allá del Pan", poesía, 1982;
- "Instantáneas", poesía, 1983;
- "Tres Veces Siete", cuento, 1984;
- "La Voz de la Casa", novela, 1985; 1994;
- "Rebeca", poesía, 1986.
- "Gente de la Tierra", relatos, 1987;
- "Entresiglos y Quimeras", poesía, 1994;
- "Cuentos y Poemas del Mundo Minero", cuento, 1997.
- "Gente de la Tierra", relatos, mayo 2000 (reescrito y ampliado).

**En Santiago de Compostela, Galicia:**

- "Galicia y Chiloé, Confines Míticos", ensayo, 1997.

**Inéditos:**

- "Santiago, Memorial del Último Reino", novela histórica.
- "Rosalía y Gabriela, Poetas de la Desolación", ensayo.
- "Precursores Gallegos de Chile" (en conjunto con Fernando Martínez), conjunto de monografías de personajes significativos de Chile ligados a Galicia.

MEMORIAL DEL  
ÚLTIMO REINO  
Santiago de Chile

*(Vida, hechos y sueños de Rodrigo de Quiroga y Camba y de  
Pedro Mariño de Lobera, precursores gallegos del Reino de Chile)*

EDMUNDO MOURE  
Junio 2001

Imprime: Tórculo Artes Gráficas, S.A.L.  
Pol. Ind. del Tambre.  
Vía Edison 33-35. Santiago.

I.S.B.N.: 84-453-3133-7

D.L.: C-1606-01

*A Patricio, yerno y amigo.*

*A mis dulces herederos de las palabras:*

*Karen,  
José María,  
Sol,  
Agustín,  
Antonia y  
Clemente.*



**Agradecimientos:**

*A Marisol, por su sagrada paciencia.*

*A mi amigo Andrés Suárez, fiel y acucioso colaborador.*

*A la memoria de Don José Toribio Medina y de Don Diego Barros Arana.*

*A los escribas anónimos que inventaron el Nuevo Mundo.*





*Santiago entró en nuestra América española tal y como fuera contemplado e invocado en su España: nimbado de leyenda...*

*Los conquistadores españoles, creyentes y desafortunados, atrapados en las patéticas circunstancias de sus temeridades militares, y con ellas las huestes de cristianos, crearon el mito y creyeron en él. La cristiandad indiana lo aceptó, se apropió de él, enriqueciéndolo y nutriéndose de él como componente de su religiosidad simple y generosa.*

EDUARDO CÁRDENAS GUERRERO, S.J.



# INDICE

PROLOGO.....	11
Cronología Histórica.....	15
<b>PALABRAS LIMINARES.....</b>	<b>23</b>
PRIMERA PARTE:	
<b>Un Gallego en el Fin del Mundo.....</b>	<b>27</b>
Proemio.....	29
Exordio.....	37
Sueños entre confines.....	41
Dulces compañeras.....	45
Derroteros al Sur.....	49
Aires de conjura.....	53
Tierra prodigiosa.....	57
Noche triste.....	61
Boda por encargo.....	55
Caminos.....	71
Hija del viento.....	75
Féminas.....	81
Entre Venus y Marte.....	85
La Espada y la Cruz.....	91
Travesía en el Mar del Sur.....	97
Toma de posesión.....	103
La caverna de los dioses.....	107
Signos y presagios.....	113
Vientos de muerte.....	119
Historia y leyenda.....	123
Un hermano traidor.....	127
SEGUNDA PARTE:	
<b>Compilación Memoriosa de Pedro Mariño de Lobera.....</b>	<b>131</b>
Estampa caballeresca.....	133
Fundación de la ciudad.....	135
La batalla por Santiago.....	139
La pluma de la virtud.....	143
Estados fabulosos.....	147
De guerreros, poetas y cronistas.....	151
De reales e imaginarios horrores.....	155
Una mujer caritativa.....	157
Muerte del joven Lautaro.....	159
Cólera de la madre tierra.....	163

TERCERA PARTE:

<b>El anhelo del regreso</b> .....	167
Sombra tenaz .....	169
Sueños en el Último Reino .....	171
Ad Perpetuam Rei Memoriam.....	175
Señales del mar y de los cielos.....	181
Adeus, adeus .....	185

CUARTA PARTE:

<b>Retratos de la Historia</b> .....	189
Rodrigo de Quiroga y Camba.....	191
Pedro Mariño de Lobera .....	193
Inés de Suárez.....	195
Pedro de Valdivia.....	197
Martín Ruiz de Gamboa.....	201

Referencias Bibliográficas .....	205
----------------------------------	-----

## PRÓLOGO

Si logramos una cierta abstracción de la realidad, nos liberamos de esas razones de la cercanía y nos atenemos al devenir de los tiempos mirando hacia atrás, y a su misma investigación histórica, obtendremos una concreta impresión de que, en el conjunto de esa gran epopeya española del descubrimiento del Nuevo continente, la empresa de Chile, acaso por las mismas dificultades de su proceso, nos ofrece una característica singularidad. Tras el tremendo fracaso de Diego de Almagro, en 1538, parecía natural que ningún español sensato pretendiera afrontar el riesgo de una nueva expedición hacia las tierras del Sur, hacia el confín austral de América.

Mas, no fue así. El ímpetu, nacido de la experiencia adquirida en ya lejanas batallas por Italia y confirmada en las recientes campañas pacificadoras del Perú, por una parte, y la ambición, por otra, de conseguir territorios en donde ejercer un mando directo, movieron ánimo y empuje de Pedro de Valdivia, allá por los finales del siguiente año, y con un reducido grupo de hombres y notoria escasez de medios, acometió la definitiva conquista de aquellas comarcas que se extendían más allá, cruzando las desoladas pampas salitrosas y atravesando el inacabable desierto de Atacama.

Entre aquel valeroso puñado de hombres que acompañaron a Valdivia en esa empresa, cabe destacar, y es justo hacerlo, a capitán gallego, el lucense Rodrigo de Quiroga y Camba, unos años más joven que el conquistador, y que no dudó en empeñar los bienes de su escasa fortuna personal para armar un pequeña tropa, a la que, en verdad, dotó más de ilusiones y esperanzas que de armas y materiales.

Quizá Quiroga sea el primer personaje destacado entre todos los hijos de Galicia que han participado en la conquista y fundación del Reino de Chile, que tiene como hito fundamental y significativo la misma fundación de Santiago del Nuevo Extremo, hecho que está datado en el 12 de febrero de 1541.

Desde su partida del Perú hasta su muerte en Santiago de Chile, transcurren cuarenta y un largos años en los que Rodrigo de Quiroga desempeña los más importantes cargos militares, de administración y de gobierno en Chile, demostrando una admirable capacidad de acción, pléutica de aciertos, y un visionario concepto de lo que debía ser un país integrado, a partir del inevitable y necesario mestizaje.

La valiosa aportación de Quiroga, casado con doña Inés de Suárez, una de las más extraordinarias mujeres hispanas de la época de la conquista, a lo largo de todo el proceso fundacional, está amplia y diversamente presente en documentos, crónicas y testimonios y consta en archivos de la profusa historiografía chilena desde 1541 hasta 1595; año éste que ha sido considerado como el de término de la conquista y del inicio de la llamada época colonial.

Conviene señalar que la figura de este excepcional lucense, fundador y organizador de una convivencia, como las de muchos otros gallegos que influyeron notablemente en Chile, como Cousiño, Freire o Fernando de Castro, no hayan sido estudiadas ni destacadas y divulgadas como se merecen. Es posible que los personajes ecuanímes y ponderados, con notable prudencia y buen tino, para ejercer los cargos encomendados, no despertan la curiosidad de los historiadores, ni aún aquellos que, como Rodrigo de Quiroga, acreditaron en sus acciones siempre un profundo desinterés personal, una acrisolada honradez en el servicio público y una generosidad a toda prueba, espontáneamente revelada en abundantes gestos de humanitarismo.

En esta obra de Edmundo Moure Rojas, escritor chileno-gallego, incansable escrutador de un pasado, ineludiblemente común, y tenaz constructor de tejidos culturales en el presente, se plasma un meritorio esfuerzo por rescatar del olvido o de la inaudita depreciación a esos gallegos importantes que tanto han tenido que ver en la historia de Chile.

Recuperar su memoria, con la noticia de sus vidas y de sus hechos, parece que es el principal propósito del autor de “Memorial del Último Reino”, creativa investigación, centrada en un período histórico y atenta a esas personalidades gallegas con brillo propio y con sobresalientes acciones.

Unos diez años después de la fundación de Santiago, llegaría a Chile el pontevedrés Pedro Mariño de Lobera para ponerse a las órdenes de Valdivia y pasar, poco después, bajo el mando de su paisano Quiroga. Mariño de Lobera se constituirá en uno de los primeros cronistas de la historia chilena al redactar su *Crónica del Reino de Chile*, que es texto fundamental en toda la segunda parte del presente trabajo, ya que es documento clave para bien entender las peripecias de la conquista de Chile y, asimismo porque se trata de un relato fantásticamente adornado, impregnado todo él de ese especial “maravillosismo” que marcaría a una gran parte de los testimonios hispanos sobre el desmesurado y asombroso Nuevo Mundo.

Salvo algunas inevitables y obligadas referencias y algunos estudios monográficos de Filgueira Valverde, estos ilustres gallegos en la historia de Chile, así como otros mencionados en este libro, no han merecido todavía la atención suficiente ni por parte de la historiografía española ni por la de los estudiosos gallegos de la historia. Acaso, como algunos han señalado, esa es una actitud que viene a coincidir con la consideración de “último reino” y de “isla perdida” que tuvo Chile en los casi tres siglos coloniales.

Sin embargo, ahí están, junto a otros españoles que acapararon más nombradía y presencia, los ilustres gallegos en la historia de Chile. También serán rescatados sus nombres, investigadas sus vidas y narrados los hechos que protagonizaron, aunque para ello nuestros investigadores tengan que escudriñar por entre crónicas y legajos la condición de gallegos en no pocos de los nombres y de los hombres que aparecen en unas y otros relacionados. Bien sabido es que en determinadas áreas de América, los nombres específicos se hicieron genéricos y que, en otras, éstos ocultaron la especificidad propia de los lugares y de las regiones de origen.

A pesar de todo, aquí hay noticias de Pedro Sarmiento de Gamboa, aquel pontevedrés que fue llamado El Caballero de Galicia, conquistador

del Estrecho de Magallanes, en el extremo sur del continente americano, fundador de la ciudad del Rey Don Felipe, primer asentamiento con características urbanas en aquellos páramos del fin del mundo nuevo. Sarmiento de Gamboa fue un hombre culto en su época; matemático, conocedor del latín y de los autores clásicos, marino eximio y que aportaría una valiosa contribución a la cartografía. Supo ver la conveniencia de consolidar aquellas lejanas y difíciles presiones del imperio español, amenazadas constantemente por las rigurosas inclemencias naturales y no menos por el asedio de los corsarios ingleses, siempre interesados en los mares y bahías del Sur.

Cuando escribimos la introducción al trabajo realizado por Moure Rojas sobre la Nueva Galicia chilena, Chiloé, con su capital dedicada igualmente al Apóstol Santiago –Santiago de Castro-, que fuera fundada por Ruíz de Gamboa, precisamente yerno de Rodrigo de Quiroga, pretendimos despertar miradas nuevas hacia la memoria gallega de América del Sur, escondida en medio de los pliegues de la historia, tras los sueños y las aventuras de los gallegos que llegaron a tan lejanas tierras y mares. En esa misma esperanza de recuperar personajes y acontecimientos de un pasado entrelazado y común, proseguimos hoy y por eso deseamos que esta publicación sirva de estímulo y de acicate para completar nuestra historia y nuestros conocimientos de ella.

Manuel Fraga Iribarne



## CRONOLOGÍA HISTÓRICA

- 1443 Tupac Yupanqui invade Chile.  
(Alrededor del año 1510, el inca Huaina Capac, hijo y sucesor, consolida la conquista, construye fuertes, prolonga el camino del Inca y deja guarniciones y gobernadores a lo largo de Chile, hasta el río Cachapoal) Primera explotación de recursos minerales; lavaderos de oro incásicos.
- 1499 Nace en la aldea de Castuera, La Serena de Extremadura, España, Pedro de Valdivia, conquistador de Chile.
- 1512 Nace en Tuiriz, Lugo, Galicia, **Rodrigo de Quiroga y Camba**.
- 1525 **Rodrigo de Quiroga** entra de paje de cámara de doña Beatriz de Castro, condesa de Lemos.
- 1528 Nace en Pontevedra **Pedro Mariño de Lobera**.
- 1535 **Rodrigo de Quiroga** viaja al Nuevo Mundo, a Venezuela y luego al Perú.
- 1540 *Enero*. Pedro de Valdivia emprende su expedición a Chile.  
*Febrero*. **Rodrigo de Quiroga** se une en Tarapacá con Pedro de Valdivia  
*Junio*. Pedro Sancho de Hoz, junto a Antonio de Ulloa, trata de asesinar a Pedro de Valdivia. Ulloa se granjea la confianza del capitán y se une a él  
*Julio*. Valdivia manda a la horca al faccioso Juan Ruiz; se corta la cuerda y se salva; lo envía al Perú.
- 1541 *12 de febrero*. Fundación de **Santiago del Nuevo Extremo** o de Nueva Extremadura.  
*11 de junio*. Nombramiento de Pedro de Valdivia como Gobernador  
Agosto. Conspiración contra Valdivia, informado por Alonso de Monroy; ejecución de cinco de los seis conspiradores.  
*11 de septiembre*. Ataque e incendio de la ciudad de Santiago
- 1542 *Enero*: Alonso de Monroy y cinco soldados emprenden la marcha por socorros al Perú.  
Primera cosecha abundante obtenida por los españoles, que les ayuda a paliar la hambruna generalizada desde la destrucción de Santiago.  
*Diciembre*. Llega Alonso de Monroy con precario socorro.

- 1544 *Enero*. Pedro de Valdivia nombra sesenta encomenderos en un gran reparto de tierras y de indios.  
*Abril*. Arribo de un barco del Perú a Copiapó; los indios asesinan a toda la tripulación.  
*Abril a junio*. Intensos temporales y lluvias en zona central de Chile.  
*Junio, fines*. Llega el barco *San Pedro* con Juan Bautista Pastene y refuerzos.  
*Septiembre*. Expedición al sur encargada a Juan B. Pastene, Jerónimo de Alderete y **Rodrigo de Quiroga**.
- 1545 *Septiembre*. Valdivia comisiona a Antonio de Ulloa con cartas para la Corte y una importante suma en oro.  
*Zarpe del San Pedro*.  
Traición de Antonio de Ulloa.  
Muerte de Alonso de Monroy en Lima  
*Octubre*. Se erige la ermita de Santa Lucía, pequeña Iglesia construida en el cerro Huelén (Santa Lucía). Al norte de la ciudad se funda la iglesia de Monserrat, a instancias de doña Inés de Suárez.
- 1545 *Noviembre*. **Pedro Mariño de Lobera** se traslada a América y reside en Panamá; viaja al Perú con Pedro de La Gasca, luego Virrey.
- 1546 *Febrero*. Pedro de Valdivia, con sesenta jinetes, parte de Santiago en expedición al Sur.  
*Julio*. Se pregona un bando con repartición de encomiendas. La guerra contra los mapuches se torna muy difícil y encarnizada. Imposibilidad de los españoles para dominar las comarcas del Sur.
- 1547 *Septiembre*. Llega a Santiago del Nuevo Extremo el marino Juan Bautista Pastene con ocho hombres, extenuados de hambre y fatiga.  
*Noviembre*. Llega desde Coquimbo el navío de Juan B. Pastene (el *Santiago*). Estratagema de Pedro de Valdivia para apoderarse del oro de varios vecinos que viajarían en el *Santiago* al Perú, los deja en la playa y se embarca.  
Intento de Juan Romero y Pedro Sancho de Hoz para hacerse del poder en ausencia de Pedro de Valdivia. Francisco de Villagra les reduce a prisión. Pedro Sancho de Hoz es decapitado por orden de Villagra.  
*Diciembre*. Pedro de Villagra presenta al Presidente de la Audiencia de Lima, Pedro de la Gasca, solicitud de autorización general para establecer en Chile las encomiendas a perpetuidad, lo que es concedido.

- 1548 *Abril*. Pedro de Valdivia recibe en Lima el título oficial de Gobernador y Capitán General de la Nueva Extremadura.  
*Octubre*. Pedro de la Gasca somete a proceso a Pedro de Valdivia basado en graves cargos en su contra; entre ellos su amancebamiento con doña **Inés de Suárez**. De la Gasca le aconseja “casarla” con alguno de sus capitanes.  
*Noviembre*. Se firma sentencia absolutoria en favor de Pedro de Valdivia  
*Diciembre*. Sublevaciones de los indios en Copiapó y La Serena. Incendio y destrucción de La Serena.
- 1549 *20 de junio*. Corpus Christi; hace su entrada solemne en Santiago el Gobernador Pedro de Valdivia. Francisco de Villagra es confirmado como lugarteniente de capitán general.  
*Julio*. Pedro de Valdivia nombra al licenciado Antonio de las Peñas Juez Superior.  
*Agosto*: Boda de **Rodrigo de Quiroga e Inés de Suárez**.  
Francisco de Aguirre inicia la reconstrucción de la ciudad de La Serena.  
*Septiembre*. Pedro de Valdivia sufre una grave herida al caer del caballo.  
*Diciembre*. Un primer registro de vecinos españoles consigna a quinientas almas.
- 1550 *Enero*. Pedro de Valdivia parte en expedición al Sur con doscientos hombres y designa a sus tres capitanes más leales: **Rodrigo de Quiroga**, Diego García de Cáceres y Juan Gómez.  
*Febrero*. Llega a Chile **Pedro Mariño de Lobera**.  
*Marzo*. Fundación de la ciudad de La Concepción.  
*Abril*. Pedro de Valdivia reconoce a **Rodrigo de Quiroga** por teniente de gobernador y queda en propiedad también como Juez Superior.  
*Agosto*. Un edicto del Cabildo prohíbe comerciar con oro en polvo; debe usarse la moneda establecida.
- 1551 *Febrero*. Fundación por Pedro de Valdivia de la ciudad de la Imperial.  
*Julio*. El Cabildo de Santiago instaura el “toque de queda”, a partir de las diez de la noche.
- 1552 *Enero*. Se admite a un licenciado en medicina para el ejercicio de su profesión.  
*Febrero*. El Gobernador Pedro de Valdivia funda la ciudad de Valdivia.  
*Mayo*. Por cédula real, el emperador Carlos V confirma a Pedro de Valdivia como Gobernador de Chile

- Julio*: Llega a Santiago del Nuevo Extremo **Martín Ruiz de Gamboa**.  
*Diciembre*. Inicia el Gobernador Valdivia, con refuerzos llegados del Perú una nueva campaña militar hacia las comarcas de Concepción.
- 1553 *Enero*: Se prohíbe a todos los que no tengan título de “licenciado en medicina” que se ocupen de las artes de curar.  
*Octubre*: Juan Fernández Alderete hace donación de terrenos a Fray Martín de Robledo, comisario de la Orden de San Francisco, para levantar allí el convento y la iglesia.  
*Noviembre*: Se inicia la rebelión mapuche en la zona de Arauco.  
*Diciembre, 25*: Batalla de Tucapel; muerte del Gobernador Pedro de Valdivia a manos del ejército mapuche liderado por Lantaro. (Algunos cronistas dan como fecha de muerte el 1 de enero de 1554).
- 1554 *Enero*. Se prohíbe a todos los que no tengan título de “licenciado en medicina” que se ocupen de las artes de curar.  
*Febrero*. Misión de socorros al Perú de Gaspar de Orense .  
*Junio y Julio*. Atroz invierno. Grandes hambrunas y epidemias. Casos de antropofagia entre los mapuches.  
*Octubre*. Juan Fernández Alderete hace donación de terrenos a fray Martín de Robledo, comisario de la orden de San Francisco, para levantar allí el convento y la iglesia.  
*Diciembre*. Desembarca en Valparaíso don Gerónimo de Costilla con trescientos hombres y un decreto provisional de Lope García de Castro, presidente de la Real Audiencia de Lima, gallego de nación, por el cual nombraba Gobernador de Chile a **Rodrigo de Quiroga**.
- 1555 *Diciembre*. Asalto y destrucción de La Concepción por los mapuches.
- 1556 *Julio*. Lautaro inicia gran campaña militar al norte del río Maule.  
*Noviembre*. Se conoce en La Serena la nominación de García Hurtado de Mendoza como gobernador de Chile.
- 1557 *Enero*. Es nombrado en Lima García Hurtado de Mendoza como nuevo Gobernador de Chile.  
*Abril*. Derrota y muerte de Lautaro en Mataquito.  
*Diciembre*. Batalla de Paicaví. Heroico desempeño del capitán **Rodrigo de Quiroga** salva de la muerte a cuarenta españoles. Fundación de la ciudad de Cañete.

- 1558 *Febrero*. García Hurtado de Mendoza y Alonso de Ercilla descubren el archipiélago de Chiloé. Exploración y reconocimiento del Estrecho de Magallanes por Juan Ladrillero.
- 1559 *Agosto*. García Hurtado de Mendoza da cuenta por carta al Consejo de Indias de las exploraciones del Estrecho de Magallanes.
- 1560 *Enero*. García Hurtado de Mendoza informa al Rey de la “total conquista y pacificación de Chile”.  
*Agosto*. A instancias de don García, se funda en La Serena el “hospital de menesterosos”.
- 1561 *Enero*. Muere don Andrés Hurtado de Mendoza, Virrey del Perú, padre de don García Hurtado de Mendoza.  
*Febrero*. Muere asesinado en Purén, a manos de los indios, el capitán don Pedro de Avendaño, primer yerno de **Rodrigo de Quiroga**.
- 1562 *Diciembre*. Muere Gabriel de Villagra, hijo de Francisco, en Catirai, durante una emboscada.
- 1563 *Junio*. Muere Francisco de Villagra, enfermo, en Concepción. El Cabildo de Santiago nombra Gobernador interino a Pedro de Villagra.  
*Agosto*. Desplazamiento de Cañete.
- 1564 *Mayo*. Pedro de Villagra llega a Santiago para confirmarse en el cargo de Gobernador.
- 1565 *Enero*. Pedro de Villagra inicia campaña de pacificación hacia el sur.  
*Junio*. Es confirmado como Gobernador **Rodrigo de Quiroga**, ejerciendo un gobierno interino hasta 1567.
- 1566 *Noviembre*. **Rodrigo de Quiroga** prepara la conquista de Chiloé, al mando de su nuevo yerno, **Martín Ruiz de Gamboa**, quien casa con su hija Isabel, a la sazón viuda de Pedro de Avendaño.
- 1567 *Febrero 10*. Fundación de Santiago de Castro en Chiloé, la Nueva Galicia, por **Martín Ruiz de Gamboa**.  
*Agosto*. Instalación en Chile de la Real Audiencia.

- 1568 Agosto. Llega a Chile un nuevo Gobernador, Melchor Bravo de Saravia.
- 1569 Mayo. Llegan a Concepción los sobrevivientes de la arrasada ciudad de Cañete.  
Agosto. Aparece en Madrid un pequeño volumen con el título de “La Araucana” de don Alonso de Ercilla y Zúñiga.
- 1570 Febrero. Terremoto y ruina de la ciudad de Concepción.
- 1571 Enero. Batalla de Purén. Sonada derrota de los españoles. El virrey Francisco de Toledo nombra Capitán General a **Rodrigo de Quiroga** y al capitán Lorenzo Bernal como maestre de campo.
- 1572 Diciembre. Cruentas batallas de Andalién y Talcahuano donde se distingue **Martín Ruiz de Gamboa**.
- 1573 Julio. Felipe II suprime la Real Audiencia y nombra Gobernador a **Rodrigo de Quiroga**, a quien se le concede la gracia del Hábito de Caballero de la Orden de Santiago.
- 1574 Noviembre. Llega a Santiago de Chile el gallego Mendo de Rivera con el nombramiento oficial de Rodrigo de Quiroga como Gobernador.
- 1575 Enero. Se reúne el Cabildo de Santiago para refrendar el juramento de **Rodrigo de Quiroga** como Gobernador del Reino de Chile.  
Abril. Es nombrado **Pedro Mariño de Lobera** corregidor de Valdivia.  
Diciembre. Espantoso terremoto de Valdivia; cataclismo y maremoto.
- 1576 Enero. **Rodrigo de Quiroga** nombra a Pedro de Lisperguer como “ juez de comisión para el castigo de los hechiceros”.  
Marzo. Insurrección de los indios comarcanos de Valdivia.  
Agosto. **Rodrigo de Quiroga** recibe refuerzos y se dispone a iniciar una campaña de pacificación.
- 1577 Enero. Inicio de campaña militar con cuatrocientos cincuenta soldados españoles y mil quinientos indios aliados.  
Agosto. Por real cédula, Felipe II pide a **Rodrigo de Quiroga** una **Crónica- descripción del Reino de Chile**.
- 1578 Marzo. Exitosas campañas militares contra los mapuches, comandadas por **Rodrigo de Quiroga** y Lorenzo Bernal del Mercado.  
Diciembre. Aparece en las costas chilenas la siniestra amenaza del corsa-

rio Francis Drake. **Rodrigo de Quiroga** prepara la defensa de los puertos. Ataque de Drake a Valparaíso.

- 1579 *Enero*. Carta inédita de **Rodrigo de Quiroga** a Felipe II; da cuenta de haber encargado la escritura de una crónica del Reino de Chile, sin mencionar al posible cronista.
- 1580 *2 de febrero*. Muere en Santiago del Nuevo Extremo **Inés de Suárez** *25 de febrero*. Muere **Rodrigo de Quiroga y Camba**. Es sepultado con gran pompa en la **Iglesia de La Merced**, en **Santiago de Chile**, donde hoy reposan sus restos.
- 1594 Fallece en Lima **Pedro Mariño de Lobera**.





## PALABRAS LIMINARES

La memoria no es sólo la restauración del olvido, sino el hondo ejercicio de la razón para superar el absurdo del tiempo fugitivo, ese desgranar lento o vertiginoso de las horas que va adquiriendo el implacable rostro de la decrepitud. La remembranza quiere recomponer el pasado, urdir sus esquivos hilos en el telar de la existencia. Sí, queremos explicarnos el presente, saber cómo y cuándo se nos arrojó en el enigmático río, pasajeros involuntarios en inciertos caminos del devenir. También quisiéramos conocer el más difícil de los enigmas: cuál será el mar donde desembocaremos, qué destino aguarda a nuestras ansias, o si acaso nos espera aquello que aterrorizaba a los antiguos celtas e incas: el acabamiento, el caos, la nada...

Pero alguien creó para nosotros las palabras, entre ellas una que parece aferrarnos de continuo a la vida: esperanza, definida como “un estado de ánimo en el cual se nos presenta como posible lo que deseamos”; o para los creyentes “virtud teologal por la que se espera que Dios dé los bienes que ha prometido”. Entonces, vamos construyendo el diario afán a la medida de nuestros sueños, impelidos por una suerte de entelequia luminosa, para hacer del tiempo obra perdurable y trascendente; algo, en suma, capaz de oponerse a la consunción y de negar la muerte como fatalidad ineluctable.

Con este ánimo, pienso e imagino, llegaron a las inmensas tierras del Nuevo Mundo estos dos gallegos precursores del Reino de Chile: **Rodrigo de Quiroga y Camba**, y **Pedro Mariño de Lobera**, como otros

tantos capitanes de la Conquista. Les correspondió venir, como se decía en aquella época, al “último reino”, porque después de éste no habría otro finisterre, y también, porque era casi imposible prever desde aquí un regreso: tan lejos estaba, tan remota era su geografía (lo sigue siendo, en buena medida), que no quedaría sino quemar las naves, a la manera de Cortés, pues no iban a ser estos aventureros como Ulises, con su Ítaca en las pupilas, sabiendo que volvería a pisar sus lejanas eras, sino transterrados que cortaban su cordón umbilical para quedar a la deriva del destino, en el fin del mundo.

Me sumergí en los textos antiguos para reconstruir, en la medida de lo posible, las memorias de aquellos dos *devanceiros*<sup>1</sup>: Rodrigo de Quiroga, el lucense; Pedro Mariño de Lobera, el pontevedrés. Encontré un rico y profuso material, mucho más abundante de lo que hubiera creído, pues la época de la Conquista de Chile y aun de la Colonia, posee una sólida historiografía, gracias a la tarea de veras colosal de don José Toribio Medina, y a los aportes de otros historiadores e investigadores, entre los que destaco a don Diego Barros Arana, dueño de una prosa certera y sugerente. A través de sus textos y de los documentos conservados pude acceder al fascinante mundo de la conquista de los “reinos del sur” y al conocimiento de los avatares de estos dos notables personajes que, sin duda, contribuyeron a la consolidación de las nuevas fundaciones.

**Rodrigo de Quiroga** dejó una huella significativa en la vida pública del nuevo reino, durante el período que va desde la fundación de Santiago del Nuevo Extremo, el 12 de febrero de 1541, hasta su muerte, acaecida el 25 de febrero de 1580, habiendo ocupado los más altos cargos en la conducción política y militar del incipiente estado. **Pedro Mariño de Lobera**, en cambio, vivió una existencia marcada por el prurito de la aventura, por un ir y venir entre las innumerables comarcas de lo que hoy conocemos como América del Sur. No obstante, dejó parte de sus memorias en la Crónica del Reino de Chile, texto que fuera luego enmendado por el clérigo jesuita Bartolomé de Escobar, al parecer con no muy felices resultados desde el punto de vista histórico...

---

<sup>1</sup> Devanceiro. En lengua gallega, precursor, fundador.

Aun cuando la vida y obra en Chile de estos dos gallegos constituye un notable aporte a la formación del país del finisterre austral, su trayectoria no ha sido estudiada con la profundidad e interés que ameritan sus contribuciones. Quizá sea ésta, sin vana pretensión, una primera tentativa de estudio y entendimiento de sus huellas en el extenso territorio donde dejaron su espíritu y su sangre.

Más allá de los datos históricos documentales, comprobables y fidedignos, hay un ámbito siempre abierto a la imaginación, aquel espacio mágico donde los seres humanos vivimos y soñamos los avatares secretos de la intimidad. En aquellos surcos de la memoria he intentado vislumbrar, con cariño y respeto, los claroscuros de la fantasía individual de estos ya amados protagonistas, quienes, junto a doña Inés de Suárez y a don Pedro de Valdivia, recorren las páginas del libro que tienes en las manos, querido lector. Y junto a ellos palpitan otros personajes, otros nombres entrañables, y también los fantasmas del escriba que resurgen en la porfía de su inconsciente... Que el resultado sea -así lo quisiera el autor- un fruto en sazón de la memoria colectiva, esa herencia anónima que vamos recibiendo, en el asombro irreplicable del hallazgo humano.

EL AUTOR



**I: UN GALLEGO EN EL  
FIN DEL MUNDO**



## **Proemio**

**R**odrigo de Quiroga y Camba nació alrededor de mil quinientos doce en la aldea de Tuiriz, en las comarcas campesinas de la Galicia interior. Provenía de familia hidalga y su apellido alude a los extensos dominios de Quiroga, en la parte sureste de la provincia de Lugo. Sobre la data exacta de su nacimiento hay diversas opiniones, ya que no existe su partida de bautismo. Así, algunos cronistas e historiadores dicen que habría muerto ya octogenario. Si eso fuese cierto, hubiera nacido a comienzos del siglo XVI, teniendo por tanto la misma edad que Pedro de Valdivia, aunque los hechos conocidos merced a la documentación histórica nos hacen presumir de un individuo al menos ocho o diez años menor que el capitán extremeño de la Conquista.

De niño, fue paje de la tercera condesa de Lemos, doña Beatriz de Castro, “la hermosa”, sobrina del cardenal Rodrigo de Castro, fundador del Colegio de la Compañía, en Monforte de Lemos.

Se embarcó para el Nuevo Mundo en mil quinientos treinta y cinco. Llegado al Perú, participó en la defensa del Cuzco y Lima, distinguiéndose tempranamente como hábil soldado. En mil quinientos cuarenta atravesó con la hueste de Pedro de Valdivia los inmensos páramos del norte de Chile y participó en la fundación de la capital del incipiente reino, Santiago del Nuevo Extremo, el doce de febrero de mil quinientos cuarenta y uno.

Junto a Jerónimo de Alderete encabezó las primeras expediciones australes de conquista. En mil quinientos sesenta y siete, su yerno, Martín Ruiz de Gamboa, fundaría la villa de Santiago de Castro, en la Isla Grande de Chiloé, como la más austral de las ciudades bajo la advocación del

Apóstol Santiago. En homenaje a su suegro, y al licenciado Lope de Castro, también gallego y por entonces virrey del Perú, Ruiz de Gamboa bautizó el mágico archipiélago del sur como Nueva Galicia.

Cabe hacer notar que en las travesías hispánicas al extremo sur de América tuvo intervención directa la Casa de Contratación de La Coruña, que apoyó también las empresas náuticas del célebre marino pontevedrés Pedro Sarmiento de Gamboa, conquistador de los territorios del Estrecho de Magallanes y fundador de la desaparecida villa Rey Don Felipe, en las cercanías de lo que es hoy la ciudad de Punta Arenas. Asimismo, sustentaría la expedición de Alvaro de Mendaña.

A la muerte de Pedro de Valdivia, acaecida el veinticinco de diciembre de mil quinientos cincuenta y tres, luego de la batalla de Tucapel, el Cabildo Municipal de Santiago, primera autoridad ejecutiva colegiada, nombró a Rodrigo de Quiroga “Capitán General y Justicia Mayor del Nuevo Extremo”, cargo que resultaría efímero, puesto que, al conocerse al testamento de Valdivia, éste favorecería en la sucesión a su incondicional hombre de confianza, Francisco de Villagra.

A fines de mil quinientos sesenta y tres, luego de la muerte de Villagra, los principales vecinos encomenderos otorgan el irrestricto apoyo a Rodrigo de Quiroga, quien se transformaría en el virtual segundo gobernador del Reino de Chile, cargo que asume en propiedad en mil quinientos sesenta y cinco. En este período se consolida el relativo dominio militar de los hispanos sobre el pueblo mapuche, manteniéndose un cierto equilibrio entre escaramuzas bélicas y largas treguas. No obstante, el escaso apoyo prestado por el gobierno de Felipe II en hombres, armas y dinero, contribuirá al rápido deterioro de la situación en el “último reino” del Sur, agravada por los terremotos de 1570 y 1575. En aquellas circunstancias de extrema crisis, sobresalió el tino político y la notable ecuanimidad de Quiroga.

Andrés Hunneus Pérez, en su “Historia de las Polémicas de Indias en Chile” aporta consideraciones clarificadoras acerca de la visión del mundo con que los conquistadores enfrentaron la dura problemática de la Conquista. Al respecto escribe:



*“El español del siglo XVI tenía una imagen religiosa del mundo y, por tanto, debió plantearse el problema de la legitimidad de los sucesos que protagonizaban los conquistadores de América desde este punto de vista. Él aplicaba los principios religiosos y morales a las artes, a las ciencias, al derecho, a la política, en una palabra, a todas las expresiones de la vida humana”.*

*“Si se parte de esta base, y del hecho que esa visión era común a todos los españoles, es fácil comprender por qué las controversias de Indias no constituyen un asunto que solamente interesó a unos cuantos eruditos, sino que fueron, más bien, un problema de conciencia. Sus repercusiones tenían una enorme importancia, porque las respuestas para los diversos problemas debían transformarse en actitudes vividas, aún para el más apartado guerrero español en el Nuevo Mundo. Por eso, no sólo se discutieron en la corte, sino en toda América; y chocarán en medio del fragor de los combates con los indios, religiosos, autoridades y conquistadores, los unos contra los otros, defendiendo todos apasionadamente su manera de pensar y tratando de justificarla en derecho y en teología”.*

Rodrigo de Quiroga iba a ser uno de los hombres clave en la solución que los hispanos intentaron dar a los conflictos surgidos en la cruenta guerra de Arauco, donde, por primera vez en toda la Conquista, la insubmisión del indígena sería permanente.

Las noticias y referencias que tenemos sobre su accionar nos hacen colegir que fue un hombre ecuánime y conciliador en circunstancias extremadamente difíciles para lograr un entendimiento entre los fieros naturales y aquellos iracundos guerreros del trueno y el caballo. Asimismo, debemos tener en cuenta que el mapuche fue el único pueblo amerindio al que no pudo vencer de manera definitiva el aparato militar español.

En el extenso período colonial, que podemos acotar entre fines del siglo XVI y comienzos del XIX, considerando como hito decisivo del término de la Conquista de Chile el mes de diciembre de mil quinientos noventa y ocho, cuando se produce el desastre de Curalaba, donde fue

degollado el entonces gobernador, Martín García Óñez de Loyola, más de la mitad del territorio, del Río Mataquito al Sur, permanecerá como zona bajo el dominio mapuche, estableciéndose una amplia red de fuertes y emplazamientos fronterizos mantenidos por los hispanos con el objeto de evitar masivos ataques indígenas.

Como indigno corolario de una guerra que costaba al imperio español “la flor de sus guzmanes”, Felipe II, por Real Cédula de veintiséis de mayo de mil seiscientos ocho, autorizaba y justificaba el establecimiento de la esclavitud en los siguientes términos:

*“Que todos los indios, así hombres como mujeres de las provincias rebeladas del dicho Reino de Chile, siendo los hombres mayores de diez años y medio y las mujeres de nueve y medio que fuesen tomados y capturados en al guerra por los capitanes, y gente de guerra e indios amigos nuestros y otras cualesquiera que entiendan en aquella pacificación sean habidos y tenidos por esclavos suyos, y como tales se puedan servir de ellos y venderlos, darlos y disponer de ellos a su voluntad”.*

Este abyecto decreto fue anulado por la Real Cédula de diecinueve de mayo de mil seiscientos ochenta y tres, que puso fin a las “malocas” (expediciones de captura de presas) y prohibió la esclavitud de los mapuches, aunque su práctica iba a extenderse en los territorios del sur hasta promediar el siglo XVII.

Bajo el gobierno de Rodrigo de Quiroga la guerra continuó encarnizadamente, aunque los requerimientos de paz fueron reiterados, según lo narra el cronista Góngora y Marmolejo:

*“Y después que el dicho Rodrigo de Quiroga se encargó del gobierno deste reino, dio orden de pacificar los indios en guerra, para lo cual envió a hacer e hizo a los indios muchos requerimientos de paz e que no tuviesen temor de castigo por lo que habían hecho, e que entendieran que si agravios se habían hecho hasta entonces, no habían sido con voluntad de Su Majestad, e que declarasen la causa de su rebelión, para que, sabido, se les prometiese justicia en lo que tuviesen razón, y en lo que no, se les diese a entender cómo era malo pretenderlo, e les prometió*

*los daños e guerra; y aliende de esto, dio orden cómo los indios que estaban de paz fuesen sobrellevados de trabajos, para lo cual hizo muchas ordenanzas...*

*“Es interesante observar –nos dice Andrés Huneeus– que el gobernador no descartó la posibilidad de que los indios tuviesen alguna razón para sublevarse; si bien es cierto que, seguramente, no la creía suficiente para justificar la guerra que ellos hacían”.*

Grupos de indios de la comarca de Cañete y de las riberas del Biobío depusieron su actitud belicosa y consintieron en colaborar con los españoles. No obstante, muchos de ellos volvieron a sus tierras y reiniciaron los ataques con mayor ímpetu, dejando en claro que su permanencia junto a los hispanos les había aportado valiosa información para su futura estrategia. Recordemos que el propio Lautaro, vencedor de Pedro de Valdivia, fue asistente de cuadra del conquistador.

En cuanto al modo de combatir a los mapuches, Rodrigo de Quiroga continuó con el sistema ya habitual, es decir, destruir las sementeras indígenas e incendiar sus rústicos poblados para forzarles a pactar la paz. Pero si consideramos que el pueblo mapuche era esencialmente nómada y guerrero, careciendo de asentamientos regulares, e incluso de aldeas de población numerosa, nos podemos explicar el fracaso de tal estrategia, la que había funcionado bien contra aztecas, mayas e incas.

Por otra parte, el castigo físico no parecía arredrar a los mapuches, y su porfiada inclinación al combate, en terrenos que conocían y dominaban, les iba otorgando la categoría de imbatibles ante las huestes imperiales, ahora entregadas a una guerra defensiva, en espera de esos refuerzos que no llegaban desde el lejano Perú y menos de la remotísima España.

Digamos con el cronista que fue Quiroga *“hombre generoso y caritativo y su casa era hospital y mesón de todos”*. Fundó en Santiago de Chile el convento de Nuestra Señora de la Merced, en cuya iglesia reposan hoy sus restos. Fue un soldado y gobernante que dejó buena memoria en la historiografía chilena, algo no corriente entre los capitanes de la Conquista...

Imaginemos a este gallego, lucense por añadidura, en el empeño de consolidar un reino gigantesco, enfrentado a las inclemencias de la naturaleza hostil, al asedio implacable de miles de indígenas que no temían a la pólvora ni al caballo ni al hierro, que no eran proclives a entender el mensaje de ese patético dios crucificado cuyas enseñanzas contradecían a diario, por el fuego y el látigo, aquellos extraños discípulos de yelmos resplandecientes y barbas iracundas.

Diez años después de la fundación de Santiago del Nuevo Extremo, llegaría a Chile otro capitán gallego, dieciséis años más joven que Rodrigo de Quiroga. Iba a incorporarse como uno de sus más dilectos compañeros y colaboradores. Era Pedro Mariño de Lobera, hijo de don Hernán Rodríguez de Lobera y de doña Constanza Mariño Marinas de Sotomayor. Nacido en la villa de Pontevedra, Reino de Galicia, en mil quinientos veintiocho. Su padre fue Regidor Perpetuo de la ciudad y capitán general de su costa.

De él escribe don José Toribio Medina en su **'Diccionario Biográfico Colonial de Chile'**, que glosa y amplía el historiador Juan Uribe Echevarría:

*“Don Pedro se ejercitó en el arte militar desde su infancia. En 1548 se traslada a América y reside en la ciudad Nombre de Dios (Panamá). De regreso a la Península se encuentra en la Habana con Pedro de la Gasca, el cual lo hace portador de cierto secreto encargo para don Antonio de Mendoza, Virrey de México. Éste lo lleva en su séquito al hacerse cargo del Virreinato del Perú”.*

*“La tranquila y cortesana vida limeña no se ajustó con el carácter aventurero de Mariño de Lobera, y en conocimiento de que en Chile se sucedían los combates entre araucanos (mapuches) y españoles, se dirigió a Santiago del Nuevo Extremo en 1551”.*

*“Combatió en Mataquito contra Lautaro y más tarde se distinguió en los combates contra las fuerzas de Ongolmo y Paicaví, a las órdenes de Rodrigo de Quiroga. En 1557 fue nombrado vecino encomendero de Concepción. Pedro de Oña, en el canto*

IX del **'Arauco Domado'** brinda una octava real a su estampa ecuestre:

*'Con escamosa malla y doble cuera  
Encima de un dorado castañuelo  
Que huella al aire vano más que el suelo,  
Y apenas cabe en toda la ribera  
Parece don Mariño de Lobera  
Aficionado a tierra, mar y cielo:  
Varón ejercitado en la milicia,  
Y noble caballero de Galicia'*

*"En diciembre de 1575, siendo corregidor de la ciudad de Valdivia, actuó con heroísmo, eficacia y pérdida de sus bienes en el terremoto e inundación de la ciudad por el desbordamiento del lago Riñihue, catástrofe que ha vuelto a producirse, con iguales características, en mayo de 1960".*

*"Después de largos y fatigosos años de permanencia en Chile, regresa al Perú en fecha indeterminada, y es nombrado corregidor de Cumaná".*

*"En 1594, año de su muerte, reside en Lima dedicado a redactar su 'Crónica del Reino de Chile', sumando a sus recuerdos lo que le contaban otros veteranos de las guerras de Arauco."*

*"Hombre más de espada que de pluma, Mariño de Lobera obtuvo la ayuda del jesuita Bartolomé de Escobar, quien le dio nueva redacción y estilo a sus apuntes."*

Debemos decir que en su 'Crónica' se entrecruzan la fantasiosa imaginación barroca, con las constantes apariciones de la Virgen María y el Apóstol Santiago, y el notable realismo de relatos como el del terrible terremoto de la ciudad de Valdivia, novecientos kilómetros al sur de Santiago, sismo ocurrido "...al año de 1575, en 16 de diciembre viernes de las cuatro temporadas de Santa Lucía, día de aposición de la luna, hora y media antes de la noche..." La descripción que sigue resulta de veras espeluznante y podría parecer exagerada para quien no conozca el desenfreno telúri-

co de Chile... Cuatro siglos después, en 1960, asistimos con pavor a un terremoto similar, considerado por expertos sismólogos como uno de los más intensos de que se tenga memoria, con características de virtual cataclismo.

Entre Rodrigo de Quiroga y Mariño de Lobera se entretajan las narraciones memoriosas de dos auténticas epopeyas individuales. Contrasta la desbordante y barroca fantasía de Mariño con la ponderación y el humor, a ratos escéptico, del adelantado Quiroga. Dos relatos, dos universos íntimos; una sola pasión: la aventura fundacional, rasgo inequívoco del ser gallego.

## Exordio

*“Vendrán siglos de aquí a muchos años que afloje las ataduras de las cosas el océano y que aparezca la gran tierra y descubra Tiflis, que es la navegación, nuevos mundos. Y no será Tule la postrera de las tierras”.*

(Séneca, en su tragedia ‘Medea’)

**L**os evangelistas escribieron bajo el dictado de Dios. Él guió sus plumas con las verbas precisas donde fulge toda elocuencia.

Si la memoria es la metáfora de la resurrección, yo, Rodrigo de Quiroga y Camba –excúseme el Todopoderoso– siento que escribo por una mano que no es la mía, como si alguien fuera de mí otorgara su impulso al fluir de la palabra para servirse de mis recuerdos como de un libro precioso guardado en recónditas bibliotecas. Prometí a nuestro glorioso Rey, Su Majestad Felipe II, escribir esta descripción de los hechos principales acaecidos en el Reino de Chile. Fue una incumplida promesa que hoy, en parte, espero reparar...

Ése que por mí narra: ¿quién es? Quizá sea un escriba anónimo ante su mesa de trabajo, cinco siglos encaramado en el incierto futuro...Pudiera ser esto desvarío de mi imaginación, pero recuerdo al canónigo, fray Patricio Valenzuela y Bórquez, deán mayor de Compostela, tenido por sabio según algunos; por brujo y disoluto, según otros...

Nacido en el remoto villorrio de Tuncabaixo, feligresía de San Vicente, se decía de él que fuera en su juventud, y aún de avanzada madurez, osado e insaciable amator. Luego de turbio lance con cierta dama de alcornia de la casa de los Grande, en Chantada, hubo de recluirse en el seminario de Tui. Allí se despertó su vocación apostólica. A la manera de San Agustín, su conversión era fruto expiatorio de los hondos pecados de la carne.

Requerido por mi padre, a quien le unía segunda línea de parentesco, dióse Valenzuela y Bórquez a la infructuosa tarea de enseñarme la lengua de Horacio y Cátulo y las doctrinas de la escolástica, en el claustro mayor de Compostela, allá por mil quinientos veintiocho. Y aunque nunca se me dieron frondosos los latines, ni fui eximio en retórica, aprendí de él a desvelar algunas penumbras del ingenio humano, procurando ver donde muchos no ven. Débole aquel prurito, entre místico y poético, que suele traerme por los cabellos cuando enfrento el cotidiano apremio de la supervivencia.

El Canónigo afirmaba que, así como Dios permanece más allá del tiempo, las almas de los justos, puestas en trance de meditación y rogativa al Hacedor, pueden viajar sin pausa, moviéndose fuera del cauce lógico de Chronos, sea hacia el pasado o hacia el futuro, y acceder a inefables misterios vedados al común de los mortales.

Antes de marchar para el Nuevo Mundo conversamos largamente, mientras andábamos y desandábamos la tersa caligrafía de los jardines del Palacio de Gelmírez... Su recuerdo está presente, asociado a esta bella clepsidra azul que me acompaña, como una reliquia, con la blanca luz de su arena de los Santos Lugares, obsequio que puso en mis manos aquella tarde lejana del lluvioso mayo... Me parece escuchar ahora la voz cadenciosa, de inconfundible acento lucense, del clarividente canónigo.

“El Nuevo Mundo, Rodrigo, podría resultar una entelequia; remitámonos al Eclesiastés; ‘nada nuevo hay bajo el sol’. Y es que allá, al otro lado del mar que los antiguos creían antesala del caos, no encontrarás *eldorados* ni paraísos terrenales, porque el infierno, el purgatorio y el edén están en nosotros mismos y no en un espacio-tiempo que podamos siquie-



ra vislumbrar. No obstante, toda maravilla surgirá y volverá a ti según sea tu capacidad de recrear, una y otra vez, los seres y el mundo que te rodea”.

Célebres fueron en Compostela y Braga, entre los hombres de aguzado ingenio y hondos saberes, las discusiones que sostuvieron Valenzuela y Bórquez y el archiprior Mauro Torralba. Éste defendía, ardoroso y petulante, la tesis que sirviera de inspiración a los Reyes Católicos. Según ella, los conquistadores y misioneros que viajaban a las Indias debían cumplir su cometido escatológico y milenarista de fundar unos cielos nuevos y una tierra nueva, para restaurar la Iglesia de Cristo en su pureza, a imagen y semejanza de la vida apostólica, sin las deformaciones y continuos errores acumulados en su maridaje con los poderes del mundo.

Se comentaba que Valenzuela y Bórquez hacía suya la doctrina priscilianista<sup>2</sup> y en secreto practicaba ritos panteístas –“Esto es cierto y no lo es, Rodrigo– pues somos los gallegos una estirpe que concibe la naturaleza y sus elementos cual entes sagrados de un todo compartido con hombres, animales, árboles y plantas, cuyo equilibrio no puede violentarse sino a riesgo de nosotros mismos. No lo entienden así los castellanos, ni menos el Torralba ése, que flagela su carne con negaciones y abstinencia de supuesta intención mística, mientras consiente o desestima la servidumbre de otros pecados no menos ominosos”.

Y citaba el Canónigo a Séneca y a otros ilustres sabios de la Edad de Oro romana, con notable propiedad e ironía.

–“También Dante, caro Rodrigo –nos habla de ese reino de Utopía que Ulises no se atrevió a cruzar, simbolizado en las columnas de Hércules que flanqueaban el paso a lo desconocido, a esas tierras prometidas exentas de pobreza y fatiga, libres de enfermedad, sin la condena atávica de la muerte, en las que no existen el tiempo ni la decrepitud. Pero los desvaríos de navegantes, locos y poetas no deben extraviar nuestro juicio ni encabritarnos la razón... Recuerda estos versos del gran Alighieri:”

---

<sup>2</sup> La doctrina priscilianista es un conjunto de ideas sustentadas por el primer heresiarca ibérico, Prisciliano, oriundo de Galicia, que fuera decapitado en Tréveris, en el año 335 de nuestra Era. Sus proposiciones apuntan a un panteísmo mezclado con los preceptos de la doctrina cristiana primitiva.

*“Nuestra alegría se convierte en llanto,  
pues de la nueva tierra un viento nace  
que del leño sacude el primer canto;*

*con las aguas tres veces girar la hace  
y a la cuarta la popa es elevada  
se hunde la proa –que a otro así le place–  
y nos cubre por fin la mar airada”.*

Me dio su bendición cuando clamaban al cielo las campanas del Angelus. Nubes inquietas deslizábanse de Compostela al oeste; el viento iba a llevarnos en sus grupas volanderas hacia las tierras aún ignotas cuya ventana marina abrió para nosotros el almirante Cristóbal Colón...

–“Tal vez encuentres, mi buen Rodrigo, en aquellas comarcas del Sur, ese lugar ansiado que mora en tu corazón: la ciudad prodigiosa del último reino” –.

## Sueños entre confines

Pocos, muy pocos fuimos los destinados a Chile. La mayoría de los españoles avecindados en el Perú rehusaba intentar de nuevo el camino pavoroso del adelantado Diego de Almagro. La sola mención de esas dos sílabas extrañas que designaban a un pajarillo de canto breve y silbador, *chi-le... chi-le*, hacía temblar a los hombres. Estábamos convencidos que aquel era el finisterre, el límite final de los cartógrafos, el último reino. Se contaban historias aterradoras de los *promaucaes*<sup>3</sup>, guerreros desnudos e indómitos ante cuyo bélico fragor claudicaran los ejércitos del Inca.

Recuerdo la hueste fantasmal de Almagro entrando en el Cuzco, noche de San Juan de mil quinientos treinta y ocho. Nunca viera semejante cohorte de espectros; era como una *Santa Compañía*<sup>4</sup> de desarrapados, muertos en vida, que caminaran hacia ineluctable condena... Soldados que al sacarse sus botas dejaban en ella dedos tumefactos por el frío; individuos ciegos por el inmisericorde resplandor de la nieve; locos que habíanse trastornado por sobrehumanos rigores... Se rumoreaba que el enorme fracaso llevaría a la muerte al capitán Almagro, perdido el favor de los hermanos Gonzalo y Hernando Pizarro. La sombra del cadalso cerníase sobre los capitanes de aquella famélica procesión que regresaba del averno.

Yo tenía entonces veintiséis años y había participado con buena fortuna en la defensa de Cuzco, bajo las órdenes de Pedro de Valdivia. Luego combatí, junto a Pedro de Candia y Pedro Anzúrez, contra los “chun-

---

<sup>3</sup> Promaucaes: nombre primitivo dado por los incas a las tribus mapuches de Chile.

<sup>4</sup> Santa Compañía: Procesión de espectros nocturnos que recorre en Galicia los caminos aldeanos.

chos”, tribus guerreras que habitaban al interior de la Sierra Nevada del Perú, donde pasamos hambre y padecimientos inenarrables durante largos meses... Fueron tres duros años en el Reino del Perú, después de un viaje de casi cuatro meses, viniendo de mi aldea de Tuiriz, en Lugo, Reino de Galicia, para servir a Dios Nuestro Señor y al gloriosísimo Emperador en los australes confines.

Mi padre aceptó mi decisión de partir, pues sus negocios menguaban y el riguroso invierno de mil quinientos treinta y cuatro acabó con las cosechas, y mermó el ganado y las bestias de nuestra hacienda. Por otra parte, don Gonzalo Álvarez de Osorio, su ocasional y renombrado socio, había decidido terminar con su manufactura de sedas, pues una rara peste diezmó sin piedad las plantaciones de moreras... Galicia parecía un reino en decadencia y sus hijos comenzaban a buscar en lejanas tierras la aventura, el pan y la esperanza...

Mi madre no dijo nada. La vi entrar en la *lareira*<sup>5</sup> y sentí como se movía, ansiosa y apenada, entre las cazuelas y potes de su mester. Era su callado refugio ante la zozobra. Iba a quedar en casa acompañada por mi hermana Elena, mientras permaneciese soltera, y por mi padre, aunque éste pasaba la mayor parte del tiempo fuera de la aldea. Álvaro, mi hermano mayor, había ingresado como regular de claustro en el monasterio de Coimbra. Sería para ella una especie de doble muerte: la partida de su predilecto, viaje que intuyó sin regreso; y la irremediable soledad de la ausencia clavada en su espíritu para siempre.

Tres días duró el viaje entre Tuiriz y Baiona. La lluvia constante dificultaba el paso de las cabalgaduras. Me sentía anhelante y a la vez apesadumbrado. Nunca había visto el paisaje como en aquellas jornadas. Procuraba guardar en mí todos los detalles para llevarlos conmigo, como nostálgico tesoro, a esas extraños comarcas de las que apenas teníamos noticia. Esas visiones de mi país natal jamás me han abandonado; al contrario, con el correr de los años tórnanse más nítidas. A veces creo poder superponerlas al entorno de este reino salvaje, pero ni sus colores ni su armonía ni sus aromas, menos aún sus dulces líneas humanizadas, pueden devolverme algo de los perdidos ámbitos. Aquí el hombre se confunde en la arrebatadora desmesura y parece una hoja extraviada en la tormenta.

---

<sup>5</sup> Lareira: En Galicia, cocina-fogón, etimológicamente ‘habitación del fuego’.

Veo en mis sueños el bello rostro de doña Beatriz diciéndome adiós junto a la balastrada del *pazo*<sup>6</sup>. Sus ojos se clavan en mí con expresión de firme ternura, como queriendo manifestar adhesión y cariño. Me alarga una cadena de plata con un pequeño crucifijo tallado por los plateros de Compostela que llevo conmigo, que acaricio en momentos de extremo temor o cuando elevo en silencio mis súplicas a Dios Todopoderoso.

La figura de mi madre surge a menudo, pero no soy capaz de reproducir en la memoria sus rasgos, como si un oscuro temor me la velara; tal vez sea porque aquella última visión suya fue de tan desoladora tristeza. Sólo salieron de su boca entrecortados sollozos mientras me abrazaba en convulso desgarramiento. Después dejó su mano en alto por sobre la negra pañoleta, hasta que el carruaje torció la curva de Meixón Frío y ella desapareció entre los oscuros *carballos*<sup>7</sup> de La Touza. Miré a mi padre, hierático e inescrutable como penitente de cuaresma. Creí adivinar en el fondo de sus ojos una congoja sin consuelo, pero no pronunció palabra. Entendí ese silencio elocuente que suele adherirse a la fatalidad. Era el día de Santa Elena y el onomástico regalaba a mi madre un presente cruel.

Baiona era un hervidero de hombres que pugnaban por embarcarse. La “armada de los alemanes”, como se llamó aquella expedición que iba con destino final al reino de Venezuela, estaba compuesta por siete naos que llevaban poco menos de quinientos hombres. De allí, en larguísimas jornadas que cruzarían un territorio de casi doscientas leguas, llegaríamos al Perú.

Padre encomendó mi custodia a un vecino de Pontevedra, conocido suyo, era Pedro Carnero de Figueroa, quien iba a morir en el Perú durante las guerras entre almagristas y leales a Francisco Pizarro, cuando ya estábamos en Chile con don Pedro de Valdivia. Carnero frisaba en los treinta años. Recuerdo que no cabía en sí de dichoso, como si acabara de ganar un lugar al Paraíso. Muchos marineros y tripulantes ostentaban parecido optimismo y el embarque bullía como si fuesen las fiestas de Mayo.

<sup>6</sup> Pazo: casa solariega.

<sup>7</sup> Carballo: En gallego, roble.

Sentí en mi hombro la pesada mano de mi padre. Sus ojos parecían fijarse más allá de la vaga línea del horizonte, como si me atravesaran para ofrecerme en sacrificio a los veleidosos hados del porvenir. Me atrajo hacia sí estrechándome en largo abrazo; creo que nunca antes lo había hecho y en el estremecimiento de la abrupta caricia sentí que sollozaba por dentro, como yo ahora, quebrado por una emoción superior al ánimo...

Trepé a cubierta cuando los marineros desataban los últimos cabos. El contramaestre me indicó con un gruñido mi lugar bajo la primera cubierta, junto al bauprés. En estrecha y alargada cámara colgaban dos hileras de veinte hamacas<sup>8</sup> cada una; era el sitio de los más jóvenes. Las literas fijas habían sido sustituidas por aquel adminículo de reposo cuyo empleo en nuestra flota juzgara providencial el Almirante Colón; permitía descansar aún en aguas turbulentas y ahorra considerable espacio. Don Cristóbal consigna el hallazgo en su bitácora y describe *hamaca* como la segunda palabra aprendida en el Nuevo Mundo; la primera habría sido *huracán*, que designa esa violenta tempestad que desata repentinos y estruendosos vientos. Los nativos la pronuncian con reverencial y onomatopéyico énfasis como si al decirla temiesen alertar a los espíritus de la tormenta.

En el aire diáfano de la mañana vi como se alejaba el puerto de mis ojos. Escuché gritos y risas de los tripulantes. Un grupo de mujeres agitaba blancos pañuelos en el muelle. A mi lado, Pedro Carnero reía, nervioso y contento. En la emoción del instante pensé que aquella imagen como de angustiadas palomas *abaneando*<sup>9</sup> sus alas de lienzo iba a ser por muchos años el símbolo de nuestro Reino de Galicia, quizá su bandera, cruzada por una estela de mar azul, desplegándose sin pausa por la rosa de los vientos.

La figura de mi madre adquiriría el rostro luminoso y deseado de doña Beatriz. Supe que la despedida llevaba consigo el zumo agridulce de dos amores unidos para siempre en la sombra viva de la nostalgia.

---

<sup>8</sup> Hamaca: Palabra indígena que designa el cómodo adminículo colgante hecho de cuerdas trenzadas..

<sup>9</sup> Abanear: abanicar, agitar, en gallego.

## **Dulces compañeras**

“**D**ios es perfecto, ¿quién osaría discutirlo? Pero su perfección no puede medirse con la pequeñez del humano juicio ni dentro de los límites de un entendimiento asaz precario”.

“Dios elaboró el tejido de todas las cosas con la infinita paciencia de sus manos inconmensurables. Esta urdiembre colosal constituye la divina memoria, donde todo está contenido y ligado en la sutileza de un telar ubicuo y eterno”.

Esto que escribo lo escuché de labios de un anciano brujo que habitaba en la aldea de Ollantay, comarca de los Chunchos, treinta leguas al este de Cuzco, situada en angosto valle junto a dos volcanes, “escalas blancas del cielo”, como las llaman sus habitantes, donde cada paso se vuelve tarea fatigosa y agobiante, como si nuestro cuerpo llevase sobre sí las cargas del Purgatorio. Los chunchos alivian su sofoco masticando unas hojas llamadas “coca” que producen un efecto providencial, conjurando la fatiga. También beben un agua obtenida de la maceración de aquella planta cuyos efectos pueden tornarse alucinógenos, empleándolos en ceremonias y rituales de curación.

De aquella aldea me traje a Malinga, buena compañera inca del Perú, madre de mi pequeña Isabel. Ella pertenecía al pueblo de los chunchos, belicosa tribu que fuimos a pacificar con Pedro de Candia. Su padre, un viejo cacique hermano del brujo, me la entregó como parte del tributo por la paz diciéndome: “Cuidala, barbudo señor del hierro; ella es la joya del dios del maíz”.

“Nuestra historia empieza –siguió el viejo sacerdote– cuando Viracocha, el Gran Alfarero, modela al hombre y a la mujer y les insufla

su hálito de vida. Entonces, uno de los dos ‘huáscares’, dioses-guerreros predilectos de Viracocha, siente horribles celos de esa pareja que conocerá, por vez primera, los deleites del amor carnal y la ansiedad embriagadora del Tiempo, y decide acarrearles la ira divina; para ello lucubra el rosario de las tentaciones. La mujer, por su belleza en acecho, será el cebo. El hombre, por su inclinación a la mentira será el tentado. Lo que adviene es conocido, pero lo que no saben los hombres vulgares, es que a partir de la primera transgresión comienza el desorden, el caos; es decir, el extravío de la memoria de Viracocha-dios”.

“En efecto –continuó el sacerdote–, se origina la lucha entre Viracocha y la confusión humana; esto es el tiempo, el transcurso de las constantes caídas y el empeño del Gran Tejedor por recomponer el telar del universo, por restaurar para siempre la Divina Memoria. En el momento en que Dios ate el último cabo de la urdiembre universal, comenzará para el hombre la eternidad. Será el fin del Tiempo y el Sol y la Luna tornarán al Creador para devolverle su luz. Entonces, un solo hombre reunirá en sí las memorias de todos los hombres y se fundirá en máxima ofrenda con la divinidad, para constituir una sola y perenne y sagrada memoria”.

Calló el sacerdote. No llevaba conmigo a ningún escribano, pero pedí mentalmente ayuda al Canónigo Valenzuela y Bórquez, quien era capaz de rememorar cualquier discurso o relato o texto, por extenso que fuese, habiéndolo escuchado o leído una sola vez.

Mientras descendíamos desde la abrupta morada de los dioses quechuas, un viento frío parecía frenar las agotadas cabalgaduras. Se acercaba el otoño y recordé una bella expresión inca: “es la época en que empalidece el Señor del Maíz”. Era cierto, la luz del sol volvía más blanca y el aire, fino como un cuchillo toledano, parecía doler en el pecho, detrás de la coraza y del jubón, más adentro de la carne, en los resquicios del alma.

Pensé: ¿cómo será ese reino remoto llamado Chile, a donde partiremos con el Capitán Valdivia? ¿Qué dioses extraños tendrán esos nativos, tan díscolos según cuentan los hombres de Almagro? ¿Será cierto que allí está el verdadero *finisterre*, el acabamiento de este mundo que juzgábamos



sin término? ¿Se guardarán allí los tesoros “*do arco da vella*”<sup>10</sup>, las incalculables riquezas escondidas en aquellos arco iris que coronan las eternas nieves?

Malinga me entregó sin condiciones su callada dulzura en los lejanos días de Cuzco. El treinta y uno de enero del año de gracia de mil y quinientos treinta y ocho, nació de ella mi hija Isabel. Según el calendario incásico, por tanto, debía llamarse ‘Sol’, nombre que entre los quechuas puede ser femenino o masculino; pero no era cristiana nominación y hube de bautizarla como Isabel, aunque en nuestra secreta intimidad filial sigo llamándola ‘mi pequeña Sol’. Fue un difícil parto de muchas horas y la madre no pudo sobrevivirlo. Me vi obligado a dejar a mi hija en el convento de las mercedarias de Cuzco, con la esperanza de recuperarla cuando cumpliera diez u once años. Es dura la ausencia para un padre, pero no puede compararse al sacrificio extremo de la madre... Recuerdo cuando doña Inés de Suárez emprendiera la expedición a Chile con el Capitán Valdivia. Iba ya de cinco meses de estado, y con grandes quebrantos de salud que la harían perder, en las durísimas jornadas de Copayapu<sup>11</sup>, la hija que llevaba en sus entrañas, malogrado fruto de sus amores con el ilustre Conquistador.

Isabel se uniría en matrimonio, en mil quinientos sesenta y tres, con Martín Ruiz de Gamboa, luego de quedar viuda de Pedro de Avendaño, con quien casó en Lima antes de partir para Chile, en la primavera de mil quinientos cincuenta y nueve. Ahora que mi yerno anda en sus descubrimientos y trabajos por las tierras del sur, ella nos acompaña, a Inés y a mí, con su tierna solicitud. Siento su dulce aroma recorrer la casa y evoco a mi madre en el amatorio roce de cazuelas y vasijas, en el cotidiano maridaje del fuego y las especias. La pequeña Inés, mi nieta, bulle por los rincones en sus leves trajines de inocencia. Tiene los ojos de su abuela Elena, esa mirada que nos renueva la fe en el misterioso hálito femenino de la tierra.

---

<sup>10</sup> Arco da vella: expresión que designa en Galicia al arcoiris. La leyenda cuenta que en el extremo más lejano del arco hay una anciana que cuida una olla de oro

<sup>11</sup> Copayapu: Nombre indígena de una ciudad de Atacama, norte de Chile, que es hoy Copiapó.



## **Derroteros al sur**

Nuestra marcha era lenta, porque debíamos equiparar el paso de los caballos al caminar de los infantes, que constituían más de la mitad de la tropa. Además, algunos soldados llevaban consigo los hijos mestizos que les habían nacido en el Perú. También llevábamos ovejas, puercos y gallinas, por lo que el camino se hacía aún más fatigoso. A finales de febrero, junto a Francisco de Villagra, Francisco de Aguirre y cuarenta y siete soldados, nos reunimos con el Capitán Valdivia en el despoblado de Tarapacá.

Sería el veintisiete o veintiocho de agosto de aquel año de gracia de mil quinientos cuarenta, cuando llegamos al valle que los indios llaman Copayapu y que nuestro Capitán bautizara como San Francisco de la Selva. La numerosa hueste venía intacta, aun cuando los largos meses de travesía por aquel pavoroso desierto de Atacama, que tiene más de cincuenta leguas, resultaron muy duros, escasos en demasía de víveres, agua y forraje.

Don Pedro tomó posesión del territorio mediante la correspondiente acta que elaboró y suscribió el escribano. Se omitió el nombre de Francisco de Pizarro, Gobernador del Perú bajo cuya jerarquía y mando estábamos sujetos. Este hecho provocó inquietud en algunos de nuestros hombres, que creyeron ver en este acto un principio de rebelión y el propósito de fortalecer las ambiciones de poder del Capitán Valdivia. En recuerdo de esto que aquí narro, el valle de Copiapó queda designado como 'de la Posesión'.

A medida que avanzábamos hacia el sur, encontrábamos en completo abandono los poblados de los indios, quemadas sus cosechas y

sementeras, muertos en horrible pestilencia sus ganados de *llamas* y *huanacos*\*. Los escasos indios que topamos estaban en el más triste estado de miseria y hambre. Don Pedro nos alertó, instándonos a continuar, pues se trataba de un estratagema urdida para desalentarnos de proseguir la conquista.

Antes de llegar al grande valle de Santiago, tuvimos varias escaramuzas con los guerreros que llaman *promaucaes*, fieros y rápidos en la batalla, nada de medrosos frente a nuestras armas y caballos. Era un primer anuncio de lo arduo que sería domeñar a estas gentes bravías y montaraces. Nos hirieron a dos cristianos y mataron a cinco de nuestros *yanaconas*<sup>12</sup>.

Entramos en el valle los primeros días de febrero de mil quinientos cuarenta y uno ...Los 'lenguas' peruanos hicieron con los indios chilenos los primeros parlamentos. Don Pedro les dio a entender que era enviado de nuestro Emperador y Señor de las Españas, que habíamos venido para establecernos y extender en todas estas comarcas la Palabra del Dios verdadero... Les ofreció tratarlos amistosamente si, a imitación de los indios del Perú, se sujetaban a nuestro dominio, ayudándonos en los trabajos que fuere menester y en las tareas de construcción de la ciudad que íbamos a erigir en sitio tan propicio.

El día doce de febrero de mil quinientos cuarenta y uno fue levantada el acta de fundación de Santiago del Nuevo Extremo, o de Nueva Extremadura... El terreno fue dividido en cuadrados de ciento cincuenta varas por cada lado y separados entre sí por calles de doce varas de anchor. Cada uno de aquellos cuadrados fue dividido en cuatro solares de igual tamaño, que nos fueron distribuidos según rango y jerarquía. El cuadrado del centro se reservó para la Plaza de Armas, y dos de sus costados, el del norte y el del oeste, para las casas del Gobernador y para la Iglesia.

---

\**LLamas*: camélido andino que habita la meseta Perú-Boliviana y el norte de Chile; los indios lo emplean desde antiguo como pequeña bestia de carga.

\**Huanaco*: hoy se escribe guanaco, camélido de mayor tamaño que la llama cuya carne y pelaje eran aprovechados por los indios Ylabita las regiones cordilleranas del norte y centro de Chile; también Perú y Bolivia, e incluso el norte de argentina.

<sup>12</sup> Yanaconas: indios que servían a los españoles en América del Sur.

Con grande empeño, bajo la supervisión del alarife Pedro de Gamboa, comenzamos a construir la ciudad, con maderas cortadas por indios yanaconas y aún algunos de estos promaucaes que acostumbran a denominarse ‘mapuches’, que quiere decir “gente de la tierra”. Elaboramos muchísimos ladrillos de barro y paja, y con estos adobes alzamos las primeras cuarenta casas de la villa de Santiago, las que cubrimos de paja y caña brava, trenzadas al modo de los nativos, por donde no escurre al agua de lluvia ni penetran los vientos de este inmenso llano que llaman sus naturales “valle del Mapocho”, con el nombre del enjuto río que lo atraviesa, cuya toponimia es “agua del corazón de la tierra”.

Es bellísima esta comarca, flanqueada por dos grandes cadenas montañosas; una, de enormes cumbres, es la cordillera de las altas nieves, que corre desde el Perú hacia el *finisterre* austral, llena de volcanes, ríos y valles transversales; la otra, semejante a nuestros montes cantábricos, más pequeña, que se alza separando los llanos del interior de la Mar del Sur. Y los aires son inmejorables, más secos que los de mi tierra gallega y acunados siempre por dos vientos: el sur, que es más frío, y el travesía, que sopla desde el oeste. Ocasionalmente arrecia un viento tibio del Norte que trae la lluvia; por las noches se siente un brisa que alienta desde la cordillera y llaman los mapuches *raco*, aliento de su dios *Pillán*.<sup>13</sup>..

Han sido éstos días de grandes trabajos pero también de sosiego, pues apenas hemos tenido alguna confrontación con pequeños grupos de indios rebeldes que suelen atacar nuestras cuadrillas de exploradores cuando les ven lejos de la villa. No obstante, don Pedro nos advierte de continuo para que no nos descuidemos, pues cree que los mapuches planean subrepticamente amplias acciones bélicas en contra nuestra y que sería casi un milagro si antes de la entrada del otoño, que ocurre aquí por finales de marzo, no se nos echan encima para destruirnos... Por mi parte, creo que aguardan sólo terminar sus cosechas del maíz para sublevarse.

<sup>13</sup> Pillán: espíritu superior de los mapuches; también hálito de vida y morada de los guerreros muertos.

<sup>14</sup> Chasquis: correos incas que cubrían las rutas del Camino del Inca, entre Perú y Chile.

<sup>15</sup> El 26 de junio de 1541 los almagristas asaltan el palacio de Francisco Pizarro, en Lima, y Martín de Bilbao le da muerte de una estocada.

A finales de junio, cuando caían sobre la villa las lluvias del temprano invierno, recibimos alarmantes noticias. Los *chasquis*<sup>14</sup> incas, que cubren periódicamente las interminables distancias entre el Perú y Chile, nos informaron que en el reino del norte había estallado una nueva guerra civil, y que habría sido muerto Francisco Pizarro<sup>15</sup>. En consecuencia, los indios de Chile, en la certeza de que no recibiríamos apoyo ni refuerzos, preparaban un gran salto a la incipiente ciudad de Santiago.

En los primeros días de julio se iniciaron los trabajos de explotación del oro, junto a un regato llamado Malgamalga, al norte de la bahía de Valparaíso, en un hermoso lugar de la costa que llaman los naturales Concón, cuyo nombre quiere decir: “agua que desemboca”, o “agua que besa el mar”, aludiendo al pequeño delta del río Canconcagua... El Cacique Michimalongo, señor del valle de Chile, a quien atrajo a la paz el Capitán, nos ha proporcionado la fuerza de trabajo: mil doscientos hombres vigorosos y unas quinientas mujeres para las faenas más livianas y delicadas. Algunas de estas graciosas mapuches quedaron al servicio doméstico de los principales vecinos de Santiago. Doña Inés de Suárez las distribuyó según su celo e intuición... Para mí ha dejado a Guacolda, sobrina que es del propio Michimalongo, una joven de dulce catadura, muy galana y de verdes ojos profundos.

## **Aires de conjura**

**A**l creciente temor de un ataque de los indios contra la ciudad se ha sumado otra inquietud, quizá más grave por cuanto nace en nuestro mismo seno, entre cristianos que siembran odiosa discordia...

Es así que, estando nuestro Gobernador empeñado en dirigir los trabajos de Malgamalga, y aun de la construcción del primer barco para comunicarnos con el Perú, recibió la noticia, de boca de su leal teniente Alonso de Monroy, que se planeaba un golpe de mano en su contra, instigado por un grupo de vecinos de Santiago. Eran ellos, por orden de rango y responsabilidad en la sedición: Martín de Solier, regidor e hijo-dalgo de Córdoba; Alonso de Chinchilla, y su suegro, procurador de la ciudad, Antonio de Pastrana, y tres soldados a quienes ofrecieron succulentas piezas de oro para que diesen muerte a Don Pedro, y luego de encendida la rebelión, se apoderasen de la nave que se construía en las costas de Concón, desembocadura del río Canconcagua.

Era principios de agosto. Aguardábamos inquietos el regreso del Gobernador para desbaratar la conjura. Las cinco horas del alba serían cuando desperté, sobresaltado por la presión de una mano en mi brazo derecho. Me alcé de un brinco, temiendo lo peor. Junto a mi lecho, conminándome con ademán de silencio, estaba doña Inés de Suárez, puesta la cota de malla, al cinto sus dos pistoletes flamencos, regalo del Capitán a su predilecta. Vamos, me dijo, a la tienda de Pastrana; está allí con Solier y Chinchilla; es preciso detenerles y apresarlos para cuando arribe Don Pedro, no sea que estos facinerosos le tiendan una trampa...

Cogí la espada y salimos a la noche fría y estrellada de Santiago. Respiré aliviado: nos esperaban Villagra y Aguirre, armados de alabardas.

Doña Inés se nos adelantó con su habitual resolución. Mujer corajuda y fuerte que valía por tres hombres; jamás se acobardaba y era diestra en el empleo de las armas. Irrumpimos en la tienda de los conjurados al grito de ¡ténganse presos! Estaban los tres sentados a la luz rojiza de un hachón. Quedaron perplejos, pero Chinchilla echó mano a la espada. Se escuchó un estampido y el grito ahogado del hombre que caía al suelo aferrándose el brazo derecho. Doña Inés, certera e imperturbable, apuntaba a los otros con el segundo pistolete dispuesto. Los rodeamos y procedimos a encadenarlos para conducirles hasta el alpendre<sup>16</sup> del Gobernador, que servía de improvisada cárcel. Dejamos de guardia a cuatro soldados leales, acordando con Villagra y Aguirre que nos turnaríamos en vigilar la plaza. Rápidamente se nos unieron los vecinos y a todos juramentamos en la lealtad a nuestro Capitán, previniéndoles de duros escarmientos ante cualquier amago de traición.

Cerca del mediodía llegó Don Pedro con los treinta hombres que le habían acompañado en su viaje a Malgamalga y Concón. Fue convocado el Cabildo sin dilación alguna. El castigo impuesto era severísimo: Martín de Solier, Alonso de Chinchilla, Antonio de Pastrana y dos de sus más cercanos cómplices, fueron condenados a la horca; un sexto conjurado recibió sorpresivamente el indulto del Gobernador. Esta decisión causó asombro entre la mayoría de los cristianos, pero Alonso de Monroy y yo conocíamos la secreta razón: aquel soldado, un tal Bernabé Rojas, había sido el primero en alertar a nuestro capitán de la conjura de Pedro Sánchez de Hoz en Atacama.

El diez de agosto de mil quinientos cuarenta y uno, cinco de las seis horcas levantadas en la Plaza de Armas de Santiago del Nuevo Extremo cumplieron su cometido ante la consternación de sus escasos habitantes. Don Pedro fue inflexible y sordo ante las razones expuestas. Lo cierto era que parecía temerario sacrificar cinco hombres, avezados guerreros, cuando era tan menguada nuestra milicia. Por otra parte, resultaba peligroso exhibir el cruento castigo ante los mapuches, quienes, sin duda, lucubraban con mayor decisión acciones bélicas contra nosotros. No obstante, una vez más se imponía el poder incontrarrestable del Gobernador, quien

---

<sup>16</sup> Alpendre: cuarto pequeño o cobertizo donde se guardan herramientas y aperos de labranza.



expresó rotundamente: “Con estas muertes se remediaron muchos daños, y aunque había otros culpados y bulliciosos, tomaron ejemplo de ellos...”

*“Quedó el Capitán, luego de este escarmiento que hizo, tan temido y reputado por hombre de guerra, que todos en general y en particular tenían cuenta en darle contento y en servirle en todo lo que quería y así por esta orden tuvieron de allí en adelante”<sup>17</sup>.*

Pocos días después de estos tristes sucesos, llegó a Santiago Gonzalo de los Ríos, acompañado del esclavo negro Juan Valiente. Eran los únicos sobrevivientes de una emboscada que les tendieran los indios trabajadores de Malgamalga, ocasión en la que ultimaron a los carpinteros que construían la nave, a los soldados de custodia y a los indios peruanos que estaban allí de servicio.

Y esta infausta noticia se unía a otra de proporciones aún mayores: un masivo levantamiento de los indios de Quillota y Aconcagua, al norte de nuestra villa, que incluía también a los naturales del sur y el oeste del valle, bajo las órdenes de Michimalongo, a quien suponíamos era nuestro aliado. Comenzamos a guardar provisiones y vituallas. El capitán ordenó traer a todos los jefes y caciques mapuches de los pueblos aledaños, esperando conseguir con ello al menos la neutralidad de sus tribus. Era una estrategia tan desesperada como inútil, pues los indios estaban ya sobre las armas en número que sobrepasaba a los treinta mil. El estado anímico de la población de Santiago resultaba patético. El miedo se había apoderado de hombres y mujeres; éramos escasos los que conservábamos el ánimo enhiesto, procurando reconfortar a los otros. La mayor parte de los mapuches a nuestro servicio huyeron a sus poblados.

Pero antes de relatar el asalto e incendio de la ciudad y la cruenta batalla que libramos –tan fuerte y dolorosa es para mí su remembranza– hablaré de ciertas cosas buenas de este reino de Chile, mi segunda casa y, sin duda, el lugar donde pronto reposarán mis cansados huesos...

---

<sup>17</sup> Góngora y Marmolejo, Historia del Reino de Chile.



## Tierra prodigiosa

*Cuando escribo sabe  
El Señor que es mi intención  
engolosinar las almas de un bien  
tan alto y grande como es  
el trato amistoso con Dios.*

*Teresa de Ávila*

**B**ien ha descrito esta tierra prodigiosa mi buen amigo e ilustre cronista, Góngora Marmolejo, y también el padre jesuita Alonso de Ovalle:

*“Es el reino de Chile y la tierra de la manera de una vaina de espada, angosta y larga. Tiene por la una parte la mar del Sur, y por la otra la Cordillera Nevada... La gente de este reino es belicosa conforme a la constelación de cada ciudad en donde está poblada... Hai asimesmo por la Cordillera muchos volcanes por toda ella que echan fuego de sí de ordinario, y más en el invierno que en el verano, y muchos lagos al pie de los tales volcanes, y cerca de ellos muchos metales de cobre, plomo, hierro, bronce, en grandísima cantidad...”<sup>18</sup>*

*‘Aquí comienza el verano a mediados de noviembre, y dura diciembre, enero y buena parte de febrero, de manera que la mayor fuerza de los colores viene a ser por la Natividad y Circuncisión, con*

<sup>18</sup> Góngora y Marmolejo. Historia del Reino de Chile.

*que la composición del lugar y contemplación del niño Dios tiritando en el pesebre, no es forzoso remitirlo a la fe...*'

*'En este tiempo comienzan a madurar las frutas, que son muchas y de varias suertes y maneras, y de las de Europa solamente falta alguna u otra que aún no ha llegado, porque en llevándola, o en pepita o hueso, e planta, prende luego con tanta fuerza que admira. Acuérdomme que no había guindas ahora treinta años, y pasó un arbolito de España y de él se fueron multiplicando, plantándolos en los jardines y huertos de mayor regalo y al poco tiempo se multiplicaron de manera que fue necesario desterrarlos de entre las flores como si fuesen plaga...'*

*'Las cosechas de la cebada, trigo, maíz y de las legumbres comienzan a hacerse por diciembre hasta febrero y marzo, y todas estas semillas acuden por lo menos a veinte o treinta por uno y algunas a ciento, y otras, como en el maíz, a cuatrocientos, y así es raro el año en que se siente alguna falta en estos géneros, y lo ordinario es que sean muy baratos de comprar.'*

*'Por estos meses maduran también las yerbas con que se engordan los ganados y se disponen para las matanzas, que es gran riqueza de la tierra por el producto del sebo y cordobanes para el Perú, para cuyo efecto se matan muchos millares de vacas, carneros, ovejas, cabras y castrones, cuya carne por no poderse aprovechar por ser tanta, la queman y arrojan en los ríos y en el mar porque no corrompa el aire: sólo aprovechan las lenguas y lomos de las vacas, que salpresados envían al Perú por regalo; los que pueden hacer alguna cecina que venden al real ejército y gastan durante el año con la gente de servicio.'*<sup>19</sup>

Debo decir que estas descripciones tan entusiastas y floridas corresponden bien a estos mis años postreros, pues escribo ya en mil quinientos setenta y ocho, retirado de cargos, ajeno de honores, enfermo de reumas que quizá haya heredado de mi tierra gallega, tan abundosa en males a los

---

<sup>19</sup> Padre Alonso de Ovalle. Historia de Chile.

huesos por la mucha humedad y el frío de largos otoños e inviernos y aún de inclementes primaveras...

Pero los primeros años aquí fueron muy distintos; todo era privaciones y hambre y penurias, y nos conformábamos con un puñado de granos al día, algunas frutas silvestres hechas de pura acedía, y agua del Mapocho que venía muy fresca y clara. Y somos pues los hombres raros y curiosos en el empleo de la memoria, muy dados a llenar de adornos los recuerdos gratos y omitir aquello que nos hirió o nos ofendió en el pasado.

No obstante, digo y afirmo que este reino es buenísimo para vivir y asentarse y medrar por muchas generaciones. Hemos amado y amamos esta tierra de Chile, que se nos mete en el alma con el extraño encanto de los confines, y creo que si estuviese en mi amada Galicia echaría en falta con mucha melancolía nuestra ciudad de Santiago del Nuevo Extremo, donde dejo mis trabajos y empeños y el dulce vino de mis amores...

Si yo fuera poeta describiría con gracia, en elaborados versos, los crepúsculos de Santiago del Último Reino, como la llamo en el secreto de mi magín; tal es su variedad, belleza y colorido, que pueden sin desmedro compararse con aquellos tan loados de nuestra remota Santiago de Compostela, cuando en los lentos ocasos otoñales parece que se encienden las cúpulas de la Catedral con la pátina del sol reverberando en el oro de sus musgos adheridos a la piedra sagrada. No hay aquí monumentos semejantes, pero el paisaje nos ofrece una grandiosidad estremecedora, una vastedad de espacios que sobrepasa las humanas ansias y nos remite al genio colosal que pintó el universo en los primeros días de la creación con toda la gama de luces y colores.

Debido a la altitud de la Cordillera Nevada, en contraste con la cadena montañosa costera, la caída del sol en las jornadas finales del estío va tiñendo de infinita variedad de tornasoles las montañas que sirven como oriental parapeto al valle de Santiago, mientras juegan una especie de contrapunto de cromos con los cerros del poniente. Y allá al fondo, donde se abre la inacabable mar del Sur, parece *agromar*<sup>20</sup> una fiesta de rojos, granates, fucsias, rosas, amarillos, morados y naranjas de múltiples

---

<sup>20</sup> Agromar: En gallego, brotar, germinar el fruto de un árbol o planta.

combinaciones y matices, más aún cuando cruzan la celeste esfera los pícaros *nubeiros*<sup>21</sup> que el viento lleva hacia el Norte.

Y en alado rito de despedida, abandonan los cóndores sus pétreos nidos y vuelan más arriba de las cumbres, describiendo grandes círculos, como si extendieran invisibles trazos en la superficie del aire. Son estos pájaros, cada uno, del tamaño de tres águilas imperiales, aunque carecen de la fiereza del águila o de la astucia artera del halcón, pero infunden temeroso respeto por su notable envergadura, el intenso negror de su plumaje y el filoso pico carnicero. Los indios del Perú respetan al cóndor pues lo creen mensajero de los dioses, especie de ángel tutelar en las lindes del firmamento.

En tiempos venideros, cuando merezca esta ciudad tal nombre, y pueda ser admirada también en sus grandes monumentos, edificios y catedrales, contemplarán sus vecinos un espectáculo aún más deleitoso que el que yo disfruto en estas vísperas del otoño de mi vida. Tal vez entonces haya aquí pintores eximios capaces de plasmar la incomparable estética de sus cielos.

---

<sup>21</sup> Nubeiros: En Galicia, entes juguetones que habitan en las nubes.

## **Noche triste**

A quella noche aciaga del once de septiembre de mil quinientos cuarenta y uno, el cacique Michimalongo, a la cabeza de unos diez mil indios, se dejó caer sobre la modesta villa de Santiago del Nuevo Extremo, que contaba a la sazón con no más de cuarenta casas de barro y madera y un barracón provisto de torre y parapeto que nos servía de improvisada fortaleza. Cerca de la medianoche, cuando dormitábamos entre pesadilla y duermevela, con el arcabuz bajo el brazo y pres-tas las espadas y alabardas, escuché un agudo grito que parecía el reclamo de un pájaro asustado; luego otro y otro, como extrañas respuestas. Me levanté de un salto y alerté a los centinelas. Doña Inés salió del aposento de don Pedro, espada en mano y puestos el morrión y la celada. Corrimos hacia la torre en atroz confusión de voces y ferreterías. Oímos entonces un ruido leve que crecía vertiginoso en estruendo y temblor, como si adviniera un terremoto. Vimos una especie de negra oleada reptar sobre el valle del Mapocho cual pavoroso enjambre. Una lluvia de piedras y agudas flechas de pedernal cayó sobre la ciudad en siniestro repiqueteo; los honderos y flecheros mapuches las arrojaban a gran distancia y con asombrosa puntería.

Disparamos las dos culebrinas, doce espingardas, treinta y dos arcabuces, todo al unísono. Por unos instantes, pareció que los indios se replegaban, pero volvieron con renovados bríos, ahora armados con largos palos en cuyo extremo ardía una especie de estopa resinosa. Veintidós jinetes y treinta y cinco infantes salimos por el portalón central para contraatacarles. Mientras tanto, los arcabuceros batían sin cesar la furibunda horda. Pese a nuestro frenético empeño, riadas de mapuches atravesaron las defensas y comenzaron a incendiar casas y corrales. El estrépito era

ensordecedor y los hombres estaban librados a su suerte, pues las órdenes se perdían en el humo diabólico de la noche. Ya no sentíamos miedo sino esa embriaguez de la sangre en el paroxismo de la cercana muerte.

En medio de negrísima humareda surgió doña Inés de Suárez, acompañada de Gonzalo de los Ríos y Alonso de Monroy. —A los caciques— ordenó con potente grito, y bajaron corriendo hacia el calabozo donde teníamos prisioneros a siete jefes mapuches. Entre Monroy y Ríos los decapitaron, ayudados por los dos guardias y cuatro yanaconas incas. Subió doña Inés a lo más alto del torreón y alzó una pica con tres ensangrentadas cabezas que se bamboleaban a la luz de las llamas y los fogonazos, mientras pronunciaba encendida arenga para animar a los defensores. Luego, con extraordinario vigor, arrojó a los indios aquellas testas como macabros despojos. Para reforzar el desconcierto mapuche, lanzamos una nueva carga de caballería con todos nuestros corceles.

Cuando se ponía el sol de la segunda jornada, los mapuches se retiraron. La modesta villa de Santiago del Nuevo Extremo era apenas un montón de cenizas y maderas humeantes. Nada quedó de los establos, corrales y cortijos, ni de las sementeras que ya anunciaban sus primores. Y lo peor de todo era que tendríamos que levantar de nuevo las edificaciones, ahora solos, porque los pocos indios que permanecían a nuestro servicio habían huido entre los suyos. Quedóse con nosotros Llancura, indio tuerto y manco, y Pelentaro, un viejo cacique inútil para cualquier faena.

Regresé a lo que aún restaba de mis aposentos, librados del fuego total por su cercanía a la empalizada. Sobre el arcón de mis enseres estaba la joven india Guacolda, acurrucada entre dos bastos cojines. La miré sorprendido; había rehusado a marcharse con los mapuches. Balbuceó algo en su lengua; no entendí el significado, pero sus palabras sonaron dulces y serenas en el aire enloquecido de aquella tarde trágica.

Alonso de Monroy, en compañía del valiente clérigo Juan Lobo, que combatió como un titán en la defensa de la ciudad, salieron a buscar un par de indios auxiliares para que llevaran la noticia del ataque mapuche al Gobernador, y así pudiera éste venir a socorrernos, pues habíase aleja-



do al sur, con rumbo al Cachapoal, para establecer en aquella comarca nuevas fortificaciones y asentamientos.

Al día siguiente regresó Don Pedro y pudo contemplar un cuadro de horror y desolación. A la muerte de cuatro españoles se agregaba la destrucción de todas las casas, la pérdida de víveres, vituallas, ropas y herramientas. Nuestro Capitán no se intimidó y ordenó la reconstrucción de Santiago, dando preferencia a las paredes de adobe para aminorar así los estragos del fuego. Armó una cuadrilla de hombres a caballo y recorrieron los alrededores de la villa buscando víveres entre algunas partidas de mapuches. Obtuvieron magros puñados de trigo y maíz que destinaron a semilla, iniciándose de inmediato la siembra. Sabíamos que esos granos valían más que el oro; eran la salvación contra el hambre.

Después del referido desastre, por dos largos años debimos dedicarnos, sin distinción de rango ni hacienda, a sembrar y cultivar, a emprender la caza del *guanaco*, veloz camélido de menor alzada que el caballo, de buena carne para la manutención; en fin, a preservar los escasos animales que se habían escondido en las achaparradas fragas del Mapocho, huyendo de la muerte; forzados a realizar toda clase de trabajos con nuestras manos, con un ojo en el sachó y el otro en el arcabuz.



## **Boda por encargo**

**H**an llegado malas nuevas para nuestro Gobernador y Capitán General. Y es que fueron oídos en al corte profusos comentarios de los amoríos de Don Pedro con doña Inés de Suárez, por lo demás conocidos de todos nos, en este Reino de Chile tan vasto de norte a sur que parece sin término, pero tan reducido en nuestra pequeña comunidad de españoles que el más mínimo gesto o la más leve palabra sale de lo íntimo y se hace historia en tertulias que apacientan lenguas y oídos en noches inacabables, puestos como estamos en trance de ser arrasados por estos indios mapuches que no conocen el miedo, ni respetan prosapias, ni acatan ordenanzas que menoscaben su salvaje libertad.

No puede Don Pedro seguir viviendo amancebado con doña Inés, pues todos sabemos que casó en Zalamea, España, con doña Marina Ortiz de Gaete, dama que desistió acompañarle al Nuevo Mundo, quedando en la Península al cuidado de sus dos hijas. El propio virrey, don Pedro de la Gasca, obispo que es y alto dignatario del Santo Oficio, le ha notificado su resolución inapelable: no podrá siquiera ver en la intimidad a doña Inés. Es por ello que, a su regreso del Perú, rehusara entrevistarse con ella, pese a denodados intentos de la Suárez por verle a solas. Peor aún, el Capitán ha vuelto acompañado de dos mujeres españolas que vivirán en su casa para el servicio doméstico, y de un clérigo que se comenta viene como veedor y oidor de la Gasca...

Es el caso que Don Pedro me ha pedido que yo case con la susodicha doña Inés, para terminar así con la ponzoña de la maledicencia y el veneno de la inquina que acabarán por hundir su menoscabada reputación, hurtándole para siempre el favor real y privándole de lo que más quiere en el mundo: la Gobernación del Reino de Chile.

Heme pues, aquí, ante la disyuntiva de un matrimonio forzoso o la pérdida del favoritismo que parece tenerme el señor Gobernador. ¿Qué pensará de esto doña Inés? ¿Qué sentirá esta mujer altiva y vigorosa, toda carácter y coraje, dueña de intimidadora belleza? Podría yo decir, sin pecar de presuntuoso, que he sorprendido sus ojos escrutándome, que he adivinado ciertos gestos, leves insinuaciones, quizá, en sus ademanes amables, como si tras aquella cortesía se escondiese una intención no develada... Y si casare con ella, ¿seguirá Don Pedro demandando sus favores?, ¿o renunciará a doña Inés por siempre, como me lo ha dicho sin ambages? Hay quienes me recomiendan –Villagra y Aguirre, entre otros– optar por una tercera vía: mi regreso al Perú...

Todas estas cosas y aún otras se me vienen a la cabeza en mis largas duermevelas del Nuevo Extremo. Con el objeto de aventarlas del mal consejo nocturno, busco en los resquicios de la memoria mis remotas remembranzas, aquellas que nacieron al otro lado del mar, para alivio de los pesares y bálsamo de mi atribulada conciencia.

Tuiriz, la pequeña aldea al sur de Lugo, entre las villas de Chantada y Monforte, surge en medio de las nieblas del pretérito cerniendo los recuerdos más gratos... Antes de ser paje de doña Beatriz de Castro, condesa de Lemos, fui *pegoreiro*<sup>22</sup>, pastor de cabras en los montes que lindan con Ourense. Mi padre creía en el rigor como fundamento de toda buena crianza. Así, hube de hacer mis primeras experiencias en aquel oficio que nuestra Santa Madre Iglesia ha puesto como paradigma del propio Jesucristo, pastor de todos los hombres, sean del Antiguo o del Nuevo Mundo, que hemos venido a evangelizar como lo hicieron los primeros apóstoles, como nuestro señor Santiago en las benditas tierras de Hispania...

Recuerdo el rostro de doña Beatriz, no en balde llamada “La Hermosa”, y algo de su bella figura parodio en doña Inés; el azabache de sus cabellos, la albura de su piel de porcelana, aunque nuestra “general”, como la llaman en secreto los soldados de Chile, hace menguar su donaire en virtud de cierta dureza, sesgo de viril impronta que infunde temor o simple rechazo entre los varones, poco habituados a los constantes arrebatos guerreros de la predilecta del Capitán Valdivia.

---

<sup>22</sup> Pegoreiro: En Galicia, pastor de pequeñas manadas de ganado menor.

Debo decir que el linaje de las dueñas de Castro es famosísimo por la gracia y hermosura de sus mujeres. Así, el poeta castellano Arce de Solórzano inmortalizó para la bella condesa lucense el bordón que dice: “De las carnes, el carnero; de los pescados, el mero; de las aves, la perdiz; y de las mujeres, la Beatriz”.

En nuestra señorial villa de Monforte de Lemos se desarrollaban las artes y las letras con singular brillo y constancia, promovidas por el cardenal Don Rodrigo de Castro, tío de primera sangre de nuestra ilustre dama doña Beatriz, y por los condes de Lemos, los muy nobles hermanos Álvarez de Osorio... Recuerdo que todos los años, por la Fiesta de Reyes, se representaba un Auto Sacramental en el convento de las religiosas franciscanas descalzas de la villa. En él participaban nobles e hidalgos; en cierta oportunidad, mi padre encarnó la figura del rey Melchor, que era mi predilecto, pues cada seis de enero dejaba en mi bolsa pascual brillantes regalos... Fui bautizado Rodrigo como homenaje de mis progenitores al santo cardenal.

Mi padre alternaba negocios de labrantío y reses que comerciaba en las bullentes ferias de Chantada, con la cría de gusanos de seda, faena esta última que compartía con el mismísimo don Pedro Álvarez de Osorio en sus fincas de Monforte, donde laboraban conocidos sirgueros, cordoneros, tejedores y fabricantes de terciopelo... Aún tengo conmigo un jubón monfortino que llevo en la Santa Misa dominical, cuando no estamos bajo los rigores de la campaña.

En el año de gracia de mil quinientos treinta y tres nos llegaron las primeras noticias de algunos hidalgos empobrecidos y dos clérigos franciscanos de Monforte que se habían embarcado, cuatro años antes, en la expedición de Francisco y Gonzalo Pizarro. A finales de diciembre llegaron a Chantada dos hombres de aquella empresa: uno era Argemiro Neira, de quien se contaban sórdidas historias de cuando estuvo como teniente de arcabuceros en Nápoles, casado con una vecina de nuestra aldea, Perfecta Castro, que tenía renombre de bruja y curandera, al punto que la llamaban *Meiga Miúda*<sup>23</sup>, a causa de su corta estatura; el otro, Pedro de Andrade, hijo de un regidor lucense, jugador empedernido que había dila-

---

<sup>23</sup> Meiga Miuda: En lengua gallega, ‘bruja pequeña’

pidado buena parte de la hacienda paterna. Andrade, a quien apodaban el “estrellado” pues presumía de saberes astrológicos para urdir vaticinios entre los paisanos interpretando ciertos mapas del firmamento, trajo extraordinarias nuevas: Francisco y Gonzalo Pizarro habían conquistado el más fabuloso y rico imperio de las Indias, donde el oro y la plata abundaban como las piedras, en palacios y templos de inimaginable esplendor. Aseguraba que él y Argemiro Neira venían a reclutar voluntarios audaces para llevarles al Perú en una nueva expedición que saldría de Baiona a mediados de mil quinientos treinta y cuatro.

Comuniqué a mi padre la decisión de embarcarme. Después de expresar sus prevenciones, me recomendó que consultara a su gran amigo y consejero, el canónigo Patricio Valenzuela y Bórquez, en Compostela. Así lo hice, pero los hados de la fortuna habían jugado por mí su carta definitiva, aunque mi corazón sentíase dulce prisionero del palacio de Lemos... Puede que doña Beatriz de Castro haya sido mi primer encantamiento amoroso, en sentido “platónico”, como suelen escribir los eximios poetas de la dulce Italia o los trovadores de la Provenza señorial y cortesana... Tenía yo menos de quince años cuando ella fijó en mí sus inquisitivos ojos azules... Habíamos llevado a su marido, don Gonzalo de Osorio, un recado acerca del negocio de sederías. Ella descansaba junto al balaústre central del pazo de Lemos, cuando sentí el peso de aquella mirada que parecía envolverme en el halo de sus destellos...

- ¿Cuántos años hace a la fecha el mozo?— preguntó, dirigiéndose a mi padre.

- Trece —fue la respuesta—, habiéndolos cumplido al inicio de febrero.

- Buen augurio —dijo doña Beatriz, pues febrero es mi mes más propicio— y sus ojos volaron hacia las márgenes del río Cabe y prolongaron la mirada más allá de las tierras monfortinas, tras los montes donde mis sueños imaginaban el mar de todas las aventuras.

Era por entonces mayo y la primavera nos regalaba sus aguas ubérrimas que aparecían desde el sur en interminables cabalgatas de nubeiros. Los caminos carreteros eran virtuales regatos y muchas sementeras habíanse anegado irreparablemente. Sólo se mantenían incólumes las plantas

verdeoscuras de las *mariñas*<sup>24</sup> que trajera a Baiona, en su segundo viaje de las Indias Occidentales, el muy meritorio don Cristóbal Colón, hoy en la gloria de Nuestro Señor. No muchos habíamos probado el insípido tubérculo, pues con mis jóvenes amigos de la aldea solíamos asarlas al rescoldo de la lareira y algunas sabían a desabridas castañas nuevas, aún si les agregábamos unas gotas de miel silvestre y una copa de vino para componerles el gusto.

Mis obligaciones de paje de cámara ceñíanse a lo propio del servicio en los aposentos de los señores de Lemos. Así, doña Beatriz me requería a su lado en las extensas veladas que transcurrían entre las primeras horas de la siesta y el momento en que el *abrenoite*<sup>25</sup> inauguraba la jornada de las sombras. Entonces, ella escribía en un extremo de su recámara, junto a la fenestra que daba al jardín, reclinada sobre una mesilla de nogal donde esparcía los amarillos folios frente al tintero de plata y una cajuela de laca china que contenía plumas de ánade. Durante las primeras horas de trabajo se escuchaba el rasgido leve contra el papel, como patas de un gran insecto que quisiera liberarse de un peso torturador. Avanzada la tarde comenzaban las pausas. Doña Beatriz alzaba la negra cabellera y con leve ademán pedíame le escanciase una horchata. Bebía quedamente y luego me solicitaba:

–Escucha este soneto, Rodrigo, y después dime cómo te suena...

–Vuesa merced me perdone, pero muy poco sé de poética.

–Algo te habrá enseñado el canónigo Valenzuela y Bórquez, hombre de muchos saberes y buena prosapia, aunque ligero de lengua y demasiado liberal para los aires que soplan en la Corte y en la Iglesia... Lo demás va por cuenta de tu oído y de tu voluntad.

Y su voz argentina, como un trino, rasgaba el pesado velo de la tarde. Yo ponía el oído atento, pero mi opinión, ya fuese por el camino de la música o del metro lírico, estaba de antemano viciada por el atractivo

---

<sup>24</sup> Mariñas: nombre dado en Galicia a las papas o patacas venidas de América.

<sup>25</sup> Abrenoite: nombre gallego que se da al murciélago.

sin par de esa voz, de aquellos ojos color de esmeralda, de aquel perfume que se esparcía por el aposento como pócima turbadora.

–Bellísimo –atinaba yo a decir, sincero y torpe a la vez, para que doña Beatriz riera de buen grado.

–Eso no me sirve, Rodrigo. Veo que la parcialidad se ha adueñado de tu juicio; de esa manera cualquier poética naufraga en la emoción.

Y después de leve y cómplice guiño, en el que yo adivinaba un dejo de coquetería, su resuelta mano retomaba la escritura con unción y perseverancia.

La campana del pazo rompía el hechizo llamándonos a comer... Ella levantaba los ojos en el fulgor huidizo de las candelas y me decía: –Ve tu primero, Rodrigo, el amo nos aguarda.



## Camino

Tenía mi padre un hermano suyo que era monje en El Cebreiro, antigua aldea enclavada en tierras montañosas del oriente de Lugo. Allí estuvimos en dos ocasiones, con motivo de requerírsele signatura en documentos testamentarios para la posesión de tres fincas de labrantío al noreste de Chantada. Ambos viajes los hicimos en mayo y julio del año de gracia de mil quinientos treinta y uno, y si hoy los recuerdo es porque entonces aprendí a paladear el placer del camino, ese goce que va a transformarnos, ya para siempre, en trashumantes, en inquietos peregrinos...

Veo las casas montañosas, con su piedra gris-azulada por la lluvia, las *pallozas*<sup>26</sup> de trenzados techos. Al centro de la villa, el monasterio que fundara San Giraldo de Aurillac, junto al hospital que servía de generoso albergue a peregrinos jacobitas. Era aquella ruta principal del Camino a Santiago de Compostela, y Fray Pedro de Quiroga, mi señor tío, nos contó algunas historias que aún conservo y rememoro en la infinitud de parajes y caminos del Nuevo Mundo.

En el santuario principal de la iglesia de El Cebreiro se conservan las reliquias del milagro eucarístico del Santo Grial... Y fue que un vecino de Barxamaior asistió a la misa en un día de gran ventisca y nieve, y viéndole entrar el oficiante exclamó para sí: “Cuál viene este otro, con una tan grande tempestad y tan fatigado, a ver un poco de pan y vino”. En ese momento, como respuesta de rotunda certeza, aconteció el prodigio de la transubstanciación y, a la vista de todos los presentes, la hostia se hizo

---

<sup>26</sup> Pallozas: antiguas construcciones de piedra con techo de paja trenzada.

carne y el vino tornóse sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Dos siglos después, Isabel, su muy Católica Majestad, reina de las Españas y Señora de la Cristiandad, donó las redomas de plata para conservar las divinas especies. Junto a ellas, que vi con estos ojos que ahora palpo, estaba el cáliz del milagro, que algunos afirman es el mismísimo Santo Grial, la copa sagrada de José de Arimatea, en la que Cristo ofició la Última Cena y donde se hubo recogido la sangre de su costado cuando el centurión hendió con su lanza el divino cuerpo.

Veo las piedras del Camino de Santiago, muchas de ellas extendidas a través de las rutas romanas, y no puedo dejar de asociarlas a las de otra extensa vía que hemos topado aquí, al venir del Perú con la hueste de don Pedro de Valdivia. Sí, hablo de lo que los indios llaman Camino del Inca, cuyo trazo comienza al sur del Cuzco y se pierde en los grandes ríos meridionales del reino de Chile.

De hecho, no habría sido posible nuestra travesía sin el apoyo de los chasquis que nos guiasen por las sendas, a menudo secretas, que los incas construyeron para unir su gigantesco imperio. Es lo que no tuvo en cuenta el Adelantado don Diego de Almagro, quien atravesara con los suyos las desoladas mesetas altiplánicas para extraviarse en el paso de montañas que parecen tocar el mismísimo cielo.

Y nos han contado estos chasquis que, a fines del año mil cuatrocientos cuarenta, el emperador inca Túpac Yupanqui, acicateado por afán de conquista, encomendó al general Chichiruca organizar una expedición al sur, hacia los valles inacabables de Chile, con el objeto de incorporar a sus dominios los inmensos territorios de aquel remoto país, llamado por los propios incas el “último reino”.

Así pues, un ejército de tres mil hombres atravesó la gran cordillera nevada y cruzó el primer desierto blanco que se extiende a lo largo de cincuenta leguas, construyendo a su paso el gran camino, cuyo trazado bordea los contrafuertes montañosos y toca, en algunos puntos estratégicos, la llanura, y aun ciertos parajes de la costa del Mar del Sur. En estos sitios se construyeron *pucaraes*<sup>27</sup>, fortificaciones que, según su importancia, que-

---

<sup>27</sup> Pucará: fortificación de piedra construída por los incas en lugares elevados.

daban al mando de un *curaca*<sup>28</sup> o gobernador militar quien ejercía su poder sobre los pueblos sometidos y recaudaba tributos para el imperio. Asimismo, explotaban lavaderos de oro y minas de cobre y plata, metales que hoy se trabajan con singular acierto en Perú... Hemos de descubrir aquí, algún día, aquellos asentamientos hoy ocultos u olvidados.

Luego vendría el desierto oscuro, que llaman los indios “Atacama”, cuya extensión es de casi cien leguas, hasta llegar al gran valle de Santiago del Nuevo Extremo, donde vivimos ahora, en el corazón del reino. Tampoco hubiésemos podido atravesarlo sin el concurso de estos guías caminantes que iban descubriéndonos pozos, fuentes, manantiales para sobrevivir en una marcha de largos meses, expuestos a los más extremos rigores: de día, bajo el sol abrasador e implacable; de noche, sometidos a un frío que parece penetrar hasta los tuétanos del alma.

En la ruta del Camino del Inca encontramos numerosos asentamientos en lugares que conservan denominaciones *quechuas*<sup>29</sup>, tales como Copayapu, Huasco, Coquimbo, Huentelauquén, Combarbalá, Choapa... No obstante, los naturales de aquellas comarcas, llamados *diaguitas*<sup>30</sup>, ya no estaban sujetos al dominio del Inca, y no porque hubiesen derrotado a sus ejércitos, sino debido a que los incásicos padecieron, a comienzos de este siglo, una terrible peste contraída en aguas nauseabundas o en pozos envenenados quizá por estos mismos *diaguitas*, que no son particularmente aguerridos, pero al parecer astutos y veleidosos. Destacan también por sus bellísimos trabajos en alfarería y cerámica, decorados con singular maestría, abundantes en grecas y trazos figurativos que no desmerecen ni a las cerámicas de Flandes ni de Nápoles ni del norte de Galicia.

Los *diaguitas* recorren a lo largo y a lo ancho el Camino del Inca, comerciando sus productos con gran habilidad. Saben sacar debido provecho del conocimiento notable que tienen de sus rutas y tratan a los caminantes según la cuantía de los bienes que cargan y del posible bene-

---

<sup>28</sup> Curaca: Gobernador militar del imperio Inca.

<sup>29</sup> Quechua: Conjunto de lenguas incásicas de la altiplanicie Perú-boliviana; por derivación se llama así de manera genérica a los pueblos andinos del altiplano.

<sup>30</sup> Diaguita: pueblo indígena de la región de Atacama, Chile, hoy extinguido.

ficio a obtener. Nos entregaron gran cantidad de conchas de almejas gigantescas que usan para cortar y comer con ellas, como filosos cuchillos y anchas cucharas. Lo más notable fue toparnos con seis o siete indios cordilleranos que conducían un hato de *llamas*<sup>31</sup> cargadas de productos agrícolas para comerciar con otros indios lugareños; todos ellos ostentaban en el pecho sendas conchas de *vieiras*<sup>32</sup>, iguales a las que llevan nuestros peregrinos de Compostela, aunque de mayor tamaño y más intenso colorido. Llámanles aquí “ostiones” y abundan en las frías aguas de la mar del sur, de manera tal que sólo es trabajo el inclinarse y recogerlas...

Si “todos los caminos conducen a Roma” quizá todos los caminantes somos, a fin de cuentas, peregrinos en busca del lugar sagrado hecho a imagen y semejanza de nuestros sueños transeúntes.

---

<sup>31</sup> Llama: Camélido más pequeño que el huanaco, domesticado por los incas y otros pueblos andinos como bestias de carga.

<sup>32</sup> Vieira: Molusco, muy común en Galicia; su concha es símbolo del peregrino compostelano.

## Hija del viento

A noche hablamos, el Capitán Valdivia y yo, en presencia del obispo Rodrigo González, de mi matrimonio con doña Inés de Suárez. Acepté el trato y la ceremonia tendrá lugar en la capilla de la Merced, el veinticinco de agosto de este año de gracia de mil quinientos cuarenta y nueve. En el momento en que rematábamos la conversación, entró doña Inés con un botijo de vino y cuatro copas de plata. Don Pedro la escrutó con destello de sorpresa y contenida ira. Ella nos miró, prodigándonos leve sonrisa de complacencia donde alentaba una chispa burlesca. —Brindaremos por la boda— dijo, al tiempo que clavaba en los del capitán sus bellos ojos negros. Era la suya una actitud desafiante, cargada de ironía y despecho.

Recordé entonces lo que escribiera uno de nuestros primeros cronistas:

*“Debajo de la listada tienda del Capitán Valdivia se alojaba una mujer... Es fuerte, carnal, una amazona, capaz de ser gobernadora y capitana y aún reina. Es la fortaleza misma del ánimo, o la mujer fuerte de la Biblia. Tiene un solo y gran pecado: el amor a este hombre, y este pecado lo acepta porque abre las puertas a su ambición. Siempre está ella agazapada dentro de la tienda del Capitán, pero cuando ha de mostrarse a los soldados lo hace agrandando su talla, porque esto le es posible, con orgullo de emperatriz.”*

Mientras escanciaba las copas con segura mano, un largo suspiro del Capitán cortó el silencio, dando paso a la voz cascada del obispo González: —No se hablará más del asunto. No quiero comentarios ni

menos chismes entre los soldados. En cuanto a vosotros tres, mantendréis la compostura dentro y fuera de la villa y, por supuesto, en la intimidad. Hizo una pausa, carraspeó, bebió un largo sorbo de vino y, dirigiéndose a mí, dijo: –Es un sacrificio que don Pedro ofrece de buen grado a Nuestro Señor Jesucristo. Sabéis, don Rodrigo, tan bien como doña Inés y el señor Capitán, lo que este paso significa, pero hay razones más altas y deberes inexcusables ante Dios y ante nuestro soberano.

Pusiéronse de pie, el obispo y Don Pedro, y abandonaron el aposento. Doña Inés y yo nos miramos. El fuego crepitaba en un rincón. Afuera, el viento de la gran llanura de Santiago hacía crujir los maderos del fuerte. El rumor de sus múltiples soplos semeja al terrible ulular de los guerreros mapuches cuando inician los ataques en hordas que se repiten como las olas del mar.

–Finalmente nos casaremos, dijo doña Inés. Asentí con la cabeza... Qué se escondería tras aquellos ojos; qué pensaba esta mujer, mitad hembra, mitad águila, de brazos de roble y temple de acero, temida por los soldados, envidiada por los íntimos de Don Pedro, deseada en secreto por muchos...

La verdad sea dicha, doña Inés de Suárez no decapitó a ningún cacique. Ella ha sido capaz de empuñar la espada, disparar el arcabuz, y aún manejar con destreza la pesada alabarda, pero de ahí a descabezar guerreros... La especie fue divulgada por Don Pedro con el objeto de amedrentar a los indios y alentar a nuestros soldados. Lo cierto es que fue Alonso de Monroy, como queda dicho, quien cortó la cabeza a tres de los jefes prisioneros, y doña Inés se dio a la tarea de clavarlas en lo alto de las picas y exhibirlas por sobre la empalizada para aterrorizar a los feroces naturales. Creo que tal propósito no se cumplió, pues estos salvajes no temen ni a Dios ni al diablo; pareciera ser que la vista de la sangre y de la muerte acicatea su fervor bélico a extremos pavorosos... Quizá por ello, la imagen de la Santísima Virgen, con todo su glorioso simbolismo, no significa nada para ellos. Tal vez requieran de una deidad femenina que encarne la fiereza, el castigo y la venganza. Doña Inés pudiera ser la materialización de ese paradigma.

Las mujeres mapuches que tenemos a nuestro servicio son, en apariencia, dóciles y bien dispuestas; digo aparentemente, puesto que he com-

probado cómo transmiten información a sus hermanos fuera de nuestra villa fortificada. Recurren a objetos, piedras, pequeños animales, hojas de árboles e incluso vísceras de aves para enviar mensajes cifrados de increíble eficacia. Es tal la sutileza empleada que se hace muy difícil descubrirlas y desenmascararlas. Doña Inés recurrió a un simulado escarmiento, haciendo cortar a dos de ellas sus dedos pulgares. Aparte del miedo y el horror infundidos, dudo del resultado...

Guacolda, 'hija del viento', se llama la india que me sirve. Dicen que es hija de Colo Colo, uno de los más bravos caciques. Tiene el cabello negrísimo, los ojos de un verde variable según la luz, como agua de río que cambia sus tonos bajo el follaje. Su porte es airoso y grácil. Cuando camina se cimbran sus caderas como juncos en al brisa. Tiene unos pechos redondos y perfectos que se rehúsa a cubrir, pese a las admoniciones de fray Antonio de Olmedo. Pero mis prerrogativas de teniente general me permiten decidir al respecto, aun con la grima del señor clérigo.

Pienso que el mestizaje se extenderá con mucha rapidez, por cuanto carecemos aquí de españolas y los hombres bien se desahogan con estas indias ardientes e incansables en el juego amatorio. Esto produce no pocas reyertas entre los soldados, pues las mapuches de servicio escasean cada vez más, y a no mediar un cambio en la situación de guerra, continuarán mermando. Por otra parte, la mujer india se siente ligada de por vida a su primer hombre y rechaza toda promiscuidad, eludiendo el contacto con otros varones aun a riesgo de ser agredida.

Fray Antonio Rondón aboga por la castidad y reconviene constantemente a nuestros guzmanes, pero es pedir lo imposible ante los apremios de natura y las escasas o nulas compensaciones que pueden ofrecérseles, aislados en inhóspitas comarcas, donde la vida vale menos que un maravedí.

Los indios admiten la poligamia. Es habitual entre guerreros de cierta posición tener cuatro o cinco mujeres pues a mayor número de ellas, mayor es la cantidad de bienes posibles, porque las féminas cultivan la tierra, tejen mantas y crían animales domésticos, amén de servir como virtuales esclavas a los hombres. Mientras tanto, éstos se encargan de la caza y de la guerra. El cacique Michimalongo, nuestro principal enemigo, posee más de veinte mujeres.

Preciso es decir que la infidelidad sólo existe como transgresión para la mujer, y es castigada con la pena de muerte. El castigo por el adulterio del hombre queda a juicio del jefe de la familia ofendida y, por lo general, se limita a la entrega de bienes materiales compensatorios.

En las extensas duermevelas del Nuevo Extremo, Guacolda me ha enseñado verbas de su lengua, que llama *mapudungún*<sup>33</sup>, y también costumbres, usos y creencias del aguerrido pueblo mapuche. Fray Rondón me advierte del peligro que implica acercarse a las “supercherías paganas y bárbaras” de los indios. Pero pienso que él es demasiado rígido, más aún cuando considero que muchos paisanos gallegos siguen conservando antiguas tradiciones y creencias del mundo celta o suevo que precedió a los romanos, supersticiones que la fe católica no ha logrado extirpar del todo y que se manifiestan en un rico imaginario popular.

Llama la atención cómo se relacionan los mapuches con la madre naturaleza... Creen en un espíritu superior que todo lo domina; luego en el espíritu de los antepasados de cada uno de sus clanes, que se encarna en el Pillán, progenitor del grupo que vela por él y a quien todo se debe, cuya benevolencia hay que buscar mediante rogativas y ritos mágicos donde está presente su árbol sagrado, el canelo, a quien elevan sus extrañas preces en largas ceremonias donde bailan, y beben hasta la embriaguez un repugnante licor hecho de maíz fermentado que mastican previamente y luego escupen en vasijas de greda.

Cada uno de sus clanes está unido a un animal, objeto o fenómeno de la naturaleza, de modo que el fundador del clan o antepasado remoto llevó a cabo una alianza de sangre originaria en virtud de la cual traspasaría sus cualidades y su patrimonio, de generación en generación.

El cielo mapuche está poblado de entes míticos que regulan desde tiempos inmemoriales nuestra vida. El Ngnechen vive en el Cenit; lo gobierna todo, da la vida y asigna la muerte. El Treg-Treg protege al pueblo mapuche de las inundaciones y de la furia de las aguas, pero es el Pillán quien tiene dominio absoluto sobre los seres vivos; dios de los true-

---

<sup>33</sup> Mapadungún: Lengua mapuche de carácter oral, que hoy, que hoy se escribe.



nos y las tempestades, él convierte a los jefes muertos en volcanes y a los guerreros en nubes; es el creador de la raza mapuche.

- Esas creencias, Guacolda, son fruto de la ignorancia. Ahora que les hemos traído el mensaje del Dios verdadero, poco a poco debéis abandonar vuestras supercherías...

- Nuestras deidades son los dioses de la tierra; están aquí, moran en los bosques, en los ríos, se encarnan en animales y pájaros de la noche. Cómo podríamos olvidarlos, mi señor Rodrigo.

Guacolda pronuncia las palabras y me da sus significados por medio de gestos o señales o trazos en el aire que dibuja con sus bellas manos: 'huenu', cielo; 'antú', sol; 'lemu', bosque; 'danguí', rada o bahía... Así nacen las bellas toponimias: Pichidanguí, pequeña bahía; Pichilemu, pequeño bosque... Esta lengua, el mapudungún, parece llena de metáforas, como si un gran poeta de los bosques la hubiese inventado para los suyos... 'Milla' es oro, me dice Guacolda, y en sus labios esta palabra pierde su connotación de codicia, deja de ser el fetiche que buscamos con tanto ahínco y brutalidad... 'Licán', piedra pequeña, dice, dejando apenas separados el índice de su mano derecha, y luego traza con amplio ademán una leve curva y pronuncia 'lauquén', que significa mar, y puedo sentir el oleaje como si viniera de ella en las ondas de sus negríssimos cabellos. A Guacolda le parece extraño el proceso de la escritura y me pregunta cómo y para qué "dibujamos los sonidos" en esas raras hojas extraídas de un árbol que ella no conoce...

Pienso con cierta tristeza que ella tendrá que marcharse, tal vez a otra casa de la villa, cuando consume mi matrimonio con doña Inés. No quiero preguntarle cómo se dice pena en mapudungún; pronuncio para mí su equivalente gallego: *mágoa*, y siento el estilete de sus sílabas.

En las brasas nocturnas del fogón se han apagado las palabras. El silencio cae sobre nosotros, tibio y perfumado de hierbas montaraces. Hasta las lechuzas agoreras callaron, como si el dios de la guerra, por un instante, reclinara su cabeza sobre los campos recién incendiados del valle.



## Féminas

- “E llos gobiernan el mundo desde el primer día de la creación y quieren que los aceptemos de buen grado, y, además, nos sintamos dichosas y complacidas. Exígenos obediencia y sumisión, sea para el ‘buen vivir’, según sus reglas impuestas, sea para justificar sus más venales fechorías o caprichos. Encima, nos consideran objetos de placer al alcance de la mano, de acuerdo al imperio de su sacrosanta voluntad...”

-“Así están hechas las cosas, doña Inés, así se mueve el mundo... Nosotras somos la tierra que permanece; ellos son el viento que sopla donde quiere; nosotras somos la savia lenta y fecundante; ellos, la sangre iracunda y posesiva.”

-“Lo pones de una manera poética y equívoca, niña Guacolda, porque así te lo enseñaron. También yo lo aprendí de antiquísima tradición. Pero no siempre fue la vida y tampoco la historia como la narran los varones. Algún día sacaremos eso a la luz y muchas otras cosas hurtadas a nuestra pobre dignidad... Esto que hablamos, Guacolda, no quedará escrito ni será oído por ellos, porque la palabra femenina es el silencio de los siglos, el pozo de arena que aplaca el fluir de los ecos.”

-“Mi madre fue la séptima mujer de mi padre, el cacique Colo Colo, cuyo nombre significa dos veces diestro. Ella murió al nacer su tercer hijo, mi hermano Llanteo... Apenas recuerdo su rostro, pero mi abuela Tegualda me hablaba de ella y de su callado sufrimiento, siempre a la espera de recibir los favores de mi padre. Las otras esposas no la querían, quizá a causa de su extraordinaria belleza.”

-“Yo nunca esperé favores de nadie, menos de ningún hombre, pues jamás consentí la tiranía doméstica. Me vine al Nuevo Mundo vestida de varón, embarcándome como Manuel Suárez, molinero, oficio que aprendí de mi padre, aunque le recuerdo más por los azotes que me daba... Decía que yo no tenía remedio, por díscola y enamoradiza. Mi madre era toda resignación y mansedumbre; mis tres hermanos, esclavos obsecuentes de la paterna voluntad... Estuve tres años como novicia en el convento de la Merced de Placencia. Al cabo, la superiora me devolvió a casa con una retahíla de admoniciones y un exorcismo, al parecer inútil, que me hizo un fraile bizzo y alcohólico.”

-“Aprendí siendo muy niña los oficios de nuestro sexo. Sé hilar y tejer; conozco la cría de animales; con las mujeres de mi tribu nos encargamos de las siembras y las cosechas; también hemos construido rucas<sup>34</sup>, mientras mis hermanos varones se dedican a la caza y a la guerra... Me enseñaron a guisar nuestra comida, basada en el maíz y la papa<sup>35</sup>. Supe de las artes de agradar al hombre con quien me uniría en familia, compartiéndolo con otras mujeres... Antes que se cumpliera, fui raptada por sus soldados, doña Inés...”

-“La vida es para mí inquietud, Guacolda; es permanente desasosiego. Una existencia monótona y rutinaria termina por agobiarme. Es preciso que se abran los horizontes, que el mar ofrezca, como el mejor amante, sus caminos infinitos; arrojarse en brazos de la aventura, pero dirigiendo mi propio gobernalle según mis ansias... Y los hombres sólo aceptan ese destino para ellos... En cuanto a ti, no olvides que hemos venido a traer la palabra de Dios, nuestra Santa Fe Católica... Si nos hubiéseis recibido de un modo más pacífico...”

-“Antes de vuestra llegada, nosotros vivíamos en relativa paz, doña Inés. Mi abuela me contaba que hace *muchísimas lunas vinieron del Norte* los incas. Hubo una gran guerra que duró largo tiempo. Los incas fueron

<sup>34</sup> Ruca: casa mapuche construída de madera, ramas y paja trenzada.

<sup>35</sup> Papa: tubérculo originario de América, en España se denomina patata.

derrotados, y desde entonces sólo tuvimos breves batallas con algunas tribus enemigas, como los *picunches*<sup>36</sup>, *pehuenches*<sup>37</sup> y *huilliches*<sup>38</sup> del Sur.”

–“Y ahora todos se han aliado contra nosotros, pero Dios Todopoderoso nos protege y la Santísima Virgen, y Santiago Apóstol, al que hemos visto aquí, montado en su corcel blanco, asistiéndonos en las difíciles batallas, coronando nuestras victorias como caballero invicto del ejército imperial.”

–“Las cosas de la guerra son asunto de hombres, doña Inés... Hábleme de su reino al otro lado del mar...”

–“Recuerdo las fiestas de Mayo, allá en Placencia, cuando estallaba la primavera en todo su esplendor. Comenzaban con la procesión de la Virgen de los Remedios, a la que acudían gentes de las villas vecinas y aún de lugares lejanos. Eran cuatro o cinco días de jolgorio en los que se olvidaban las miserias y pesares de un año para volcarse desafortadamente a la alegría. Corría el vino como agua de regato, las viandas rebosaban las mesas comunitarias y resurgían, ávidas, las viejas pasiones humanas... Por febrero o marzo siguiente aparecían frutos no deseados, nacimientos imprevistos que se ornaban con la triste diadema de la bastardía... Yo fui concebida por mayo, y aunque mi padre desposó luego a mi madre, signó mi niñez su marca prematura. De ahí me viene, creo, este prurito de rebeldía.”

–“¿Usted también tuvo una hija?”

–“Que murió en horrible parto, en los páramos de Atacama, allá por mil quinientos cuarenta. Era hija de Don Pedro, anhelada por mí, no deseada por él, como buen varón renuente a todas las ataduras... Pero de eso no quiero hablar; no sabes lo que significa una maternidad frustrada. Volvamos a las fiestas.”

---

<sup>36</sup> Picunches: “Gente del norte”; pueblo indígena que habitaba el territorio comprendido entre los ríos Itata y Choapa. Perteneían, como pehuenches y huilliches, a la gran etnia **mapuche** o “gente de la tierra”.

<sup>37</sup> Pehuenches: “Gente de los pinares” (del pehuén o majestuosa araucaria chilena); vivían a ambos lados de la cordillera de Los Andes, desde Lonquimay hacia la ribera sur del Itata.

<sup>38</sup> Huilliches: También conocidos como *veliches*; “Gente del sur”; habitaban un vasto territorio comprendido entre el río Toltén y el archipiélago austral de Las Guaitecas; asimismo, parte de la pampa sur de Argentina.

-“Nuestros *guillatunes* y *machitunes* son también fiestas rituales que celebran los ciclos de la madre tierra. Ellas marcan nuestro calendario lunar y son sagradas, por lo que todo quebrantamiento a su espíritu es severamente castigado... Pero es imposible refrenar los desbordes de la pasión.”

-“La pasión me ha movido, con su fuego y su ceniza, Guacolda... Y ahora quieren aplacármela con edictos... Sí, que me case con ese gallego, Rodrigo de Quiroga, para salvar el prestigio de Don Pedro... Siempre es igual, ellos se refocilan en la lujuria y somos nosotras las barraganas para sacrificar... A veces siento deseos de atravesarles la garganta, empezando por el Gobernador y siguiendo por su cohorte de hipócritas adulones.”

-“Si usted casa con don Rodrigo, ¿seguiré a su servicio o tendré que ocuparme de otro señor?”

-“Como quieras, Guacolda... Es más, aliviada me sentiría si continuaras prodigándole tus favores al mentado Quiroga, que a mí, ni un solo cabello me agita el bisoño lugarteniente... No me mires así. Vosotras parecéis de una inocencia o tontería que hace hervir la sangre... Claro que me gustaría tenerte cerca; al menos hablas y sientes como una mujer de la tierra.”

-“Entonces, ¿no va usted a amarle?”

-“¡Quiá! Yo de amores estoy curada. En cuanto a las obligaciones del convivio, Dios y el tiempo dirán.”

-“Es tan dulce mi don Rodrigo, y gentil...”

-“Mmm... Cuídate de gentilezas, Guacolda, que las palabras suelen ser, en boca de un hombre, más arteras y peligrosas que el puñal. Por las palabras se conquistan imperios, se sojuzgan pueblos y se superponen, unas a otras, las culturas.”

-“Doña Inés, parece que se aproxima don Rodrigo.”

-“Ya me marcho, Guacolda, y ya sabes, a ellos ni una sílaba de lo que hemos hablado. ¿Entendido?”

## **Entre Venus y Marte**

**E**ncomendado por Don Pedro de Valdivia hablé con Guacolda, con mucho tiento y prudencia, midiendo cada una de mis palabras, a fin de que procurase contacto con su tío, el feroz cacique Michimalongo, que tan a mal traer nos tenía con sus constantes asedios. –Bueno sería para nosotros, niña Guacolda, alcanzar una tregua, pues de seguir así las cosas, ambos ejércitos se aniquilarán sin provecho ninguno... Ya sé, ya sé Guacolda, que el gran Michimalongo es poderoso y sus hombres tantos como granos de arena, pero a los hispanos protege el único Dios Todopoderoso y verdadero, y pronto llegarán muchísimos guzmanes de yelmo y espada, y centenares de corceles que harán temblar bajo sus cascos llanuras y montes de este reino.

Ella me miró con sus grandes ojos inescrutables, mientras escuchaba mis razones y balbuceaba algunos supuestos de su silvestre magín. –Que sí – finalmente– mi señor Don Rodrigo... Es preciso enviar un hombre a la cima del monte Chena, al sur de Santiago, donde se alza el pucará abandonado; debe llevar consigo la piel de un lechón ovino blanco y una rama de canelo. Aguardaremos dos lunas, y si sobre la piel se hallare una vasija con agua, quiere decir que ellos parlamentarán...

Pusimos manos a la obra. Don Pedro estimó necesario que yo y dos arcabuceros acompañásemos a Francisco Sánchez, el soldado de más rápida cabalgadura. Dos horas antes del alba iniciamos el camino. Cuando abría el sol su mano de oro sobre el valle de Santiago, avistamos los tres cerros del Chena con su pucará en la cumbre más alta. Sánchez se nos adelantó, galopando junto a un riachuelo que se perdía entre matorrales. Mantuvimos nuestros caballos en suave galope. Nada parecía alterar la

fría tranquilidad de la mañana. Me acompañaban Lorenzo Bernal y Juan Cuevas. Vimos cómo Francisco Sánchez ascendía por la falda oeste, a paso forzado. Sobre las ancas de su corcel agitábase el vellón blanco, cual incierta bandera de paz.

Tras espesa fraga desapareció el soldado Sánchez en su rocín. Apuramos el paso. Juan Cuevas nos advirtió de la imprudencia de subir a la cima. –No es conveniente, capitán Quiroga, pues los yelmos brillarán como espejos y seríamos avistados por los indios, si es que no nos han detectado ya- En efecto, Francisco Sánchez iba precavidamente vestido con su ropa más opaca, y sólo la piel del cordero le hacía visible a lo lejos. Pernoctamos al abrigo de un pequeño bosque de *arrayanes*<sup>39</sup>. Lorenzo Bernal sacó su bota de cuero y bebimos en silencio. El vino estaba agrio y esto nos recordó cuán escasos estábamos de bastimentos y de qué manera se hacían necesarios los refuerzos que Don Pedro había requerido al Perú, comisionando para ello al valiente Alonso de Monroy. Desde entonces ha transcurrido más de un año sin noticias de la expedición...

De súbito, escuchamos lejana gritería y tronar de cascos. Era Sánchez que descendía la ladera perseguido por una veintena de mapuches armados de lanzas. Montamos y fuimos en auxilio de nuestro compañero. Así nos vieron venir los indios, replegaronse velozmente hacia los matorrales creyendo, quizá, que la nuestra era partida más numerosa. Francisco Sánchez se nos unió, al tiempo que gritaba: –Dejé la piel y la rama en el pucará. Cuando volvía, estos mapuches me emboscaron. Debe haber muchos más de ellos, porque escuché gritos y arengas en todas direcciones.

Emprendimos el regreso a espuela batida. Dos horas más tarde, cuando avistábamos los techos pajizos de Santiago, junto al canal de La Aguada, una lluvia de piedras y flechas nos cayó encima con tal denuedo que derribó a Juan Cuevas e hizo perder el yelmo a Lorenzo Bernal. Logramos rehacernos cuando dos centenares de mapuches se nos echaban encima con sus largas picas. Arremetimos lanza en ristre y pudimos vadear el torrentoso curso de La Aguada, aumentado por las crecidas del lluvioso invierno. A poca distancia de la orilla escuchamos, como una ben-

---

<sup>39</sup> Arrayán: árbol pequeño, típico de las comarcas cordilleranas de Chile.



dición, estampidos de arcabuces. Don Pedro nos socorría con su habitual prontitud.

Así vivimos en este reino, acosados a diario por los naturales que llevan adelante una guerra desgastadora, de constantes escaramuzas. Su estrategia de combate es muy eficaz: atacan en oleadas sucesivas, esperando producir nuestro agotamiento para aniquilarnos. Por eso, debemos evitar las batallas frontales y no emplear, bajo ninguna circunstancia, el total de nuestros efectivos, porque es eso lo que buscan y nos resultaría fatal. Ellos prefieren combatir en terrenos pantanosos donde no puede maniobrar con presteza la caballería. Emplean larguísimas picas, de cinco o seis varas, manejadas en escuadras sucesivas de hombres, al modo como usaban sus lanzas los romanos, formando gigantescos erizos, muy difíciles de penetrar, como no sea mediante el fuego de arcabuces o cañones, armas que escasean aquí; asimismo pólvora y municiones, que debemos escatimar al máximo, pues en primavera seguro que arreciarán los combates...

Guacolda me dice que al cabo de cinco días tendremos respuesta de Michimalongo, pues él habita en un valle interior de la cordillera nevada y no conocerá la proposición de tregua antes de dos noches. –Tenéis que ser pacientes, mi señor don Rodrigo, por que todo tiene su tiempo y el destino está en manos de los espíritus de la tierra... Su fe es curiosa, sencilla y profunda, libre de las dudas que a menudo me desasosiegan... Si en siete días no recibimos razón del cacique ella se ofrece para mediar directamente, acompañada de dos parlamentarios nuestros y un ‘lengua’ que conoce el mapudungún. No me agrada la idea. Veremos.

Las cuatro o cinco horas de la madrugada serían cuando Guacolda me despertó según su hábito para evitar sobresaltos, pues nunca se debe cortar el sueño de manera abrupta porque se daña la memoria si uno salta al mundo de la vida sin pausa necesaria para desligar esos planos como cuerda que se desata morosamente, y es en el sueño, don Rodrigo –me dice en un susurro– cuando nos unimos a las más antiguas remembranzas, a la memoria de los muertos que un día será nuestra propia memoria... Pasó bajo mi nariz con extrema suavidad, una hoja de perfumado *llantén*, hierba medicinal y de propiedades mágicas que emplean los mapuches en rituales de curación... Recobré el sentido como si me descolgase de un sueño leve y grato: caminaba por los campos de Tuiriz detrás de un piño

de blancas ovejas cuando aquel aroma me trajo a la habitación y vi parpadear los verdes y cálidos ojos de Guacolda en la penumbra... Y entonces la besé, y fue como sentir en mi pecho las hierbas olorosas de Tuiriz, los terrestres efluvios de la infancia, pero su aroma me trajo el aliento salvaje de un reino único y misterioso.

Volví a dormirme para despertar con el ruido de un objeto al estrellarse contra la empalizada. Me levanté rápidamente y salí a la noche espada en mano. Guacolda estaba fuera. –Mi señor, Michimalongo nos envía su respuesta. Y extendió sobre el piso del portal una liebre aún tibia y sangrante, atravesada por aguda flecha de pedernal.

– Qué significa, le dije, aunque ya sabía la respuesta.

– Que nada hay que hablar, me respondió, pues la flecha seguirá volando para abatir la liebre, y los guerreros de mi pueblo son el pedernal, duro y certero contra el *huinca*<sup>40</sup> invasor.

Vi en sus ojos un destello fugaz de leona en celo. –Tal pareciera que te complace la negativa. Tampoco tú conoces la lealtad.

– Eso no, mi señor Rodrigo. Sabe vuestra merced que le seré fiel hasta la muerte, pero mi espíritu está con los míos, ligado como el maíz a la tierra que lo fecunda, como la raíz del canelo al agua que lo nutre...

– Bien, si insisten en la guerra, tendrán lo que buscan.

Aún mascullaba mi decepción cuando el Capitán Valdivia me llamó a su casa. De entrada le informé lo acontecido. No pareció perturbarse. Me dijo: –Rodrigo, basta de ofrecimientos de tregua. Seremos implacables. Más todavía cuando recibamos refuerzos del Perú. Estos salvajes sólo entienden el lenguaje de la espada.

Sonrió levemente al tiempo que me decía: –Quiero pedirlos un favor especial, confiado en vuestro certero manejo de la pluma. Tengo aquí el esbozo de una carta que enviaré a nuestro glorioso Emperador Carlos V. Juntos le daremos digno remate.

---

<sup>40</sup> Huinca: en lengua mapudungún, extranjero.

Cuando abría el alba sus rozados primores, habíamos concluido la carta, cuyo meollo dice así.

*“Esta tierra es tal, que para poder vivir en ella y perpetuarse no la hay mejor en el mundo; dígolo porque es muy llana, sanísima, de mucho contento; tiene cuatro meses de invierno, no más, que en ellos, si no es cuando hace cuarto la luna, que llueve un día o dos, todos los demás hacen tan lindos soles, que no hay para qué allegarse al fuego. El verano es tan templado y corren tan deleitosos aires, que todo el día se puede el hombre andar al sol, que no le es inoportuno. Es la más abundante de pastos y sementeras, y para darse todo género de ganado y plantas que se puede pintar; mucha y muy linda madera para hacer casas, infinidad otra de leña para el servicio dellas, y las minas riquísimas de oro, y toda la tierra está llena dello, y donde quiera que quisieren sacarlo allí hallarán en qué sembrar y con qué edificar, y agua, leña y yerba para sus ganados, que parece la crió Dios aposta para hacerlo y tenerlo todo a la mano.”*

Juro que nada puse en ella de mi cosecha. Todas las efusiones corren por cuenta de Don Pedro. Véase en sus palabras dos cosas: su entusiasmo sincero por una tierra que se nos anida en el corazón como antigua nostalgia, como apasionado e inolvidable amor; su encomiable propósito de merecer el favor real y el consecuente apoyo en la titánica empresa de consolidar este reino.

Después de todo está pareciera ser una tierra fértil para engendrar, además de contumaces guerreros, poetas y soñadores.



## La espada y la cruz

Guacolda me mira con sus ojos de verde agua inquieta y me dice, sin ambages, en su media lengua india, haciendo vibrar como un arpa las ásperas verbas de Castilla: –Tú y yo, mi señor, vamos a tener un hijo... Luego ha llorado en silencio, sentada en el arcón de los pertrechos, las finas manos sobre el regazo, como un pájaro de alas rotas.

Durante largos momentos no pronuncio palabra... Mi única hija está en Cuzco, en el convento de las mercedarias. Espero que viaje a este reino con el Capitán Valdivia, cuando regrese de su proyectado viaje al Perú... Pienso en su desolada orfandad y una congaja de doble filo se me clava en el pecho.

–¿Estás segura, Guacolda?

–Lo estoy, mi señor.

El viento cordillerano sobresalta las candelas y esparce un carnaval de sombras huidizas... Se vela el cristal de su mirada en mudo llanto, pero atisbo en su boca levísimo gesto de felicidad, como si la materna condición ahuyentara toda desdicha. He aquí la femenina potencia de esta tierra en trance de telúrica germinación, tan nueva que parece recién surgida del Génesis... Las mujeres mapuches son pródigas sementeras que aguardan la chispa de la concepción. Así, todas las de nuestro servicio están preñadas o ya han parido. Esto no agrada al Capitán. Cuidado– dice Don Pedro–, pues más temprano que tarde los vástagos del mestizaje se volverán contra nosotros... Él desconfía de la mezcla y recela de los indios, por “cruels y veleidosos”.

Creo que exagera y no tiene en cuenta con igual juicio males y defectos de nuestra estirpe, cuyos hombres se tornan aquí más fieros y viciosos, arteros e impredecibles bajo el rigor de la guerra y las penurias, como si carecieran de Dios y Ley; tan olvidados parecen de su cristiana condición... A veces pienso que nuestros códigos se estrellan, impotentes, con una realidad que los sobrepasa, cuyas exigencias y desafíos exceden premisas creadas para otra cultura, ajenas en cuerpo y alma a este cosmos de extrañas sugerencias. Preciso es considerar que aquí se torna definitivo nuestro aislamiento y la esperanza de un posible regreso es inconcebible hasta en el más loco de los sueños.

Así, actuamos contra este pueblo como si fuesen nuestros virtuales esclavos. Pues, como ha dicho y sentenciado en todo el horror de sus palabras, nuestro Capitán Valdivia:

*“...prendiéronse trescientos o cuatrocientos indios, a los cuales hice cortar las manos derechas y narices, dándoles a entender que se hacía porque les había avisado viniesen de paz e me dijeron que así harían, e viniéronme de guerra, e que si no nos serían, así los habría de tratar a todos...”*

No creo ni en la oportunidad ni en la justicia de tal procedimiento; más aún, considero, a la luz de posteriores sucesos, que Don Pedro falló en la estrategia y avivó en los naturales mapuches su natural fiereza, poniendo en riesgo la conquista del Reino de Chile... Esto que escribo fue cabalmente expuesto por dignatarios y vecinos en el Cabildo de Santiago, el día siete de enero de mil quinientos cincuenta, lo que provocó la cólera del Capitán, quien no trepidó en exigir fuesen omitidos del acta las aludidas opiniones. Remató luego su discurso diciendo: *“...los indios naturales, cuán mentirosos son e huidores, no por el mal tratamiento que aquí se les hace, ni trabajos excesivos que se les dan en el sacar del oro, sino por ser bellacos y en todo mal inclinados, e por esto es necesario castigarlos conforme a justicia...”*

Si no me juega mala broma mi entendimiento, creo que de sus propias palabras se infiere buena parte de la verdad acerca del proceder de los indios. Y por eso he perseverado, en la medida de mis fuerzas, en llevar a españoles y mapuches a un concierto que permita la ansiada paz, aún hoy lejana...

Y es grande contradicción, si apelamos a los preceptos de nuestra Santa Madre Iglesia, que entremos contra los indios en guerra de exterminio cuando nos obligamos, en virtud de la Fe y en obediencia a Su Majestad, a cumplir la encomiable tarea de evangelizarlos. Así pues, tengo entre los mapuches del valle de Santiago, ya sujetos a nuestra férula, algunos buenos cristianos españoles, pagados de mi bolsa y peculio, para que les adoctrinen, instándoles a desechar sus prácticas bárbaras y supersticiosas y que es cosa pagana y vacua contra la que hubieron de luchar también nuestros antepasados en Galicia y otros reinos de Hispania.

Los mapuches se muestran asaz desconfiados de nuestros frailes, quizá porque ven a éstos como virtuales brujos, enemigos de sus *machis*<sup>41</sup> y curanderos; en cambio, respecto a los vecinos españoles que labran junto a ellos la tierra, que apacientan las ovejas y realizan otras faenas de mantenimiento, se muestran aseguibles y dispuestos a hablar en su lengua gutural, con el nexo necesario de los pocos yanaconas o 'lenguas' que permanecen a nuestro lado.

Como expresó también un cronista cuyo nombre yace bajo el velo del olvido: *"Hemos menester rogar a Dios, pues podemos temer que las indias chilenas tomen las armas contra nosotros en las edades venideras y restauren las tierras y las vidas que sus maridos hoy día pierden, que todo lo puede hacer el tiempo y el valor de estas mapuches que heredan de los padres y los abuelos la osadía, el odio y la animosidad contra los españoles, y la destreza en manejar el caballo y hacerle mal, en lo que se igualan a sus más belicosos guerreros"*.

Por otra parte, quedan de manifiesto entre los cristianos las querellas que dividen a nuestros propios sacerdotes: partidarios unos de la sujeción forzosa de los indios a todo trance, defensores los otros de una evangelización basada en el convencimiento amoroso, en la paciente y continua persuasión que se consolida por el ejemplo de las virtudes cristianas, lamentablemente escasas en estos confines donde suelen los hombres perder la cabeza y extraviar sus dignidades.

Fray Gil González ha expresado públicamente sus reparos ante los abusos que se cometen contra los indios. Se ha negado incluso a confesar

---

<sup>41</sup> Machis: En lengua mapudungín, brujo o curandero.

a ciertos militares, exigiéndoles que primero restituyan lo sustraído y ofrezcan verdadera reparación por sus continuas tropelías; en caso contrario, les aguardan las penas del infierno, según la doctrina que dicen profesar.

No obstante, eclesiásticos de mayor rango, como el obispo de La Concepción, González Marmolejo, sustentan y hacen imperar la doctrina de Vitoria, que recomienda, sin ambages:

*–“Si los bárbaros, ya sean sus jefes, ya el pueblo mismo, impidieran a los españoles anunciar libremente el Evangelio, pueden éstos, dando razón de ello a fin de evitar el escándalo, predicarles aún contra su voluntad, y entregarse a la conversión de aquella gente, y, si fuere necesario, aceptar la guerra o declararla, hasta que den oportunidad y seguridad para predicar el Evangelio.”*

Si la Cruz viene precedida de la espada y es impuesto su símbolo como anatema a los pueblos sojuzgados por el hierro y la extranjera palabra, cómo no comprender que los tales indios se subleven y nos hagan guerra sin cuartel... Destruir sus sembradíos, mutilar a los prisioneros y martirizarlos; capturar infantes para obligarlos al servicio, separándolos de sus familias; raptar mujeres y hacerlas silvestres cortesanas para goce de la carne viril...

La palabra ‘abuso’, en mapudungún, es la misma para designar “traición” y ‘crimen’. El cambio en el énfasis nos otorga la acepción adecuada al juicio. Abuso ha sido –me dice Guacolda, mientras retozamos junto al fuego –el rapto de mis dos hermanos pequeños: Lientur y Elicura. Ambos trabajan para don Francisco de Villagra; a los dos se les ha amputado el pulgar de la mano derecha por desobedecer órdenes del Capitán.

No sé si es muda la rabia de Guacolda o si su bondad natural sobrepone a la ira el arduo gesto del perdón. Ella sólo expresa callada zozobra y llora en silencio, como cervatilla bajo el arma implacable del cazador. Tomo sus manos entre las mías y siento más una ternura de padre que el solidario afecto del amante.

–¿Para cuándo será el niño? –le pregunto.

–Será por la luna grande de las cosechas –me responde.



Entonces nacerá por los trigos de diciembre, cuando sea el invierno, allá en Tuiriz, y la casa de piedra se vista como una virgen blanca.

–Siempre recuerdas esa casa, don Rodrigo.

–Sí, Guacolda, porque es la morada de mi infancia.

–Es mejor no recordar lo perdido, mi señor; el fuego que se apaga no volverá a encenderse nunca en el mismo lugar.



## Travesía en el mar del sur

Jamás estuve en academias castrenses. Mi oficio de soldado es circunstancial y se desarrolló en el Cuzco, bajo las órdenes de ilustres capitantes: Anzúrez y Mendieta. Luego, aprendí artes de combatir con mi maestro mayor, Don Pedro de Valdivia, él sí eximio guerrero, guzmán fogueado en Nápoles y el Perú, ultimado en Chile, como sabéis, por mano de los mapuches, único pueblo quizá donde sus hombres nacen y mueren para la servidumbre atroz de la guerra.

Cumplí mis tareas de conductor pero, *strictu sensu*, no he sido un militar. Los hijos de Marte adquieren temprano maridaje con la muerte y se habitúan a ella como el fuego a la madera. Tanto es así que les cuesta vivir sin su apremio, sin que la mano se obligue a esgrimir la espada para acabar con otros hombres –ay– tan semejantes a nosotros mismos. Según estas premisas, se plaga la existencia de enemigos y hay que andar con la parca en las alforjas como si fuese pan cotidiano, prestos a saciar apetitos de aniquilación.

Me cuesta, pues, relatar campañas o glosar combates memorables, sobre todo aquí, en este reino donde es más habitual la guerra que cultivar los campos, más común derramar sangre que conducir el agua rumbosa a feraces sementeras. Gústame, en cambio, contar viajes y travesías por estas comarcas sin término donde parece que una vara fuese del tamaño de una legua; donde se vuelven horas los minutos si queremos cruzar extensiones donde cabrían varias veces las distintas Españas.

En abril del año de mil quinientos cuarenta y cuatro, cuando estábamos rehaciéndonos de los estragos de la guerra y el hambre, se desencadenaron grandes temporales y llovió con tal fuerza durante tres meses,

que el otrora modesto río Mapocho abandonó su curso, inundando las quintas del norte de Santiago y casi todas las huertas y sembradíos. Nos dedicamos a reconstruir y reparar sendas y caminos estropeados por la inclemencia del tiempo. Los indios nos contaron que no tenían memoria de tan riguroso invierno. Por fortuna, el clima les mantuvo casi inactivos y sólo afrontamos una que otra contienda.

A fines de junio recibimos buenas noticias. A Valparaíso había llegado la nao *San Pedro*, al mando de Juan Bautista Pastene. Lo enviaba el gobernador del Perú, licenciado Vaca de Castro, y nos traía importantes pertrechos, tanto en armas como en víveres y vituallas. Nuestro Capitán Valdivia mostróse muy complacido y se dio a la tarea de organizar una expedición por la costa sur del reino.

A primeros días de septiembre, Don Pedro nos encomendó, a Jerónimo de Alderete, al propio Pastene como piloto, y a mí, reconocer una larga faja de territorio hacia el sur, bordeando la costa del océano inmenso. El día tres entregó a Juan Bautista Pastene el estandarte pintado con las armas imperiales y su propio escudo, diciéndole: *“Capitán, yo os entrego este estandarte para que bajo su sombra y amparo sirváis a Dios y a Su Majestad; defendáis y sustentéis su honra, y la mía en su nombre, y me deis cuenta de él siempre que os la pidiese. Haced juramento y pleito homenaje de cumplirlo así”*.

Zarpamos del puerto de Valparaíso antes del alba, en dos naos: *San Pedro* y *Santiago*; esta última era la nave capitana, al mando del avezado marino, el muy valiente y leal Juan Bautista Pastene, oriundo del reino de Génova.

Tomamos rumbo suroeste, con mar calma que presagiaba tranquilas singladuras, pero luego de ponerse el sol comenzó a soplar fuerte y porfiado viento que nos empujaba hacia alta mar. Todos los esfuerzos por variar aquel obligado derrotero fracasaron. Nuestros tripulantes iban inquietos, en un tris de alborotarse. Y es que siguen sintiendo pavor de navegar hacia el oeste, donde están para ellos los abismos del fin del mundo, los mismos que aterrorizaron a celtas y romanos cuando vieron hundirse el sol desde el *finis-terre* galaico. Ahí nació, creo, la verba galego-portuguesa *asolagarse*, cuya acepción usual es sumergirse, y que etimológicamente significa ‘ahogarse el

sol en el agua'. Por eso es que los celtas, al igual que los incas ribereños del Perú, ahuecaban grandes rocas cara al horizonte marino, y en el instante en que el astro rey parecía circundado por la piedra, ataban en torno al círculo grandes cuerdas para evitar el hundimiento del Sol, que siempre temían, en su extraño pavor ancestral, fuese definitivo e irreparable...

El capitán Pastene decidió no oponerse al designio del tiempo, confortándonos con la idea de retomar rumbo apenas avizorara un cambio favorable en las condiciones de navegación. Poco antes del amanecer cesó el viento que nos impelía al oeste y un airoso 'travesía' vino a aligerar el ronsel de nuestro cansado gobernalle. Nos habíamos alejado muchas leguas de la costa, y cuando el sol nos regaló sus primeros resplandores, sólo pudimos contemplar una ilimitada llanura verdeazul. Dos hombres que carenaban la cala de estribor lograron atrapar con sendos botavantes un enorme pez, quizá un atún de la mar austral. Ayudamos a izarlo con improvisada red. Aún se debatía, herido de muerte, agónico guerrero de su instinto. El gallego Núñez, que había manejado el botavante como diestro lancero, lo ultimó de un hachazo. El intenso rojo de la sangre se esparció en cubierta, como oscuro vino brindado por Neptuno a nuestras ansias. Entre risotadas y gritos los marineros celebraron el próximo festín y la estrepitosa caída del contra maestre Rebolledo, quien resbaló en el viscoso líquido profiriendo una sarta de blasfemias. El negro Jerónimo, que trajimos del Perú como cocinero, iba a pagar la burla, pues al aparecer desde la sentina recibió un formidable puntapié que le hizo rodar por la escalerilla en violento e inesperado regreso, al tiempo que estallaba la orden del oficial: -¡Negro hideputa, ponte a limpiar en el acto la cubierta!- Y volviéndose hacia el resto de la tripulación, levantó el enorme puño instándoles a volver a sus faenas.

Comimos hasta el hartazgo, aligerando el fuerte sabor yodado con una barrica de vino blanco, agasajo del capitán Pastene. Cuando cabeceábamos el sopor del providencial refrigerio, el vigía avistó la tenue línea del continente. Nos acercaríamos a la costa para bordearla hasta encontrar una rada protectora que sirviese de fondeadero. Desde el oeste se levantaba oscuro manto de nubes con gris presagio de mal tiempo.

Dormité en cubierta, reclinado sobre un rollo de cuerdas. En la semiconciencia escuché voces y risas; los marineros chanceaban como

niños felices. Alguien dijo un refrán o yo mismo lo pronuncié, rescatándolo del velado pozo de la memoria: *Co bandullo cheo non hai dúbida nin credo*<sup>42</sup>. No pareciera ser mucho lo necesario para contentar a los simples, pero cuánto nos ha costado aquí aventar las penurias del corazón de nuestros hombres; tanta ha sido la indigencia en este país de cicatera naturaleza y hombres asaz hostiles.

Se ve menos pájaros y peces que los de la mar Atlántica; debe ser por lo frío del océano y su extraordinaria profundidad. Hemos avistado, sí, un par de grandes ballenas que asustaron a los hombres cuando emergieron cerca de las naves, lanzando sus chorros de agua como gigantescas fontanas. Suelen ser inofensivas si no se las molesta... Sin duda, poseen mejor carácter que los humanos.

A dos leguas de la costa sentimos gran alboroto bajo la traba del bauprés. Varios hombres traían amarrado por el cuello y los brazos a un viejo tripulante, apodado *Siete Mañas*. Detrás de ellos, el contraмаestre conducía al grumete Manoliño, joven mestizo que ayudaba también en la cocina y otras faenas menores. Ambos habían sido descubiertos en la bodega de popa realizando actos de sodomía... Según supe después, por boca del capitán Pastene, no era la primera vez que *Siete Mañas* se veía involucrado en sucesos de tal naturaleza.

Nos reunimos en un extremo de la cubierta, Juan Bautista Pastene, Jerónimo de Alderete y yo, para deliberar. Se nos unió el contraмаestre, presa de gran agitación. El castigo debía ser ejemplar y drástico, opinaba Rebolledo; en este caso, a Manoliño, veinte azotes en cubierta y mengua de la mitad de sus raciones durante diez días; en cuanto a *Siete Mañas*, por la gravedad y reincidencia de su falta, debiera ser arrojado al océano, sin más, con una bala de cañón atada a los pies...

Me opuse a tan excesivo escarmiento, aduciendo razones estratégicas; escasos de tripulación, un hombre como él resultaría necesario en nuestro viaje por rutas desconocidas. Alderete estuvo de acuerdo conmigo. El capitán Pastene observaba en silencio la escena, como si esperase intervenir al final del pleito. El contraмаestre parecía fuera de sí. Alzó la

---

<sup>42</sup> Con el estómago lleno no hay duda ni credo.

voz, casi en ronco grito, e insistió en aplicar el más drástico castigo. Mientras profería atropellados argumentos, llevaba su mano derecha a la empuñadura del machete marino, como si fuese a desenvainarlo contra *Siete Mañas*... El viejo truhán permanecía con la cabeza gacha, resignado quizá a lo que viniera. Manoliño era imagen del desamparo, con el miedo latiendo en sus grandes ojos moros.

Juan Bautista Pastene dirimió la discusión. Bastará con castigar a *Siete Mañas* con treinta azotes y diez días a un cuarto de ración. –Al regreso- agregó, le dejaremos en manos del alguacil mayor... En cuanto a Manoliño, recibirá quince azotes y tendrá que dormir solo en cubierta hasta el término del viaje. Es todo, señores; vuelvan a sus puestos-. Y dirigiéndose al resto de la tripulación, que se apiñaba expectante en la sobrecubierta de mesana, gritó: -Si esto se repite, pasaré por mi espada a los culpables-. Acto seguido, subió por la escalerilla en dirección a su pequeña recámara. El contraestre fue tras él, mascullando algo que no alcancé a oír. Pastene le hizo callar con una blasfemia en sonoro genovés.

Luego de un lapso que estimamos prudencial, Alderete y yo nos apersonamos en el estrecho aposento del capitán. Sobre la mesilla iluminada por el quinqué, Pastene examinaba las cartas náuticas. Alzó la cabeza con ese gesto suyo habitual, entre afable y alerta.

-Estas aberraciones van en aumento por la falta de mujeres... He tenido que reconvenir duramente a Rebolledo, prohibiéndole que haga justicia por su mano, pues odia a *Siete Mañas* por razones que sólo intuyo... Don Rodrigo, es preciso que usted instruya al escribano Juan de Cardeña para que no anote el incidente en el acta de viaje; no debe quedar escrito, pues si llegara a caer en manos de nuestros enemigos, los heréticos ingleses, que ya merodean por estos mares, podría ser usado para denigrarnos.

Bajamos a cubierta. Jerónimo de Alderete me dijo, en un susurro: - El mestizo Manoliño es hijo del contraestre y de una india panameña. Le trajo desde el Perú como tripulante del *Santiago*, pero ante el comportamiento del muchacho, que parece haber tenido tratos viles con otros marineros, se empeña en desconocer su paternidad... Nada bueno va a salir de esto, Rodrigo.





## Toma de posesión

A lo largo de la costa, en una extensión de ciento veinte leguas, asistimos al admirable espectáculo de la más ubérrima floresta, exuberante de árboles y plantas como sólo viera en ciertos lugares de la travesía entre Venezuela y el Perú. Sin embargo, el clima es aquí mucho más frío y abundan las nieblas mañaneras, cuando no lloviznas que se parecen al *orballo*\* de Galicia. La espesura es tal, que durante largos trechos no se ve entradas ni senderos que hagan presumir tránsito de gentes o animales. Una algarabía de menudos pájaros alegra la soledad de bosques impenetrables; sinfonía que bien pudieron haber escuchado nuestros primeros padres en el Paraíso... No hemos visto ninguna suerte de animales feroces, aunque en lo profundo de la espesura quizá tengan territorio y madriguera.

En la mañana del dieciocho de septiembre dimos con una ancha bahía rodeada de altos roqueríos plagados de pelícanos y grandes gaviotas bullangueras. Bajamos a tierra el capitán Pastene, Alderete, el escribano Cardeña y yo, acompañados de cuatro arcabuceros y seis yanacunas de arco y flecha. En un santiamén centenares de indios surgieron de la fraga, rodeándonos, mientras nos amenazaban con atroces aullidos, blandiendo sus lanzas y macanas. Evité que nuestros soldados dispararan y, adelantándome, les ofrecí espejos, cascabeles y coloridos abalorios. Bajaron sus armas, acercándose con muestras de alborozada alegría mientras les reparábamos aquellas bagatelas.

Entonces, el capitán Jerónimo de Alderete, llevando su escudo en el brazo izquierdo y la espada en la mano derecha, pronunció el voto de

---

\* Orballo: llovizna típica de Galicia, llamada también “calabobos”

posesión, mientras yo sostenía el estandarte y Juan de Cardeña tomaba rigurosa escritura del solemne acto ante el asombro de los naturales que no entendían ni gestos ni ademanes, ni menos palabras en nuestra rotunda y extraña lengua.

Bautizamos aquella bahía como San Pedro, en honor a nuestro Capitán Valdivia y al patrono de la segunda nao. Con ramas de un árbol aromático y medicinal que los mapuches llaman *quillai*, construimos una cruz de tres varas de altor<sup>43</sup> y la emplazamos en un promontorio que domina la extensa playa. Rezamos dos Padrenuestros y diez Avemarías, y luego lanzamos dos salvas de arcabuces, ante el pánico de los nativos, que desaparecieron en la espesura como almas que lleva el diablo.

Dos años después de nuestra expedición, pude enterarme que Juan de Cardeña, el escribano, poseía grandes cualidades imaginativas, sólo comparables a la mente fantasiosa de mi conterráneo Pedro Mariño de Lobera, como más adelante veréis, caro lector... Es así que su prolijo relato del viaje incluyó algunas narraciones extraordinarias, las cuales dio por ciertas el Gobernador, siempre interesado en resaltar ante los ojos de Su Majestad las maravillas sin cuento del Reino de Chile, que opacarían, incluso, a los esplendores de México y el Perú.

Cuenta Cardeña que estuvimos en las tierras del poderoso cacique Leochengo, señor de las comarcas vecinas al río Biobío, donde posee un virtual imperio, con fastuosos templos servidos por millares de sacerdotes. Sus palacios recubiertos de oro pueden verse a varias leguas de distancia. Asimismo, este rey de los mapuches tiene bajo su mando ejércitos de centenares de miles de guerreros. Más al sur, agrega el escribano, existe un país maravilloso habitado sólo por mujeres que, luego de ser fecundadas por ocasionales prisioneros, les matan y luego se comen su corazón y músculos para adquirir de este modo el valor y la fuerza de aquellos héroes vencidos por las femeninas potencias. Al interior de aquellos parajes, en un valle escondido entre las más altas cumbres de la cordillera nevada, se encontraría la Ciudad Perdida de los Césares, llamada también Pacha

---

<sup>43</sup> Altor: altura perpendicular de un cuerpo desde su base (alto); este vocablo, desaparecido en la mayoría de los países de habla hispana, junto a *largor* y *anchor*, aún se emplea en las comarcas de Chiloé (Nueva Galicia) especialmente para la medición de naves en los astilleros chilotes.

Pulai o Trapananda, donde sus habitantes no conocen la muerte ni la decrepitud y viven como en el Edén de los primeros tiempos...

Debo aclarar que durante esta navegación exploratoria, en la mayoría de las ocasiones, tuvimos que cumplir lo encomendado por nuestro Gobernador desde el puente de la nao capitana, ya fuere por lo abrupto de la costa o porque los mapuches, en grandísimo número, preparaban contra nosotros inminentes ataques. Entonces, una vez que lográbamos anclar cerca de la ribera, o si estábamos a la gira en aguas de relativa calma, Jerónimo de Alderete sostenía la espada en alto, señalando la tierra en amplio abanico, como si aprehendiese muchas leguas, mientras yo alzaba con unción el estandarte y, dirigiéndose a Juan de Cardeña, leía él con voz entera y pausada el edicto de posesión:

*“Escribano que aquí estáis, dadme por testimonio en manera que haga fe ante Su Majestad y los señores de su muy alto consejo y chancillerías de las Indias, como por Su Majestad y en su nombre por el Gobernador Pedro de Valdivia, tomo y aprehendo la tenencia, posesión y propiedad de estos indios, y en toda esta tierra y provincia, y en las demás sus comarcas; y si hay alguna persona o personas que lo contradigan, comparezcan delante, que yo se la defenderé en nombre de Su Majestad y del dicho Gobernador, y sobre ello perderé la vida; y de cómo lo hago, pido y requiero a vos, el presente escribano, me lo deis por fe y testimonio, signado en manera que haga fe, y a los presentes ruego me sean dello testigos.”*

Nunca hubiera oposición a nuestro edicto, ni a nuestros ademanes y propósitos, porque los nativos de estas comarcas nada entendían de aquellas palabras ora pronunciadas sobre las arenas de sus playas, ora desde los navíos de blancos velámenes, y que venían por las ondas como un viento leve a refundar sus reinos, en indescifrable rumor de voces y arenas... Era una suerte de ritual mágico: en virtud de las palabras la tierra nos pertenecía; por los cauces del verbo creábamos un nuevo mundo.

El día treinta de septiembre, hora temprana del alba, anclábamos en la bahía de Valparaíso. Los marineros se mostraban alegres en grado sumo; habían sido escasos los contratiempos y les aguardaban en tierra tres o

cuatro días de descanso antes de emprender el viaje a Santiago del Nuevo Extremo, pues la *Santiago* y la *San Pedro* permanecerían en el puerto para ser calafateadas y carenadas antes de proseguir viaje hacia el norte. Traíamos buenas noticias al Gobernador y muchas tierras para agregar a sus vastos dominios.

Al desenganchar los botes de babor se escucharon gritos que provenían de la bodega bajo el bauprés. Era Avendaño, el cocinero, que berraba por el contraмаestre y pedía ayuda como un náufrago en medio de la mar. Alderete y yo corrimos por la cubierta y bajamos a saltos la escalerilla bajo el entoldado. Tras la portezuela de la improvisada bodega de suministros, al fondo del cubículo que hedía a sardina descompuesta, sobre una barrica de salazón, se balanceaba el cuerpo exánime de *Siete Mañas*, con su violácea lengua caída como inútil bandera...

Cuando descolgábamos el cadáver, aparecieron el capitán Pastene y Rebolledo. En la aviesa mirada del contraмаestre advertí una chispa de feroz alegría.

## La caverna de los dioses

-**F**ue hace muchísimas lunas- nos dice Guacolda, cuando llegaron al valle del Mapocho las poderosas tribus del Norte, desgranando sus guerreros como semillas de maíz sobre los llanos de Chile. Descendieron por el seno frío de la gran cordillera nevada, donde serpentea el Camino del Inca, la misma ruta que usásteis vosotros para llegar... Traían miles de llamas cargadas con rico bagaje y el polvo que levantaban sus pezuñas oscurecía la luz del Sol. Huaina Cápac, el gran rey y señor de los incas, vino acompañado de sus cuatro mujeres principales y trajo consigo a dos pequeños vástagos gemelos que estaban dolientes de una extraña enfermedad conocida como ‘melancolía lunar’, una tristeza del alma heredada de muy antiguo, quizá de aquellos dioses que vislumbraron el aniquilamiento del imperio bajo el terrible poder que llegaría desde la morada del Sol, atravesando los inmensos mares de hielo y amatista... Sacerdotes, médicos y consejeros reales recomendaron al Inca la travesía para conjurar en sus dos hijos aquel raro hechizo con los aires benéficos de una tierra nueva y lejana, ubicada según los astrólogos en el último reino.

-Seis meses permanecieron aquí las huestes de Huaina Cápac, hasta que nuestros guerreros lograron detener el avance de las tropas incas en la ribera sur del río Cachapoal. Durante ese tiempo el Inca estuvo más preocupado de la dolencia de sus infantes que del curso de la guerra. Convocó a los machis y curanderos mapuches exigiéndoles la sanación de sus hijos, llamados Sol y Luna, que se apagaban como débiles flamas bajo el viento... Pero todos los conjuros, exorcismos, sahumeros, invocaciones y preces, resultaron inútiles, y una mañana de invierno en que se produjo gran terremoto, murieron los hijos, sumiendo al padre y a la madre en atroz congoja. Huaina Cápac sufrió un arrebató terrible y ordenó decapitar a

nuestros machis y curanderos. En el paroxismo del dolor, aconsejado por sus sacerdotes, interpretó el violento sismo como un reclamo del dios de la montaña y decidió sepultar a sus amados gemelos en el blanco lecho de las nieves eternas.

-Así se hizo y regresaron los incas al Perú con su abatido Rey. Huaina Cápac se encerró en palacio y despreció alimentos y bebidas. Nada pudo mitigar su honda pena y al cabo de un mes murió para el mundo que gobernaba por dictado de su Dios Sol. Pidió que le sepultaran en el corazón de la montaña, en la ciudadela sagrada y secreta de Macchu Picchu, donde sólo llegan los elegidos.

-Mucho tiempo después, cazadores mapuches que acechaban al guanaco en sus altas madrigueras, descubrieron la helada caverna donde reposan los hijos de Huaina Cápac, ahora vueltos dioses de la montaña. Desde entonces nuestro pueblo les venera y les rinde tributo como antepasados que moran en las fértiles comarcas del Pillán. Sólo los más valientes son capaces de llegar hasta la oculta caverna para llevarles ofrendas y officiar sacrificios rituales.

Mariño de Lobera retiró del fuego su espada toledana, luego de atizarlo morosamente, como suele hacerse en nuestra tierra gallega. En la mirada y el gesto adiviné su exacerbado interés por una nueva aventura.

-¿Dónde está aquella montaña sagrada?- preguntó el pontevedrés, fijando en Guacolda sus azules ojos.

-Hacia allá- dijo Guacolda, y señaló al noroeste, donde se alza el imponente macizo de Pellipulli<sup>44</sup>, que en mapudungún quiere decir 'cerro de los espíritus'. Su ancha cumbre se alza por encima de las cinco mil varas, y mira al valle de Santiago como amenazadora y vigilante deidad. Tiene forma de gigantesca ánfora, rebosante de nieves eternas que apenas mengua el ardiente sol estival. Es tan majestuoso su porte que parece muy cercana al valle, aunque dista de él no menos de ocho leguas. Se trata, al parecer, de un antiguo volcán, aunque en esta ciclópea cordillera nunca

---

<sup>44</sup> Esta montaña de nieves eternas se conoce hoy como cerro "El Plomo". Cerca de su cima se encontraron dos momias incásicas en notable estado de conservación; el hallazgo se produjo a comienzos de la década de 1960. Actualmente se encuentran expuestas en el Museo de Historia Natural de Santiago de Chile. (Nota del autor).

se sabe cuándo ni cómo se transforman sus montes en descomunales bocas de fuego que arrojan hacia las planicies ríos de bermeja lava, y estremecen la tierra cual si fuesen los días del Apocalipsis.

-Iremos pronto a conocer esa maravilla- dijo, inquieto y audaz, Mariño de Lobera... -Usted, don Rodrigo, Francisco de Aguirre y yo. Con Guacolda como guía y un par de yanaconas haremos la expedición.

Y así obramos, en los labios el sabor de la aventura, como viejo vino restaurador del ánimo, como un amor que agitate efluvios otoñales... Don Pedro andaba en su travesía por el sur del reino. Santiago estaba en relativa calma. Sí, la oportunidad resultaba inmejorable...

Dos horas antes del amanecer iniciamos el viaje. La villa de Santiago del Nuevo Extremo duerme en la tibia quietud de febrero. Mariño de Lobera, Aguirre, Guacolda, dos yanaconas peruanos y yo, emprendemos el camino hacia la cordillera nevada. Alonso de Monroy sabe de nuestra excursión y nos cubrirá las espaldas.

Los indios tiran de la jaca portuguesa -notable cuadrúpedo que trajera Mariño de Lobera desde la Península- cargada de vituallas y dos arcabuces. En mi corcel llevo a Guacolda en ancas. Viajamos sin celada ni coraza, vestidos de grises jubones y oscuros ropajes. Es preciso cruzar la quebrada de Macul, lugar ameno y sitio de solaz para señores mapuches del valle de Santiago; existe el riesgo de toparnos allí con alguna partida de guerreros escoltas. Siento el sabor agrídulce del peligro, el asordinado sobresalto del corazón, mientras nos internamos en el cuerpo agreste de la cordillera. Recuerdo las nocturnas escapadas en Tuiriz, cuando salía con mi hermano y el recio mozalbete Maduro a robar las exquisitas frutas de las huertas del Conde de Lemos. Sólo que ahora nos jugamos algo más que un par de azotes...

Cuando despunta el alba sus múltiples rosas dejamos atrás la quebrada de Macul. Cantan las torcazas montesías su arrullo mañanero. Entre *boldos*<sup>45</sup>, *litres*<sup>46</sup>, y *quillayes*<sup>47</sup>, enredan sus trinos, en alegres contrapuntos,

---

<sup>45</sup> Boldo: Árbol pequeño y muy frondoso que crece en la precordillera. Sus hojas poseen propiedades medicinales muy apreciadas por los mapuches.

<sup>46</sup> Litre: Árbol cuyo contacto, e incluso sombra, produce ronchas e hinchazón de la piel.

<sup>47</sup> Quillai: Árbol cuyo sumo se emplea para lavar los cabellos y limpiar piezas de ropa.

los zorzales chilenos. En el abanico del día derrocha Natura su paz antigua; cuán lejanos parecen los vientos de guerra, allá, en la verde alfombra del llano, donde aún parpadean las tímidas luces de la ciudad.

Trepan con nosotros las horas y el sol extiende su látigo mañanero en la lúbrica opulencia del día. Hacemos un alto para merendar. Uno de los flecheros incas, que es tuerto como el alarife Pedro Gamboa, ha cazado una enorme liebre que conforta el frugal refrigerio. Mariño extrae la bota vasca y el fresco hilillo rojo del vino alivia la fatiga y fortalece el ánimo. Guacolda me dice que restan cinco horas de marcha, en abrupta ascensión hacia la helada cuna de los dioses.

Cae el sol en su crepúsculo cuando nos encaramamos en medio de la nieve. El frío atraviesa las ropas sin piedad. Nos apeamos para aliviar a las exhaustas cabalgaduras. Mariño de Lobera es el más animoso y no muestra señales de cansancio. Camina pegado a los yanaconas que trepan como cabras, tanteando la nieve para no caer en alguna velada grieta, pues los dioses cordilleranos suelen ser traicioneros...

Con las primeras sombras nocturnales, atenuadas por el blanco fulgor, Guacolda señala un negro y escarpado montículo donde no ha logrado aferrarse del todo la nieve. —Allí debajo- dice, ahogando su emocionado grito. Bajo la roca volcánica encontramos una escondida depresión que va ensanchándose progresivamente hasta dar con la boca de la caverna, de unas tres varas de altor. Dentro, la oscuridad se cierra como amenazante abismo. Entramos portando sendos hachones que nos revelan millares de estalactitas de hielo calcáreo, ornando una especie de templo fantasmagórico erigido en las entrañas del volcán.

Como si parodiásemos a Teseo, atamos una delgada cuerda de lino en la entrada de la caverna y nos internamos en su tétrico laberinto, protegidos por aquel cordón umbilical que nos preserva de extraviarnos en la tenebrosa matriz. El ecoar de nuestras voces y pasos hace desprenderse trozos de roca quebradiza, como si fuesen frágiles cristales. Recomiendo silencio y exijo aplacar en el sigilo nuestros movimientos.

Al fondo de la caverna, las estalagmitas que parecen brotar del suelo, forman extraña red de columnas desiguales, entretejiendo un sinfín de arabescos, como obra de anónimo y fantasioso arquitecto. Logramos



traspasar una estrecha abertura junto a la pared lateral. Alza su hachón Mariño de Lobera y profiere ronco grito de pasmo... Sobre ancha roca en forma de altar, cubierta su ara de hielo opaco, se levantan dos grandes bloques transparentes, niveos sarcófagos que guardan a los dos jóvenes dioses, ataviados de hermosos y coloridos ropajes que no muestran el deterioro del tiempo, casi sonrientes en su hieratismo divino. El de cortos cabellos y porte más alto, sin duda varón, tiene su brazo derecho semiextendido, y de su mano cuelga una suerte de rosario de amatistas; la niña está levemente reclinada y en su regazo lleva un ánfora colmada de figurillas de oro. Al pie de las extrañas esculturas hay un reguero de vasijas de barro; son sencillas ofrendas mapuches a los núbiles dioses del hielo.

Quedamos largo rato en silencio. Ni en el más enfebrecido sueño hubiésemos avizorado espectáculo semejante... Aguirre propone romper los bloques y extraer el oro; duda Mariño de Lobera, se espanta Guacolda en un gesto de horror... -¡Jamás!, intervengo, y mientras llevo mi mano a la empuñadura de la espada mis ojos les conminan al inmediato regreso.

Abandonamos aquel templo esculpido en las entrañas de la cordillera nevada. El firmamento es ahora una fiesta de infinitas estrellas. Quizá también aquí, como en Santiago de Compostela, haya un sendero de astros que guíe a otros hombres hasta la caverna perdida de los dioses.



## **Signos y presagios**

**E**l machi Pichidegua ha venido para asistir a Guacolda. Ella está muy estragada por su gravidez, que anda por los siete u ocho meses. Pálida, ojerosa, enflaquecida al extremo, carga con el peso de una enorme barriga. María Puebla, criada del Gobernador y partera de circunstancias, dice que será varón la criatura, por la prominencia angular y el desaforado volumen; ella me advierte de un posible alumbramiento prematuro.

Les entrego mi aposento. Pichidegua acomoda un hatillo de hierbas mientras María hace hervir agua en la marmita. Guacolda espera, de espaldas sobre el lecho, con su monte de carne viva y palpitante. Nada dice. Qué tributo al silencio y a la mansedumbre es ella; sólo por sus ojos logro intuir cuánto sufre. En sus verdes pupilas, hoy oscurecidas como el jade, parecen agitarse las luciérnagas del miedo. La miro desde el umbral y le respondo en silencio más que con todas las palabras; quisiera infundirle confianza, hacerla partícipe de mis ruegos al Todopoderoso para que tenga un parto feliz. Poco me importa –Dios me perdone– el niño o niña que vendrá. Es ella quien enciende mi ternura y remueve mis penas soterradas; daría lo que poseo en procurar su alivio.

María Puebla me pide que salga. Obedezco solícito su femenina determinación. Al salir me topo con mi doña Inés que acude, presta y solidaria. Cambiamos escuetos saludos de rigor, como si nos encontráramos en el atrio de la iglesia... Cuando adviene la vida con sus fuegos y sus rigores parecemos estar de sobra los hombres, reos de torpe inutilidad, y qué valor adquieren las féminas en la hora más trascendental... Y otra vez la memoria trae el rostro de mi madre, cada vez más nítido en la remem-

branza, cuando allá en Tuiriz hacía de comadrona y las vecinas iban a requerir con anticipación su diestro concurso.

Camino hacia la Plaza de Armas, sumido en mis cavilaciones. Pensé por un momento entrar en la capilla, pero me siento mejor aquí, bajo las estrellas que van asomando sus escrutadores ojos de luz, como si alguien nos vigilase a través de ellos. Cada hombre tiene su estrella, decía Micaela, la *meiga*<sup>48</sup> de mi pueblo. Si fuésemos capaces de encontrar la nuestra, obtendríamos la felicidad, pues aquel hallazgo conjuraría las dudas y temores de la humana condición. (-Es a Dios a quien tenemos que encontrar... Sí, es otra voz en mis recuerdos, el eco certero del Canónigo Valenzuela y Bórquez atravesando el tiempo y el espacio)...

En las interminables singladuras desde Baiona hasta Venezuela, un viejo marinero con trazas de astrólogo, Remigio el Asturiano, nos hablaba de los astros y su influencia en la vida de los hombres. Se decía de él que estuviera prisionero del Santo Oficio en Cádiz, por denuncias de brujería y tratos con el demonio. Pero no se mostraba discreto; por el contrario, alardeaba de extrañas sabencias. Ni el capitán de la nave ni los oficiales reprocharon su facundia, quizá considerando lo extenso del viaje y la forma como cautivaba a sus oyentes, aliviándoles de un tedio difícil de soportar.

En Perú, Remigio el Asturiano sirvió a Don Pedro de Valdivia como ordenanza de caballería, y poco antes de partir a Chile la expedición de conquista, el supuesto astrólogo desapareció sin dejar rastro, en una de nuestras incursiones contra los chunchos. Comentábase entonces, entre los demás capitanes, que Don Pedro pertenecía a cierto grupo esotérico de mucho prestigio en Nápoles, sustentadores del pensamiento de Hermes Trimegisto. Aquellas asociaciones fueron perseguidas con saña por la Santa Inquisición, manteniéndose bajo el más estricto secreto, so pena de terminar sus cofrades en la hoguera... Según Francisco de Villagra y Alonso de Monroy, el Capitán Valdivia habría hecho uso de sus conocimientos astrológicos, adquiridos en los reinos de Itálica, para medir, con referencia a las estrellas, distancias e hitos de ciudades que iba fundando en este reino. Así, entre las villas de La Serena de Coquimbo

---

<sup>48</sup> Meiga: en gallego, bruja, curandera, adivina.

y Santiago del Nuevo Extremo, mediaría la misma extensión que entre La Serena de Extremadura y Santiago de Compostela... A mí me ha maravillado ver cómo nuestro Gobernador domina el uso del astrolabio, del quintante, de la brújula, del sextante y del compás náutico, y de qué manera se apoya en los astros para orientarse en medio de la noche, en parajes donde nada cuesta extraviar el rumbo. Durante la travesía desde Cuzco nunca tuvimos dudas de su certera conducción a través de páramos, selvas y desiertos.

Mucho también se habla de la pertenencia del Almirante Colón a una secta de 'trimegistas', donde habría aprendido los secretos de la navegación y el exacto derrotero de su primer viaje. Por aquel tiempo, en Génova, operaban connotados grupos esotéricos, todos muy ligados a las artes de navegación en altura. Célebre fue la Hermandad de Marco Polo, muy combatida por el Santo Oficio, de cuyas aulas secretas surgirían grandes almirantes y capitanes de la Mar Océano...

En la plaza encontré a Juan Beltrán y a Francisco de Villagra, quienes platicaban con entusiasmo, en un alto de sus respectivas guardias, acerca de las encomiendas asignadas el día anterior por el Capitán Valdivia. Sentíanse ricos y gloriábanse de su fortuna, ponderando haciendas y servidores, aunque tener aquí grandísimas fincas y muchos indios de servicio no pasa de ser una especie de fantasía de futuro cumplimiento, dadas las condiciones en que vivimos y la carencia de mantenimientos, sin hablar de lujos o comodidades que suenan aquí a cuentos de las mil y una noches.

Viéndose interrumpidos, preguntáronme por Guacolda con desusado interés y respeto (teniendo en cuenta las reiteradas admoniciones de fray González en contra de lo que él llama y escarnece como "concubinato salvaje")... Respondí de breve manera, acordándome en ese momento que debía volver a casa. Solícitos, me acompañaron cuando ya la noche cerraba su manto y una fresca brisa de montaña parecía jugar, indiferente, en los techos pajizos de Santiago. Recordó Juan Beltrán que iban a cumplirse diez años del ataque e incendio de la ciudad por los mapuches, y que ahora la villa contaba con el doble de solares y el triple de vecinos, amén de una gran casa fuerte de barro y madera donde se cobijan mujeres y niños durante los asedios...

A cincuenta varas de mi casa escuchamos un concierto de gritos y lamentaciones. Era un abigarrado grupo de gente, del cual sobresalían dos plañideras, las hermanas Romero, que emulaban el ruido de veinte lloronas en la noche diáfana de Santiago. Les rogué que se callasen, pues parecíame su quejumbre buen cebo para la muerte, venteando víctimas, aquí, donde cada día se da la parca sus festines. Callaron las hermanas y las otras mujeres. Entonces se alzó la melopea de los rezos, con el Padrenuestro precediendo a las monótonas Avemarías. No hubiera imaginado la niña Guacolda, en su inocencia desvalida, aquel responsorio unánime de los vecinos.

Corrí hacia la puerta. María Puebla se interpuso con gesto de angustia. —Mal está la niña Guacolda, señor Rodrigo... No logra el niño salir de su seno- El aire estaba impregnado de hierbas quemadas en repugnante efluvio de olores. Escuché como un sonámbulo el respirar agónico de Guacolda y la cadencia gutural y enronquecida de Pichidegua en el esfuerzo inútil por aventar los espíritus de la muerte.

Pasaron dos o tres horas, no podría precisarlo... Se hizo el silencio que interrumpió un ahogado sollozo, y luego, el llanto sin pausa de la comadrona... Entré en el aposento. Exánime en su palidez de cera, Guacolda parecía un lirio derribado sobre un espejo de sangre. El machi Pichidegua se recogió en el rincón más oscuro, como reptil derrotado. Nada había que hacer. La dulce madre nativa había partido llevándose aquel vástago, incierto varón que no conociera la luz de este mundo remoto.

Durante muchos años me acompañaría aquella imagen de la muerte triunfante sobre la inerte y limpia ternura, haciendo suya también, en su voracidad insaciable, la sangre propiciatoria del nacimiento. Recé un Padrenuestro que me supo a rotunda desesperanza.

El niño iba a llamarse Rodrigo, pero no quiere Dios mi homónima descendencia, aunque suelen llegar al Nuevo Mundo otros Quiroga de estirpe galaica que son, sin duda, mis parientes, puesto que todos lo somos, al fin y al cabo, por nuestros primeros padres, cosa que tantos olvidan despreciando a sus propios hermanos en Cristo, tratándoles a menudo como a seres sin alma...

De madrugada, aturdido por la pena y el insomnio, fui a la capilla para pedir a fray González una misa por las almas de Guacolda y el nonato. El clérigo negó, con ácido gesto de reproche, aduciendo que ella no había querido bautizarse, en virtud de lo cual, espetó, se ha condenado. En cuanto a la criatura, su lugar será el limbo, el plano de los inocentes sin pecado ni gracia.

Nada respondí. El dolor ahogaba mi indignación. Ni siquiera en el último reino podíamos apelar en nuestras aflicciones al Dios de la misericordia. Entonces, oré calladamente al Pillán, al espíritu sagrado de la montaña mapuche, para que tuviese piedad de mi niña Guacolda y de aquel malogrado fruto que no llevaría mi nombre.

Inés derrocha su ternura conmigo... Maravilla son las mujeres en su inmensa capacidad de amar, engrandecidas por las penurias del corazón. Ellas son la piedad del mundo en un tiempo de odios y rencores implacables.

Pronto partiremos hacia las tierras del sur. Es preciso consolidar las fundaciones, rehacer desde las cenizas lo que destruye el mapuche. No será fácil, pues los indios no cejarán en su lucha. En cuanto a los nuestros, se cuentan con los dedos de una mano aquellos que creen en una tregua concertada; entre éstos, mi amigo Aguirre... Y cuál otra solución cabría, me pregunto, para este puñado de españoles, ensoberbecidos y tenaces, frente a un enemigo poderoso que bien pudiera borrarlos de la faz de la tierra... El Cabildo espera refuerzos: quinientos hombres, doscientos cincuenta caballos, cien arcabuces, veinte cañones ligeros, municiones, pertrechos, vituallas, en fin, que todo lo magnifica nuestra porfiada ilusión.

Me lanzo a la aventura de nuevas batallas con bríos hurtados al abatimiento. Quiero ahogar en el fragor del combate mis íntimas desgracias; quiero eludir el silencio de Dios que me golpea una y otra vez.

Inés me ruega que vele por mí. —Cúidate, mi señor Rodrigo, te estaré aguardando.

Y al montar el caballo, ella extiende hacia mí su mano y me ofrece, como brindara Ginebra su pañuelo a Lancelot, la blanca pluma de las nie-

ves –la misma que rehusara llevar consigo Don Pedro- que guardo entre el peto y la coraza para conjurar el arma enemiga, aunque no los quebrantos del amor...



## Vientos de muerte

**A**brío enero de mil quinientos cincuenta y cuatro el fogoso verano austral. Paseábamos con mi doña Inés por las faldas del pequeño cerro Huelén, lugar ameno de la nueva Santiago y atalaya para vigilar la villa y prevenir las incursiones mapuches. Íbamos nombrando, como dos adolescentes, los inúmeros pajarillos que anidan en su fronda, cuando escuchamos el creciente rumor de cabalgadura. Desenvainé presto mientras Inés cogía su mosquete. Nos tranquilizó divisar a don Alonso, vecino de la ciudad, aun cuando le hacíamos con la tropa de Don Pedro en las comarcas del sur. Galopaba por un costado de la fraga y traía un revuelto aire de presagios. El intempestivo emisario nos entregó funestas noticias: el Capitán había muerto luego de cruentísima batalla en los llanos de Tucapel, ciento veinte leguas al sur. El *toqui*<sup>7</sup> Lautaro comandó el ejército mapuche que había segado la vida de uno de los más valientes guzmanes del Imperio...

Descabalgamos. Pálida como la nieve, rígida la mandíbula en gesto de terrible dolor, de fiera impotencia, la altiva doña Inés sentóse sobre una piedra y no pronunciaron palabra sus amantes labios. Prosiguió don Alonso el relato de los pormenores. Hube de animarlo varias veces, pues le temblaba la voz y parecía en trance de desfallecimiento.

Este hombre, que llamamos don Alonso, sirvió al Capitán Valdivia como guardarropa y estuvo presente en los aciagos sucesos; pudiendo escapar vestido de indio, pintado como guerrero, sin que le reconociesen los

---

<sup>49</sup> Toqui: Jefe superior o general de los ejércitos mapuches.

mapuches, y aquella misma noche logró llegar a la casa fuerte de Arauco para dar nuevas de lo ocurrido a los que en ella estaban.

“Salió el Capitán Valdivia de La Concepción con cuarenta soldados, la mayoría de ellos capitanes, con el objeto de conjurar una posible rebelión en la muy díscola provincia de Tucapel, aunque al parecer jamás pensó en la magnitud de la misma; de lo contrario, hubiese llevado consigo un ejército suficiente para enfrentar a decenas de millares de indios en pie de guerra.”

Al respecto, escribió un cronista, clérigo riguroso, que: “...cuando las cosas están ordenadas por el Divino Juez, no se puede ir contra ellas; y así es de entender que quiso castigar a Valdivia por sus pecados y vida pública licenciosa, dando mal ejemplo a todos, con una mujer de Castilla siempre amancebado.” Pero nadie conoce los designios de Dios ni mucho menos sus propósitos de enmienda, aunque los hombres, en nuestro irremediable desamparo, andamos atribuyéndole acciones e interpretando causas y efectos de muy difícil refrendación...

“Yendo de camino a Tucapel, Don Pedro envió delante a cuatro corredores para que le informasen de los movimientos de los indios. Como se adelantaran en demasía, cayeron en una emboscada y en un santiamén los despedazaron; a uno de ellos cortaron el brazo y se lo echaron al Capitán en la senda por donde habría de pasar, con su manga de jubón y camisa. Entonces, un joven yanacona llamado Agustinillo, quien le había puesto en alerta para que regresara, pues llevaba tan poca gente, le dijo: ‘ Señor, acuérdate de la noche que peleaste en Andalién.’ Le recordaba aquella otra batalla memorable en que los mapuches vencieran a los españoles de manera rotunda... Pero Don Pedro desechó su consejo y, aún más, hizo gala de su bravura y desprecio ante el inminente peligro.”

“Tres leguas habrían andado cuando llegaron a la vista de la casa fuerte de Tucapel. Vieron que estaba en total abandono y humeaban sus techos destrozados. Cuando aún no se reponían de la sorpresa, surgieron millares de indios desde contiguos pajonales, con grandísimo alarido y estruendo de cuernos y tambores. El Capitán se replegó con su gente a lo alto de una pequeña colina; formó tres cuadrillas y envió a la primera a romper contra los mapuches, pero muy poco daño les infligieron, pues el

terreno era cenagoso y los naturales atacaban con enormes picas, sometiendo a los cristianos a incesante lluvia de peñascos.”

“Viendo el Capitán que no lograba desbaratar el asedio, atacó a la cabeza de los veintiséis buenos soldados que le quedaban. La batalla pareció mudar de suerte, pero sólo fue cosa de ilusión, porque los escuadrones mapuches se sucedían como olas de la mar, cerrándose contra los cristianos en espesor de picas y molinetes de macanas, con tal denuedo y determinación que allí ninguno imaginaba librar su vida.”

“Llamó Don Pedro a retirada y abandonaron el bagaje en manos de los indios, pensando que se entretendrían en robarlo, otorgándoles necesario respiro. No fue así, porque se escuchó la voz tonante de Lautaro mandando a sus huestes que rodearan a los cristianos, pues ya los caballos estaban extenuados y los hombres malheridos. Logró el Capitán romper el cerco junto a un puñado de españoles y cabalgaron a campo traviesa. Pero no les perdían pisada los guerreros mapuches y continuaron largo trecho acosándoles para empujarles hacia terreno cenagoso donde inutilizar a los corceles.”

“Gracias a su buen caballo, logró Don Pedro eludir el asedio de los indios y avanzar entre las ciénegas. Le siguió su capellán, el padre Pozo, y le esperó el Capitán, con gesto noble, para socorrerle, pues iba coja su acémila y dábanle caza los indios de carrera... Esto iba a resultarle fatal, pues un grupo numeroso de mapuches le derribaron de su caballo a lanzadas y golpes de macana. Teniéndole en su poder, lo desarmaron y desnudaron, llevándolo a pie durante media legua, sin quitarle la celada borgoñona, ofendiéndole con toda clase de ultrajes y burlas hasta llegar al campamento de guerra indio, en medio de un gran bosque de *pehuenes*<sup>50</sup>.”

“Le trajeron al Gobernador su yanacona Agustinillo, el cual le quitó con tiento la celada. Luego comenzó a hablar a los indios, diciéndoles que se comprometía el Capitán a sacar a los cristianos del reino y despoblaría las ciudades dándoles, además, dos mil ovejas si respetaban su vida. Los mapuches, para darle a entender que no querían tregua ni concierto, cogieron al infeliz Agustinillo y le despedazaron delante de él.”

---

<sup>50</sup> Pehuén: Pino chilensis conocido como araucaria.

“Viendo el padre Pozo que no servían amonestaciones ni prédicas con aquellos bárbaros, hizo de dos pequeñas ramas de canelo una cruz, y persuadió a Don Pedro a buen morir, pidiendo a Dios misericordia por sus culpas y pecados.”

“Mientras en esto estaban, hicieron los indios un gran fuego delante de él, y con una concha de almeja que ellos llaman *pello*\* en su lengua, le cortaron los lagartos de los brazos, del codo a la muñeca, faena que le produjo el mayor de los martirios. Mientras tanto, derretían oro en una especie de cuenco de pedernal depositado en el corazón de la fogata. Ya agónico, pero aún palpitante, vertieron el oro líquido en su garganta al tiempo que Lautaro le gritaba: –Bebe, traga de una vez lo que tanto anhelaste...”

El clérigo cronista dejó también escrito que:

*“Era Valdivia cuando murió, de edad de cincuenta y seis años, natural de un lugar de Extremadura llamado Castuera, hombre de buena estatura, de rostro alegre, la cabeza grande conforme al cuerpo, que se había hecho gordo, espaldudo, ancho de pecho... Hombre de buen entendimiento, aunque de palabras no bien limadas, liberal, y hacía mercedes graciosamente...”*

Tristes y cabizbajos regresamos a la villa. En contraste con nuestro ánimo se abría bajo la mirada, en hermoso y multicolor abanico, el ancho paisaje de la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo, atravesada por las cristalinas aguas del río Mapocho. Refulgía esta pequeña joya del último reino como postrer homenaje a su valiente fundador.

Volvióse mi doña Inés, estremecida por silencioso llanto y me dijo, con voz que sonaba a reproche... -Se acabaron los miramientos con estos bárbaros... El Cabildo tendrá que reunirse cuanto antes para llevar a cabo una guerra total, sin tregua ni piedad... Seremos nosotros o ellos sobre la faz de la tierra-.

Nada respondí, en la callada comprensión de su doble tragedia, en la certeza de que un combate más hondo se libraba en aquella alma herida. Sentí agostarse nuestro incipiente amor como fruto tardío de una primavera imposible. Entramos en la villa. El paso de los caballos parecía moverse al compás de la campana de la iglesia cuyo badajo tocaba a difun-

---

\* Pello: Almeja; en Chiloé, la llaman taca.

## **Historia y leyenda**

to. Soldados y vecinos habíanse reunido en la plaza, mudos y temerosos. La sombra de la muerte velaba los rostros de miedo y abatimiento.

**L**a amenaza de la muerte, funesta presencia cotidiana, nos hace proferir viciados juicios sobre nuestros adversarios o enemigos. Es lo que ocurre ahora al referirnos al toqui Lautaro. Es lícito –me pregunto– calificarlo de traidor porque estuvo al servicio de nuestro malogrado Capitán debido, no a su libre discernimiento, sino a la circunstancia de caer prisionero...

Creo, por el contrario, que este indio ha sido fiel a los suyos, amén de astuto y habilísimo, pues empleó su forzosa servidumbre en aprender desde dentro cómo vivimos, actuamos y nos movemos los españoles; en qué consiste nuestra estrategia y cuáles son los alcances de nuestro poderío bélico... Con este conocimiento difundido entre los mapuches me temo que la guerra se irá haciendo cada vez más difícil; es notable la maestría que han adquirido merced a este nuevo hijo del trueno, en el uso de la caballería y en el manejo de las armas que nos roban en cada combate. Y muy pronto, quizá, pudieran volverse diestros en la utilización de mosquetes y arcabuces, o aún de armas mayores de artillería.

En Navidad se ha producido la trágica muerte de Don Pedro... Qué extrañas coincidencias nos depara el humano destino... Pues hace setenta años, en el Nadal de mil cuatrocientos ochenta y tres, moría decapitado en Mondoñedo, Reino de Galicia, el sin par caballero, Mariscal Pedro Pardo de Cela. Entonces, la auténtica traición provino del obispo min-

doniense, quien actuó por simple codicia, maquinando apoderarse de los bienes del noble patriota gallego, quien había combatido junto a los *irmandiños*<sup>51</sup> en contra de un sector de señores feudales que actuaba de consuno con el clero abusivo y expoliador en defensa de sus intereses, apoyados por el creciente poderío de Castilla y Aragón.

Estas cosas no las hubiese dicho ni escrito diez años atrás, pero hoy, cerca de mi viaje postrero, ¿qué puedo temer de las humanas veleidades? Sólo el juicio de Dios me interesa y preocupa, porque ante él no cuentan pequeñeces ni insidias, ni tampoco las arteras servidumbres del poder.

Quizá un puente hubiese salvado a nuestro Capitán... Un puente perdió al Mariscal Pardo de Cela, según cuenta una historia que es hoy leyenda, como tal vez lo será un día la de Don Pedro de Valdivia, fundador del Reino de Chile...

“Detenido Pardo de Cela en la fortaleza de Castro Douro, es llevado a Mondoñedo, la más bella de las siete ciudades-provincia del Reino de Galicia. Allí, en el palacio episcopal, va a ser juzgado sumariamente, con una condena predeterminada como siniestra farsa: debe morir en el patíbulo. Su valiente mujer, enterada de la pena impuesta, decide marchar con urgencia a Valladolid, con el fin de suplicar a su prima hermana, la reina Isabel de Castilla, el perdón para su esposo, y también para su hijo, pues ambos iban a ser ejecutados una semana más tarde”.

“El viaje, a marchas forzadas y sin descanso, se hace lo más rápido posible, atravesando caminos fangosos por la lluvia y la nieve de un crudísimo invierno. Doña Isabel de Castro llega ante la soberana, se prosterna ante ella y logra conmover su corazón obteniendo el anhelado indulto. Sin demora, la intrépida mujer regresa camino a Mondoñedo, y, de hecho, al amanecer del día señalado para la ejecución, doña Isabel está muy cerca y porta el edicto del perdón”.

“Pero el obispo, implacable enemigo de Pardo de Cela, apura los preparativos de la ejecución y envía a un grupo de canónigos disfrazados, con el objeto de entretener y demorar con falsas noticias, el arribo de la

---

<sup>51</sup> Irmandiños: Denominación que se daban los campesinos rebeldes en Galicia, durante el siglo XV, que combatían contra los señores feudales.

desdichada señora, escogiendo para ello el puente que une el camino real con el corazón de Mondoñedo.”

“Así acontece, y cuando Isabel de Castro comprende el engaño, y por fin logra cruzar las puertas de la villa, un sonoro ruido anuncia la tragedia: las campanas de la catedral tocan a muerto y las cabezas del Mariscal y de su hijo ruedan desde el patíbulo hasta el pórtico del templo catedralicio... Cuentan incluso que fue tanta la urgencia del verdugo en ejecutar el veredicto, que Pardo de Cela no tuvo tiempo de concluir el Credo, oración postrera de los condenados. Aseguran las gentes que le vieron que su cabeza, separada ya del cuerpo, gritó, como si fuese aquello un último milagro: ‘Credo, Credo, Credo’. ”

“De nada pues, sirvieron los heroicos esfuerzos de doña Isabel de Castro. Y los mindonienses que asistieron a la escena de la tragedia, apodaron para siempre aquel puente, donde los canónigos perpetraron el engaño que terminó con la esperanza de salvación del Mariscal Pardo de Cela, como ‘Puente del Pasatiempo’<sup>52</sup>.”

En la mañana del once de enero de mil quinientos cincuenta y cuatro fui llamado por el Cabildo de Santiago, en la persona del procurador de Ciudad, Santiago de Azócar, para que; “...en ausencia de Don Pedro de Valdivia, asumiese como Capitán General y Justicia Mayor de la Gobernación, hasta que su Majestad el Rey proveyese de otra cosa. Uno tras otro, el alcalde y los regidores presentes ratificaron la decisión por cuanto ‘*el dicho Rodrigo de Quiroga es caballero hijodalgo, y persona valerosa y conquistador de esta tierra de los primeros que a ella vinieron, y en quien concurren todas las calidades que para este dicho cargo se requieren*’.

No le pongo ni le quito tilde ni coma. Escrito está.

Declaré en aquella solemne sesión que aceptaba el nombramiento para evitar los escándalos y alborotos que se suelen ofrecer en semejantes tiempos en estas partes de las Indias, en el bien entendido que si no fuese cierta la muerte del Capitán Valdivia, yo dejaría de inmediato el mando, para conservar sólo el título de Teniente Gobernador, el que servía en pro-

---

<sup>52</sup> Fuente: El Correo Gallego, 14 de enero de 2001; adaptación y traducción del autor.

piedad. Extendida la escritura del caso, puse la mano derecha sobre la Santa Cruz y presté solemne juramento de desempeñar fiel y lealmente el cargo que se me confiaba.

Era el mediodía. En la Plaza de Armas aguardábame doña Inés. Parecía una sombra, el penoso espectro de su antigua prestancia y donosura.



## **Un hermano traidor**

**P**ero si de auténticos traidores hemos de hablar, ellos no escasean entre nosotros. Pruebas al canto este Antonio de Ulloa, extremeño como el Capitán Valdivia, quien estuvo coludido con Pedro Sánchez de Hoz y otros facinerosos para dominar el reino.

Luego de tales sucesos, Ulloa obtuvo el perdón del Capitán y recibió prebendas superiores, incluso, a las obtenidas por hombres rectos y leales. En mil quinientos cuarenta y dos, a instancias de Don Pedro, fue nombrado regidor del Cabildo de Santiago y recibió un jugoso repartimiento de tierras y de indios, al sur de la ciudad, en campos protegidos y feraces. Cuando supo del propósito de mandar emisarios al Perú, solicitó permiso para volver a España. Adujo que un hermano suyo había muerto en Extremadura, sin dejar herederos, y él precisaba recoger su mayorazgo a fin de que no se perdiese su apellido. Lo curioso es que Don Pedro, de suyo tan avisado y sagaz, aceptó la excusa sin preguntar siquiera cómo pudo enterarse el granuja de Ulloa del fallecimiento de su hermano, cuando nada sabemos de España, desde hace tantísimo tiempo... Pero muchas veces los hombres parecemos buscar a ciegas nuestra propia perdición.

Por tales reparos y otras prevenciones, aconsejé al Capitán que no confiase en el arrepentimiento de Ulloa, pues a todas luces me parecía falso y mendaz. Pero no lo estimó así Don Pedro, diciéndome que lo apreciaba como a un hermano. Cometió pues, la imprudencia de enviarlo con dineros, cartas y precisas ejecutorias, al Perú, a fin de procurar socorros y abastecimientos necesarios para superar el marasmo en que nos encontrábamos, a mediados de aquel año de mil quinientos cuarenta y cinco. Había que extender nuestros asentamientos y consolidar las posesiones

recién obtenidas; para ello precisábamos de ingentes refuerzos, armas, vituallas y toda clase de pertrechos.

Así, a cuatro días de septiembre, zarpó el Antonio de Ulloa desde el puerto de La Serena, en la nao *San Pedro*, con las comisiones antedichas. Llevaba la primera carta dirigida al Emperador; otras para el Presidente del Consejo de Indias y Hernando Pizarro, solicitando mercedes y favores, que pudiesen consolidar la conquista de Chile. Esta carta, como las posteriores, fue dictada a la hábil pluma de Juan de Cardeña, escribano y consejero. Acompañaban a Ulloa en su comisión Alonso de Monroy y Juan Bautista Pastene, capitán de la *San Pedro*.

Don Pedro recomendó encarecidamente a Ulloa que le representase en la Corte, dándole de su propio peculio mil pesos de oro. En parte de la misiva escribía: *“Quisiera tener con qué enviar a Ulloa tan honrado y prósperamente como merece; pero viendo él que no lo tengo, y mi voluntad que es de darle mucho, va contento con lo poco que lleva. A vuestra merced suplico le tenga en el lugar que merece, porque le tengo por amigo por el valor de su persona y por ser quien es...”*

Sólo Dios sabe con qué sacrificios y penurias habíamos logrado reunir aquel dinero que enviábamos al Perú en las alforjas de la esperanza, puestas en manos de un truhán como luego veréis...

Al cabo de una travesía sin sobresaltos, arribaron al Perú, donde se vivían horas turbulentas luego del nombramiento en el nuevo cargo de virrey a Blasco Núñez de Vela, quien trataba de conjurar una insurrección capitaneada por Gonzalo Pizarro, que se había hecho proclamar gobernador de Lima. Poco después de desembarcar, murió el valiente Alonso de Monroy, presa de fiebres malignas, dejando allanado el camino a las maquinaciones de Antonio de Ulloa, puesto que Juan Bautista Pastene no era persona grata al Teniente Gobernador de Lima, Lorenzo de Aldana, primo del Ulloa.

Aldana dispuso la retención de Pastene en su nave, mientras el intrigante Ulloa urdía sus maquinaciones, dando a entender públicamente que se proponía armar una expedición para volver a Chile, dar muerte al Capitán Valdivia y quedar como Gobernador plenipotenciario del reino. La intriga parecía correr viento en popa, cuando llegó a Lima el

prestigioso milite Francisco de Carvajal, compañero de Don Pedro en las campañas de Italia, quien alertó convenientemente a Pastene, aconsejándole llevase el amén a Ulloa hasta que estuviese a bordo de su nao. Esto último no pudo cumplirlo, puesto que Ulloa se había apoderado de su barco *San Pedro* con la ayuda del intrigante Aldana.

Pero el fiel y valiente marino genovés logró comprar en Lima un navío menor para emprender el regreso a Chile, eludiendo en la mar el acoso de Ulloa que le perseguía para matarle, en dos naves bien pertrechadas, pero sin un capitán con la pericia y resolución de Juan Bautista Pastene.

Un día de abril de mil quinientos cuarenta y ocho, apareció de improviso en Santiago del Nuevo Extremo, hambriento y estragado, el capitán Pastene, después de treinta y un meses de haber sido comisionado por nuestro Gobernador. Don Pedro le recibió llorando de alegría, ávido de conocer el resultado de su misión en el Perú.

- ¿Por qué os habéis tardado tanto? ¿Dónde y cómo quedan los otros amigos?

- Ya os lo diré –contestó Pastene, que bastante tengo de que hablaros, y vos bastante de que maravillaros al saber lo que ha sucedido en el Perú. Dios ha permitido que el diablo se haga dueño de esas provincias y de los que en ellas habitan.

Y fuéronse a la casa del Gobernador y comieron juntos, mientras el genovés le ponía al tanto de las convulsiones del lejano reino.

Antonio de Ulloa dio terminada su expedición en Atacama, habiendo sido diezmada su hueste por los indios diaguitas, y volvió al Perú. Sus compañeros, que venían por mar, perdieron una de las naos, encallándola cerca de Tarapacá; el otro barco regresó con grandes averías al Callao. Así concluyó una de las más tristes aventuras que pudo haber traído a nuestro reino de Chile el germen malévolo de la guerra civil. No lo quiso así el Todopoderoso a quien no me canso de implorar por la felicidad y bienaventuranza de esta tierra que pudiera ser un edén si no fuese por el desvarío de muchos de los hombres que la habitan...



## **II: COMPILACIÓN MEMORIOSA DE PEDRO MARIÑO DE LOBERA**

(Paráfrasis de la Crónica del Reino de Chile)



## Estampa caballeresca

**R**ecuerdo cuando Pedro Mariño de Lobera hizo su entrada en la modesta villa de Santiago. Era ver un personaje salido de novelas de caballería. Montado en negro y brioso corcel de fina estampa mora, ataviado con galas militares dignas de un capitán de los tercios de Flandes, coronado el reluciente yelmo de multicolores plumas de faisán real (era en realidad, una finísima celada borgoñona como sólo el Capitán Valdivia se permitía llevar)... Al cinto su larga espada de caballero templario, el peto recamado en oro y plata peruana. Se diría Percival en pos del Santo Grial... Le seguían cuatro yanaconas incas flanqueando una airosa mula portuguesa.

Rieron entonces de buena gana los soldados que yantaban su refrigerio en el cálido mediodía de la Plaza de Armas, cuando Mariño de Lobera apareció tras la iglesia como estampa venida de otro mundo. Para ellos fue como toparse, ni más ni menos, que con un petimetre cortesano vestido de fachendoso guzmán.

Pero yo advertí de inmediato un aire noble en su porte, y cierta altivez en sus ademanes que me hicieron intuir un buen soldado, sagaz y valiente en las batallas. No me equivoqué –gracias sean dadas a Dios-, pues los hechos así lo fueron confirmando, como lo aseverarán otros cronistas, y él mismo así lo consigna en su incipiente *Crónica del Reino de Chile*, cuya primera parte escribió en mi propia casa, cuando preparaba su definitivo regreso al Perú, tres años después que ocurriese el espantoso terremoto de la ciudad de Valdivia, contado por él, como luego vais a ver, con gran realismo.

Llegó a ser Corregidor de Valdivia, y no alcanzó rangos mayores porque su temple y su carácter no se acomodaban a los negocios a menudo turbios del poder, no siendo Mariño de Lobera proclive a las adulaciones y componendas. Asimismo, nunca fue bien mirado por la mayoría de los otros capitanes, debido a su benevolencia para con los indios y a las críticas que no escatimara contra innúmeros abusos y vejaciones cometidos por los hombres de Hispania, tanto aquí como en los demás reinos donde él sirviera con nobleza y desprendimiento.

Fuimos amigos. Compartimos aventuras, batallas, angustias, zozobras y algunas alegrías de fieles conterráneos... Dejo en vuestras manos, apreciado lector, ésta su compilación memoriosa, tal y como la entregara él a mi arbitrio y sin que fuera todavía ese objeto precioso que llamamos libro. Son sus recuerdos en medio de los míos, escritos en el estilo de su narración florida y ampulosa, propia de su aprendizaje cortesano y del trato directo con gentes de la nobleza...

Recuerdo hoy algunas recomendaciones que me diera el Canónigo respecto a la escritura y al estilo, pues más allá de la clara preceptiva retórica hay un espacio para la creación donde desarrollar nuestro propio vuelo poético, sin caer en amaneramientos ni excesivas efusiones líricas. Y poníame como ejemplo ciertos escritos debidos a la pluma del archiprior Mauro Torralba, en los cuales era posible apreciar las manidas reiteraciones y el constante pleonismo, recursos incapaces de disfrazar la indigencia dle concepto y la pobreza del verbo... Y es que Torralba había abusado de su propensión mercenaria a escribir discursos, arengas, apologías y elogios por encargo de muchos nobles gallegos, asturianos y leoneses que buscaban figurar en la Corte, servicios que hacía pagar generosamente, aduciendo que aquel producto iba en beneficios de su obras de caridad, aunque su real destino fuese la adquisición compulsiva de vinos y licores franceses que degustaba con su propia cohorte de aduladores y pendolistas, en medio de alardes culinarios, pues también presumía de ser eximio cocinero...

Pero no quiero extraviarme en los devaneos de la memoria, caro lector... Dejemos ahora lugar para nuestro apreciado Mariño de Lobera.



## Fundación de la ciudad

Como el escriba que compone esta historia tiene dicho, yo, Pedro Mariño de Lobera, nací en la nobilísima villa de Pontevedra, en Galicia, en el año de gracia de mil quinientos veintiocho. Llegué a Chile a finales de mil quinientos cincuenta y uno, siendo muy joven, y me incorporé a la hueste de Don Pedro de Valdivia, a quien serví con mucha diligencia y lealtad.

Mi paisano, amigo y superior capitán, Rodrigo de Quiroga y Camba, me ha solicitado testimoniar lo esencial de mis andanzas en el Reino de Chile, para que en este libro quede consignado, obra que rematará, en tiempos venideros, uno que por sangre y prurito de amor puede decirse hijo de las viejas tierras campesinas de Lugo, de la Galicia profunda y rumorosa que reparte su alma y su genio a través de la rosa de los vientos.

Comienzo, pues, por la batalla que precedió a la fundación de Santiago del Nuevo Extremo. Tuvo lugar en el extenso valle del Mapocho. Iniciaron los indios las escaramuzas al mando del muy aguerrido cacique Michimalongo, quien arengó a sus tropas contra los cristianos, viniéndose a ellos con gran vocerío y lluvia de saetas que parecía granizo en día de temporal y borrasca. No estaban dormidos los nuestros, y con el grito de 'Santiago y a ellos' se unieron en un solo escuadrón, logrando romper el cerco, con mucha sorpresa y asombro, puesto que eran más de veinte millares los mapuches y menos de cien los españoles.

*(Omite aquí, el cronista, el concurso hábil y decidido de doscientos yanacunas incas que supieron luchar con denuedo junto a aquel puñado de guzmanes, y también lo difícil que era llevar la cuenta de los enemigos en aquellas circunstancias... Por otra parte, a la luz de acuciosas investigaciones posteriores,*

*los números anotados en ésta y otras crónicas similares es posible que tengan un cero de más a la derecha... En todo caso, ello no desmerece la empresa de aquel puñado de hombres que construía reinos y fundaba ciudades, hoy vivas y bullentes, que conservan sus nombres y las palabras originarias como el mejor monumento a la perseverancia y al valor.)*

¿Qué había ocurrido? Pues que los mapuches vieron venir por el aire a un cristiano montado en albo corcel, desenvainando su espada de fuego y haciendo tal estrago delante de él, que huyeron despavoridos ante aquella celeste aparición, que no era otra sino el mismísimo Santiago Apóstol, que combatía por los cristianos cual si fuesen miles de guerreros provistos de las mejores armas; tal es el propósito del Altísimo para que los suyos venzan y propaguen entre los infieles la Santa Fe...

Fueron los más lucidos caballeros en esta batalla: Rodrigo de Quiroga, Francisco de Aguirre, Alonso de Monroy, Francisco de Villagrán (o de Villagra, si preferís, y como de suyo se anota en este libro), Jerónimo de Alderete, Diego Oro, Pedro Gómez de don Benito, Juan Jofré, Pedro de Villagra, Juan de Cuevas, Rodrigo de Araya, Santiago de Azócar, Marcos Veas, Francisco Galdámez, Luis de Toledo, Francisco de Riveros, Diego García de Cáceres, Juan Fernández Alderete, Juan Godínez, Gonzalo de los Ríos, Juan Bohón, Pedro de Miranda y Gil González de Ávila... Todos ellos, algunos más que otros porque nunca fuera equitativa la fortuna entre los hombres, dejaron en estas tierras remotas su huella y sus nombres para multiplicación de la semilla. Un florilegio, pudiéramos decir, de las diversas Españas, donde no faltaron, por supuesto, los hijos del Reino de Galicia, más bien parcos y modestos para ensalzar nuestras propias glorias.

Todos ellos, más el Capitán Valdivia y otros muchos caballeros y soldados que allí se hallaban, dieron gracias muy sentidas y devotas a Dios Todopoderoso y a su oportuno Apóstol Santiago, y procedieron a fundar la ciudad el doce de Febrero de mil quinientos cuarenta y uno, según los trazos del hábil alarife Pedro Gamboa, quien dibujó sobre un enorme pergamino el cuerpo de la villa, con sus solares y casas, iglesia mayor y plaza de armas, cabildo y cárcel, como si ya deambulasen por ella sus felices habitantes.

Digo que el temple de esta ciudad es de lo mejor del mundo; está en treinta y dos grados y medio, en el cuarto clima hacia la parte del Sur, y así tiene su invierno y verano como el de España, aunque en los meses es totalmente opuesto, pues en el que comienza el verano en Castilla comienza acá el invierno; y al contrario, de suerte que por Navidad, cuando en la Península es el mejor estalaje el que está más cerca de la chimenea, es acá gloria andar de huerta en huerta entre frutales, y pasear por verdes campos y deleitables florestas.

Luego que se fundó la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo, se trazaron sitios para monasterios de religiosos de todas las órdenes mendicantes, que después con el tiempo han ido asentándose en este reino; del mismo modo que se han fabricado casas e iglesias de las mejores de las Indias, y también llegó a fundarse un convento de monjas de la Merced, donde se conserva con gran rigurosidad la observancia... En esta fundación se vio coronado el gran empeño puesto por don Rodrigo de Quiroga, Gobernador y cristiano sin par...



## La batalla por Santiago

**H**abía poco más de cincuenta españoles al cuidado de la villa, con las armas en la mano, esperando al osado enemigo, cuando un domingo, a los once de septiembre de mil quinientos cuarenta y uno, tres horas antes del día, cayeron sobre la ciudad los guerreros mapuches, repartidos en cuatro escuadrones, para derribar las casas recién construidas y matar a cuantos en ellas habitaban.

Y aunque la multitud de bárbaros y el orden y disposición de sus compañías, el pavor que infundían sus alaridos en medio de la oscuridad de la noche eran todos motivos de sobra para atemorizar a los ciudadanos, con todo eso no hubo entre ellos hombre que desmayase, sino por el contrario, derrocharon todos valor invencible, peleando con lanza y adarga, dando y recibiendo heridas en aquella hora aciaga.

Cuando despuntaban las primeras luces de la aurora y tornábase más sangrienta la batalla, los siete caciques que teníanse presos en la casa fuerte del Gobernador Valdivia, comenzaron a dar voces a los suyos para que acudiesen a libertarles. Oyó estos gritos doña Inés de Suárez y tomando una espada en sus manos dio orden a los guardias, Francisco Rubio y Hernando de la Torre, para que presto les matasen.

Entonces, Hernando de la Torre, con temblor en el ánimo y en la espada, dícele a doña Inés:

- Señora, ¿de qué manera tengo que matarles?

- De esta manera- respondió ella. Y, desenvainando la espada como el mejor de los capitanes, dióles muerte con certeras estocadas y mandobles.

Luego les conminó a sacar los cadáveres a la plaza, para que viéndolos así los demás indios, cobrasen temor de los españoles... Y fue cosa de grande maravilla el ver que tan pocos cristianos pudiesen resistir tanto tiempo al excesivo número de bárbaros, de gran poderío y determinación en el combate, que habían llenado la ciudad por todas partes, sin lograr discernir los nuestros cuál era el mayor número, si el de los vivos o el de los muertos...

Viendo doña Inés el inminente triunfo de la hueste mapuche, echó sobre sus hombros una cota de malla y se puso también una cuera de anta, y de esta manera salió a la plaza, poniéndose delante de los soldados y animándoles con palabras de tanta ponderación, que eran más propias de un valeroso capitán que de una mujer prolija en bordados y almohadillas... Les dijo que si alguno se sentía fatigado de las heridas, acudiese a ella a ser curado por su mano.

Y sucedió que acabando de curar a un caballero, se halló éste tan desfallecido del largo cansancio y la mucha sangre derramada, que no podía montar su caballo por falta de apoyo, lo cual suplió doña Inés, poniéndose ella misma en el suelo, como si fuera un providencial caballete, para que subiese el guzmán, sostenido por tan noble y femenina fortaleza.

Llamábase este caballero Gil González de Ávila, muy conocido en estos reinos, quien daba testimonio de aquel hecho y de otros no menos memorables que enaltecían la historia de doña Inés de Suárez en la batalla de Santiago... De tal manera socorrió a su gente que ya no podía ir atrás ni adelante por ser muchas las escuadras de indios que iban entrando en refresco, sin esperar los nuestros otro auxilio que el del Cielo. Por lo cual acordaron acudir a éste, invocando con acendrada devoción el favor de Dios y su Santa Madre y el del glorioso Apóstol Santiago, patrón de la ciudad que defendían. Y fue ciertamente milagroso que pudiesen los españoles sustentarse tanto tiempo sin descansar, acosados por innumerables hordas enemigas, no cesando de matar cuantos hallaban por delante, con tantos bríos que hubieron de poner en fuga a los mapuches con lastimosa pérdida de su parte, sin que en tantos peligros muriese cristiano alguno, disponiéndolo así la Divina Providencia para el aumento de su Santa Fe Católica en estas partes.

Entre las demás cosas memorables que sucedieron en este día no fue de menos admiración la que aconteció al capitán Francisco de Aguirre. Y sucedió que siendo tan prolongado el tiempo de la batalla, desde antes del día hasta la mayor fuerza del sol, y en todo este lapso no dejó la lanza de la mano, trayéndola apretada con ella para dar los golpes con mayor fuerza, que cuando quiso abrirla a fin de dejar el arma, que tenía casi tanta sangre como madera, no pudo abrir la mano ni separar los dedos por más que lo procurasen él y sus diligentes compañeros. El último remedio, pues, fue aserrar el asta por ambas partes, quedando la mano asida a la empuñadura sin poder despegarse, hasta que con muchos ungüentos se abrió después de veinticuatro horas...

Pero el mayor prodigio fue que habiendo combatido treinta y dos caballeros españoles, el capitán Francisco de Villagra hubo contado treinta y tres guerreros de a caballo. Esto, que pudiera considerarse un error, fue ratificado por otros guzmanes y por el mismísimo general mapuche Michimalongo, quien habíase dado maña para introducir en la ciudad tres grupos sucesivos de espías, todos los cuales confirmaron la existencia del caballero número treinta y tres. Entonces se tuvo por cosa cierta, como lo fue, que aquel desconocido guerrero era el glorioso Apóstol Santiago, enviado de la Divina Providencia para dar socorro al pueblo de su advocación, que clamaba en este reino perdido por su santo nombre.





## **La pluma de la virtud**

**A** muchos días de la batalla de Santiago, resolvieron los indios retirarse a los lugares más ocultos de sus tierras, donde no pudiesen dar con ellos fácilmente los españoles, dejándolos a éstos sin servicio ni mantenimiento; sin cultivar los campos ni beneficiar las chacras, para que de esta manera perecieran de hambre o se fuesen a buscar alimentos a sus patrias lejanas.

Viéronse forzados los cristianos a ocupar la escasa gente de servicio en sembrar parte del grano que tenían para el sustento; y aun las personas de más calidad andaban en la agricultura, teniendo en una mano el arado y la lanza en otra, y el caballo presto, porque las continuas acometidas del enemigo les obligaban a tener la barba sobre el hombro por no ser cogidos sin resguardo. Y a tal extremo vino su calamidad, que el que hallaba legumbres silvestres, langosta de monte, ratón o cualquier sabandija que reptase, le parecía haberse procurado un banquete.

Estando todos en estos trabajos, acertaron a hallar, entre unas balanzas para el peso del oro, unos cuarenta granos de trigo, que sin advertencia habían llegado allí desde el Perú entre la ropa de un soldado, y sembrándolos, más abonados con fe y esperanza que con buen estiércol, lograron multiplicar sus rimeros con infinita paciencia. Con este orden sustentáronse los españoles durante siete años, con no más aventajados vestidos que bastimentos, pues los más pulidos y galanos eran de cueros de perros y otros animales semejantes, aderezándolos para eso según les enseñaba esa gran maestra que se llama necesidad... Ni qué decir, pues, del prove-

chamamiento de la esmirriada carne de aquellos canes, con la cual se preparaban modestísimos cocidos y sopas bobas de sabor amargo.

En ese ínterin no estaban los mapuches mejor librados, porque además del hambre, que también les alcanzaba, veían cómo los menoscababan las continuas guerras y trabajos. Acordaron, pues, tomar otro rumbo y concertar una tregua con los porfiados españoles. Para esto concurrieron los principales capitanes y cabezas del reino, entre los cuales estaban los célebres capitanes Jaujalongo, Chingaimanque, Apoquindo, Butacura, Lampa, Colina, Melipilla, Peumo, Puangue, Cachapoal, Teno y el temible general Michimalongo. En este armisticio y en otros muchos acuerdos, destacó nuestro capitán Rodrigo de Quiroga, de suyo proclive a lograr entendimientos con el aguerrido pueblo mapuche, para construir, con el concurso de su sangre nativa el nuevo reino que era imposible de aprehender y fundar con la escasa gente española.

Habiéndose ya confederado indios y cristianos, procuró el Capitán Valdivia agasajar y obsequiar a los indios principales, sobre todo al general Michimalongo, al cual regaló personalmente doña Inés de Suárez, dándole algunas preseas, como peines, tijeras, espejos y abalorios. En retribución de lo cual sacó él una pluma y se la dio, diciendo que la tuviese en mucho aprecio, porque además de ser de un ave que se engendra en lo más alto de los volcanes nevados, sin salir jamás de sus cumbres, tiene la maravillosa virtud de no quemarse ni aun poniéndola sobre el fuego. Luego, en presencia de todos, introdujo la blanca pluma en un brasero generoso de llamas. Con asombro vimos cómo se tornaba más y más alba, sin que las ígneas lenguas ni las brasas calcinantes hiciesen presa de ella. Doy fe y conmigo todos los caballeros que allí estaban. Una pluma similar había sido regalada por Michimalongo al famosísimo Inca Huaina Cápac... Además, díjonos aquel grande cacique: 'Quien guarde junto a su corazón la blanca pluma de las nieves no será herido de muerte en ninguna batalla...'

En aquel mismo instante, doña Inés guardaba en su seno la prodigiosa pluma cordillerana y sus ojos se encontraron con los del Capitán Valdivia en un destello leve y profundo. Me pareció que con aquella mirada la Suárez le decía: 'Guarda esta pluma en tu corazón para que nada te hiera'. Y la sonrisa de Don Pedro fue como una promesa y un voto de ren-

dida aquiescencia, aunque su orgullo le vedaba usar medallas o amuletos. No en balde el lema de su escudo de armas rezaba “*La muerte menos temida es la que da más vida*”.

Viendo el Capitán Valdivia a los indios quietos y apaciguados, comenzó a mandarles que cultivasen la tierra para asegurar mantenimientos abundantes. Y les pidió asimismo que trabajasen en la construcción de edificios, y también en el servicio de las casas, dando a cada español cuarenta o más indios, no con poco sentimiento suyo, pues veía cómo a los hijos de los mapuches principales los ocupaban en las caballerizas y otros oficios villanos. Esto se tornó aún más enojoso a medida que llegaban al reino mujeres españolas, pretenciosas en demasía, requiriendo cada una treinta indias para su acomodo, como si fuesen princesas de Persia.

No paró aquí la carga que los cristianos echaron a los indios, mas también se añadió otra de que ninguno se escapase, que fue hacer un censo de todos los mapuches del distrito, los cuales hallaron ser cincuenta mil, y repartiéndolos en diversas encomiendas, señaló Don Pedro de Valdivia a algunos caballeros por vecinos de la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo, para que cada uno de ellos fuese señor de una encomienda, prometiendo a los demás otro tanto en las tierras adelante, que por ser muchas sobrarían para todos, cosa que no pasaba de ser una fantasía, puesto que en las comarcas más australes son poquísimos los indios de paz.

Se comenzaron a labrar las minas de Malgmalga, ocupándose en ellas todos los indios que no estuviesen asignados en trabajos agrícolas o en el servicio de las casas. Se encargaban los mapuches en lavar oro ocho meses al año, por no haber agua en los cuatro restantes, debido a la mucha sequedad del verano... Y a este paso iban los demás encomenderos con notabilísimo detrimento de los cuerpos y almas de los desventurados naturales.

En esta nueva prosperidad se vivía con largueza, y andaba el oro rodando, sin haber otra instrucción para los indios más que sacasen mucho, y apurarlos para que lo trajesen puro, para gastarlo pródigamente, teniendo por cierto que aquella riqueza nunca habría de faltarles. Y así, todo era banquetes, saraos, tablajes y semejantes derroches... Pero pronto

acabóse aquella opulencia, pues respondieron los mapuches con la guerra continua a las afrentas inferidas a los suyos. Quedáronse, pues, aquellos ricos de un día, tan pobres y miserables que mueren hoy de hambre ellos y sus hijos, sin dejar a sus herederos ni un cuartillo, sino muchas deudas...

Y digo y reitero que es lástima lo ocurrido en tierra tan templada, sana, abundante, regalada y deleitable como ninguna, al extremo que se haya hecho infausto y malhadado proverbio aquello de: ‘Guardáos, que os enviarán a Chile’.

‘*Tierra bellísima pero atroz*’, ha dicho de este reino doña Inés de Suárez, cuando guardaba junto al nácar de sus pechos la pluma de las nieves.

---

\* Expresión tomada de la novela “ay, mama Inés”, de Jorge Guzmán (nota del autor).

## **Estados fabulosos**

**E**stando ya pacificada la tierra, desde el valle de Santiago hasta los llanos y riberas de La Concepción, pretendió el Gobernador que se poblasen de españoles las extensas comarcas del Sur. Para iniciar aquella empresa, envió a su teniente, Jerónimo de Alderete, con sesenta hombres de a caballo, bien apertrechados y dispuestos, a que viesen lo que había tierra adentro, tomando noticia de las cosas muy por lo menudo, que significa testimoniarlo todo por escrito... Apenas habían partido de la ciudad de La Concepción, a dos leguas de camino, dieron con el caudaloso río Biobío, el cual mide un cuarto de legua de orilla a orilla, cuya dificultad vencieron vadeándolo con grandes trabajos, por sus hondas canales, y así se vieron en aprietos, tanto que fue necesario asirse de las colas de los caballos para no ahogarse. Ya en la otra ribera comenzaron a descubrir tierras de tal fertilidad y hermosura que parecen feliz remedo del Paraíso.

De esta manera fueron los cristianos pasando por aquellas comarcas, donde vieron la casa fuerte de Arauco, y después la de Tucapel, ambas muy insignes, hasta que al fin llegaron a la fortaleza de Purén, que es el término de estos estados. De allí pasaron a la provincia de Tabón, no menos fértil y hermosa que las anteriores, y tan poblada de gente que sólo en un lugar había catorce mil indios. Por todas estas tierras salían los naturales, así hombres como mujeres, por los caminos a ver a los españoles, y estaban como abobados al contemplar aquella traza de gente tan extraña. De esta suerte legaron a la provincia de Cautín, que era el fin de su designio, lugar ubicado a treinta leguas de La Concepción.

Digo y creo que no hay ni habrá pintor, por diestro que fuere, que pueda pintar la variedad y hermosura de estos campos y praderías, ni exis-

ten matices tan vivos que puedan del todo significarlos. Toda la tierra parece un vergel ameno, y una floresta odorífera, y es toda tan de provecho que ni la abundancia de las frutas, ni el número de los ganados es comparable a ninguna otra que los españoles hayan visto. Y esto digo no con pequeño fundamento, porque otros de los que han estado y están en ella, han pasado por diversas partes del mundo, y muchos también son extranjeros, los cuales con haber corrido tantas tierras certifican no haber otra semejante a ésta.

Cada cacique de los muchos que gobiernan los tantos pueblos de estos indios de Cautín, tiene muchas mujeres, y así había en cada casa catorce o quince puertas para que cada hembra tuviese aparte su aposento y pudiera sin escándalo ser visitada por su amo y señor... Son los mapuches muy bien agestados y de linda disposición, de cuerpos muy fornidos y bien hechos, y las mujeres blancas y hermosas, de suerte que en cualquier parte de las Indias se conoce luego al indio que es chilense sólo por el rostro y talle...

En esta provincia de Cautín hay cierta manera de alamedas hechas a la orilla de los ríos pequeños, donde están plantados unos árboles altos semejantes a fresnos o cipreses, y a estos lugares llaman los mapuches 'aliben' (lugar de solaz y condumio), y los españoles les llaman 'bebederos', y por ser sitios tan deleitables, concurren a ellos los mapuches para sus juntas, cuando hay banquetes y borracheras de comunidad, y también a sus contratos, al modo de las ferias, donde no solamente se venden las haciendas, sino también las mujeres, de suerte que cada uno saca a vender sus hijas a los que las quieran por esposas, quedando cada yerno obligado a tributar al suegro en recompensa de la hija que le da, y así, el mapuche que tiene más hijas es el más rico.

Hubo un cacique riquísimo, que tenía dieciocho mujeres, llamado Unolpillán, con quien el autor de esta historia tuvo amistad y trabajó lo que pudo persuadiéndole a que las dejase, haciéndose cristiano, cuyo intento favoreció Nuestro Señor, tomándolo como instrumento para remedio de esta alma, porque, en efecto, se bautizó ya de ochenta años, y se llamó Pedro –como el mismo capitán Mariño de Lobera que lo cuenta, quedando con una sola mujer y viviendo cristianamente hasta que murió...

Fuera de estas mujeres que se casan hay otras muchas que tiene por oficio salir en los días de banquetes a estos ‘bebederos’, a ganar favores remunerados, como hacen en Europa las meretrices, que llaman rameras, y para esto se engalanan con los más ricos atavíos, usando también collares, zarcillos y otras joyas de oro con piedras preciosas. No está mal mirado el antiguo oficio y nunca es reprimido, salvo que se ejerza fuera de esos días de programado jolgorio.

Ésta es la disposición de aquella tierra, la cual tendrá ocho leguas de distrito, con una población de ochocientos mil indios casados, fuera de los solteros, que son innumerables. Todo lo cual consideró Jerónimo de Alderete, y quedó tan satisfecho y alegre que les pareció, a él y los suyos, que no había más que buscar en el mundo, mayormente por ser todos los ríos que por allí pasan muy ricos de oro, y para dar al Gobernador razón por extenso, se volvieron a la ciudad de La Concepción, tomando otro camino diferente del que habían traído, arrojándose más a la tierra donde iban hallando la misma fertilidad, riqueza y multitud de gente que en el primero.

Diré aquí la causa de haberse llamado esta tierra los Estados, y fue que al pasar por ella los españoles dijo Jerónimo de Alderete: “Señores míos, bien podemos llamar a esta tierra los estados de Flandes y Alemania”, y habiendo referido este dicho al Gobernador Don Pedro de Valdivia, dijo éste con rotundo acento: “Llámense los estados de Arauco y Tucapel”. Y con este nombre se han quedado hasta hoy, así como otras toponimias mapuches que prevalecieron al nombre dado en lengua castellana. Así es el misterio de las palabras, cómo traspasan los siglos y permanecen, joyas verbales que Dios echó a rodar por el mundo con la impronta distintiva de sus hijos innumerables.





## De guerreros, poetas y cronistas

Era el año de mil quinientos cincuenta y tres, habiendo ya transcurrido los tres de paz que en él se cumplieron, y los mapuches comenzaban a juntarse con el fin de recuperar su perdida libertad, con la que habían nacido, heredada de sus indomables progenitores. Diéronse pues, a organizar fundadamente un alzamiento, convocando gentes de otras provincias comarcanas, de las cuales concurrieron los jefes principales.

Determinaron en esta consulta que se señalasen doce electores, para nombrar según su arbitrio al que había de ser general de todo el ejército, con absoluto gobierno de todo el reino, y así lo pusieron luego en ejecución, nombrando a doce de los más prudentes e insignes que se hallaron. Ellos, por acuerdo unánime, eligieron a un indio noble y rico llamado Caupolicán, de tantos bríos cuanto sugiere la opulencia del nombre, y de tanto valor, sagacidad y equilibrio, que más parecía de senador romano que de bárbaro chilense.

No quiero dejar de advertir al lector sobre este punto, que si acaso leyere la historia en verso llamada *Araucana*, compuesta por el ilustrísimo poeta don Alonso de Ercilla y Zúñiga, vaya con tiento en dar con el legítimo sentido de las palabras con que pondera el largo tiempo que tuvo Caupolicán sobre sus hombros un pesadísimo madero, arrojándole después a gran distancia. Era ésta dura prueba para estimar su fortaleza y elegirle entre otros valientes, pero debéis entender que don Alonso habla con la hiperbólica exageración de los poetas, la cual es tan necesaria para su excelsa poesía como debe ser para mí la verdad histórica, sin acudir a las licencias que Horacio concede a los poetas.

Digo pues, que ni el fornido mapuche tuvo tan enorme madero el largo tiempo que allí se refiere, ni tampoco fue ésta la prueba fundamental para ser elegido como conductor de su pueblo, porque no son los mapuches tan faltos de entendimiento que viniesen a reducir aquella concertación de notables a una asamblea de espectadores de fuerza bruta. Por el contrario, se le calificó por capitán general luego de una serie de olímpicas destrezas, tales como: correr, saltar, luchar, blandir una lanza, y otras en que debían sobresalir la sagacidad y la prudencia, y por ser Caupolicán el más aventajado en todos aquellos protocolos, le fue entregado el bastón de mando en unánime consentimiento.

Ya podéis colegir el ánimo de estos pobres indios cuyos ancianos les arengaban de esta manera: “Hermanos míos, ¿de dónde nos ha venido tal infortunio? ¿Quién nos ha traído a nuestras tierras estos verdugos, estos lobos hambrientos, esta inopinada plaga, este yugo agobiador? ¿Qué les hemos provocado para que se apoderen de nosotros y de nuestros reinos? Si es porque nos han hecho cristianos, ya veis que las obras que ellos hacen no son conforme a lo que predicán...”

Comandados por el fiero Caupolicán, a quien se unió el astuto indio Lautaro, que fuera caballero del Capitán Valdivia y conocía al dedillo nuestras armas y estrategias, y enseñó a los suyos a cabalgar como los mejores jinetes españoles, llevaron a tal extremo la guerra los mapuches que a punto estuvieron de aniquilar al ejército español y borrar de la faz de este nuevo reino las villas y ciudades fundadas con tanto esmero y voluntad. No ha sido así, gracias a los oficios de la Providencia Divina y a algunos buenos y honestos capitanes que supieron mantener la llama de la fe cristiana y el buen ejemplo de los preceptos evangélicos... Sin embargo, debo decir que es maravilla ver cómo estos indios mapuches montan en pelo y parecen uno solo con su corcel, tal si fuesen los centauros que cantó Homero. Y lo mismo acontece al verles manejar con destreza y celeridad aquellas armas de la primera armada del mundo, cuyo adiestramiento demora años en los reinos de Europa, empleándolas ellos como si hubiesen mamado desde la teta su ejercicio.

En esta concertación de mapuches se urdió la cruenta campaña de Tucapel, donde tendría trágico fin la gloriosa vida de Don Pedro de Valdivia. Omito la narración de aquellos sucesos, pues ya mi paisano,

amigo y capitán, Rodrigo de Quiroga, da cumplido testimonio de los memorables combates que se sucedieron en aquella comarca, confirmando el poderío militar de los mapuches y la casi imposibilidad de derrotarles en el campo de Marte...

*(Debo yo decir, introduciendo de nuevo mi voz en el texto que parafraseo y recompongo, que transcurridos centenares de años, muchos historiadores, cronistas y estudiosos de Chile concluyen que Caupolicán no habría existido como personaje histórico, y que su invención es fruto del prurito imaginativo de don Alonso de Ercilla y Zúñiga. De su obra épica **La Araucana** proviene entonces la única fuente, más literaria que histórica, por cierto. En todo caso, se otorga hoy a Caupolicán la categoría de mito. En efecto, él encarna el paradigma guerrero y libertario del pueblo mapuche, y su leyenda, transformada en mito, posee más fuerza que cualquier testimonio verificable de la historia. Es éste un misterio aún no develado, como lo son muchas creaciones míticas que perviven en el inconsciente colectivo de algunos pueblos; así los de oestrimnios, celtas y bretones, en Europa; los de mayas, aztecas, incas, mapuches y huilliches en Iberoamérica.)*



## **De reales e imaginarios horrores**

Ocurrió después de la batalla de La Imperial, villa alzada en el corazón de la Araucanía, cuando dejaron de poner los mapuches las manos en el arado, ocupándolas en los arcos, lanzas y macanas. Y así vino a la tierra tanta esterilidad y hambre que afectó por igual a indios y españoles... Se mataban los naturales unos a otros entre sí, para comer el matador las carnes del que mataba, lo cual duró por algunos meses con tanta fiereza, que causaba no menos lástima que espanto.

Y aunque después se tuvo buenas cosechas de trigo y maíz, y otros mantenimientos en abundancia, con todo eso no cesaba el fiero abuso, cumpliéndose la común sentencia que dice: 'no me pesa el que mi hijo enfermó, sino de las mañas que tomó'. De suerte que todo el año de mil quinientos cincuenta y cuatro y el siguiente, estaban los indios tan envidados en comer carne humana, que tenían carniceros de ella y acudían a comprar presas de hombres como se compran en el mercado de abastos las de carnero. Y en muchas partes tenían los caciques indios metidos en jaulas, engordándolos para comérselos. A tal extremo llegó aquella gula maligna, que hallaron los nuestros a un indio comiendo con su mujer a un hijo suyo...

Acontecieron en ese tiempo cosas extraordinarias y memorables. Una fue, que habiendo en un lugar llamado Peltecaví, cerca de la ciudad de La Concepción, una gran junta de enemigos, acudió a escarmentarlos Pedro de Villagra con su compañía, y luego de algunas escaramuzas se retiraron los mapuches a su fortaleza, yendo los españoles en su seguimiento, hasta entrar en ella con sus lanzas y adargas. Y habiéndoles vencido y muerto a todos ellos, quisieron salir por donde habían entrado, y hallaron el portal tan estrecho que apenas cabía por él un hombre a pie; lo cual se tuvo por mani-

fiesto milagro de la Divina Providencia, como cuando abrió camino a su pueblo separando las aguas del Mar Rojo y cerrándolas sobre sus enemigos.

En otra ocasión, llegó Pedro de Villagra con los suyos hasta las riberas de una gran laguna llamada Pirlauquén, la cual está a tres leguas de la ciudad y muy contigua a la Mar del Sur. En medio de esta laguna hay un islote, donde se habían recogido cinco mil indios en pie de guerra, contra los cuales envió el capitán Villagra a la mitad de su gente, quedándose él con el resto en la misma playa. Cuando se acercaban a la isla los que iban en las canoas, se les adelantó un caballo blanco a nado, yendo por las aguas como rápido bajel, el cual entró por medio de los escuadrones mapuches, desbaratándolos con gran furor y denuedo. De suerte que cuando llegaron los nuestros fue menester muy poco para rendir a los bárbaros, los cuales se lanzaron al agua y vinieron a salir donde Pedro de Villagra estaba con su gente. Trabóse allí un reñido combate, acaeciéndose una cosa de grande espanto; y fue que, estando los indios de espaldas a la mar, salió una gigantesca ola y dio con tanta fuerza en ellos que arrebató a dos mil infelices y se los tragó, sin que ninguno pudiese escapar...

Recuerdo que el año de mil quinientos cincuenta y seis llovió sobre la ciudad de La Imperial cierto licor a manera de leche, que caía gota a gota, y de cada una brotaba luego una rana, de manera que vinieron a estar las calles tan llenas de ellas que no se podía uno mover sin pisarlas, por estar cubierto el suelo con una gruesa capa viscosa y nauseabunda que permaneció por espacio de quince días. Muchos vecinos murieron a causa de los hedores que producían horribles espasmos y un vómito negro semejante a la peste que asolara a Europa hace algunas décadas. Y cuando hubo cesado esta plaga, vino tal multitud de ratas que hervían por las casas y calles, de tal suerte que los sacerdotes viéronse obligados a ponerles pleito, por tratarse de intervención del Demonio y no simple cosa de natura, y dieron a los infames roedores un Defensor que alegase en su derecho, como es de uso en las causas de la Santa Inquisición, y habiéndoles convencido en el juicio, los excomulgaron, y al instante perecieron todas las ratas, sin que quedase rastro alguno de ellas. Y cuentan hoy los vecinos de la comarca que en veinte años no se ha visto ni uno solo de estos repulsivos roedores.

Hablo de cosas bien testimoniadas, o que viera por éstos mis ojos, apreciado lector. A Nuestro Señor pongo por testigo, y si mintiere o exagerare, me lo tenga Él en cuenta a la hora señalada. Amén.

## **Una mujer caritativa**

**I**nerranables son las calamidades que en este desventurado reino consumían de ordinario, tanto a los indios como a los españoles, porque el hambre era común a todos, y la desnudez muy propia de los nuestros en esos años, de modo que ni las doncellas más galanas escapaban a los muchos remiendos, y los caballeros más pulidos tenían por ornato las cotas de malla que no abandonaban de día ni de noche, infestadas de piojos y otras minúsculas alimañas, de tal manera que podía uno oler a un hombre a grandes distancias, lo que favorecía el rastreo a los mapuches, cuyo olfato es varias veces superior al de los cristianos. No era, sin duda, menor la aflicción por el miedo a los enemigos, sobre todo para las mujeres que se veían cercadas por trescientos mil bárbaros, que tantos eran los que había en el distrito de La Imperial.

A tales pesares se agregaba la grande lástima de ver morir de hambre a muchos indios antes que llegase aquel tiempo de abundantes cosechas que ya referimos. Mas, como la piedad de Nuestro Señor Jesucristo es tan cierta y oportuna en tiempos de necesidad, manifestó en esta ocasión los tesoros de su poder, sabiduría y misericordia...

Estaba en La Imperial una señora llamada Mencia Marañón, mujer de don Alonso de Miranda, matrimonio que había llegado procedente de Burgos, pocos meses antes del gran alzamiento mapuche. Como gente acostumbrada a vivir según la caridad con que se procede en Castilla, tenían esta buena leche en los labios, y se esmeraban en obras de caridad cuanto más crecían los infortunios de esta tierra, de suerte que doña Mencia daba limosna a cuantos indios se arrimaban a su puerta, y recogía en su casa a los enfermos, curándolos ella misma con mucha diligencia y cuidado.

En un aposento alto como de dos plantas, tenía doña Mencia todo el trigo que había podido recoger para dar diarias limosnas, no contentándose con ayudar a su propia gente, sino también a los que venían de fuera, movidos por la necesidad. Y eran tantos los mapuches que pedían socorro, que muy pronto no quedó un solo grano de trigo en su pródiga despensa. Insistieron, agolpándose a su puerta, muchos indios famélicos, sordos en su hambre a toda negativa. Entonces, doña Mencia mandó a la despensera para que hiciese un nuevo rastreo por todos los rincones; rezongó ésta la inutilidad del encargo, pero pudo más la insistencia de su ama, y volvió a entrar en el depósito del grano.

Apenas había abierto la puerta del almacén, lanzó un grito de asombro que hizo acudir a doña Mencia con gente de su servicio. Lo que vieron es testimonio cierto e historia veraz: el aposento rebosaba de trigo y cada vez crecía en volumen, como si una mano oculta y poderosa arrojará desde algún lugar un torrente de dorados granos. Iba creciendo el cereal con tanta prisa que era menester descargar luego aquella despensa, para que no se hundiese o se descalabrasen sus muros, como ocurriera en la barca de Pedro, en el lago Getsemaní, cuando por la gran multitud de peces estuvo a punto de naufragar.

Por lo dicho se ve que el medio más eficaz para todas las aflicciones es tener grato a aquel Señor en cuya mano está todo, y en cuya voluntad hay más bien para nosotros que el que pedimos, sin entender la magnanimidad de su infinita misericordia.

Y también se colige aquí que si hubiese muchas Catalinas de Siena y muchas Mencias de Marañón, se repetirían semejantes milagros para paliar la entrada en el Reino de Chile de hombres desalmados que trajeron con su proceder inicuo tantas desventuras y miserias.



## **Muerte del joven Lautaro**

**D**espués de la batalla de Tucapel, acaecida el día de la Natividad del Señor de mil quinientos cincuenta y tres, decidió Lautaro reagrupar sus huestes para dirigirse a Santiago y dar allí el golpe de gracia a los españoles. Comenzó a marchar con un ejército de ocho mil hombres que lo llevaban en andas, y fue recibido en todos los pueblos por donde pasaba con gran veneración y aplauso, hallando los caminos adornados con arcos triunfales, sin faltarle cosa de las que se pudieran prevenir para la majestad del mayor monarca del mundo. Mas, cuando llegó a los lugares sujetos a Santiago y aliados nuestros, comenzó a ensañarse contra los indios, quemándoles sus casas, animales y bienes, y aún matando a muchos de ellos, tanto que les impelió a despoblar sus tierras solicitando socorro a los propios españoles.

Resolvió el nuevo Gobernador interino, don Rodrigo de Quiroga, enviar al capitán Diego Cano con cuarenta jinetes, los cuales hallaron a los enemigos alojados en Mataquito, donde libraron combate con matanza de algunos naturales y pérdida de un español, aunque finalmente quedó Lautaro con la lanza enhiesta y Diego Cano desbaratado.

Bien entendió el sagaz mapuche que no había de ser ésta la postrema batalla, y así se hizo fuerte en el sitio, fabricando buenos baluartes y empalizadas. Y para mayor seguridad, mandó atajar ríos y acequias a fin de que reventasen y se difundiese el agua por todo el campo, provocando grandes lodazales en que se atollasen los caballos.

Hallóse allí un conquistador viejo llamado Marcos Veas, que había estado en casa del Gobernador Valdivia y conocía mucho a Lautaro. Pidió licencia a su capitán, Pedro de Villagra, para carearse con el jefe mapuche

y persuadirle con algunas razones a que desistiese de la guerra, entregándose a los españoles sin temer ninguna traición, como él la hiciera a su amo, don Pedro... Villagra se la concedió, y trepándose Veas en un promontorio donde pudiera ser oído, llamó a Lautaro, el cual salió a trabar con él plática, habiendo entre los dos un pequeño intervalo, de suerte que se oían las palabras distintamente.

Y cuando el español llegó a mencionarle la traición que había cometido, mudó el indio el tono de su discurso, hablando con gravedad de esta manera:

“No puede dejar de asombrarme el ver que un hombre prudente como tú hayas pronunciado palabras tan sin concierto. Porque llamar traición a lo que es indudable fidelidad, sólo puede provenir de ceguera o torcido entendimiento. Si entre nuestra nación y la vuestra hablásemos de acciones traicioneras, ellas provendrían de los españoles, aunque debiéramos hablar más propiamente de tiranía, porque estando nosotros seguros en nuestras tierras vinísteis con engaño a desposeernos de ellas, a quitarnos nuestras mujeres y a enseñorearos de nuestras libertades.”

Luego de estas razones, retiróse Lautaro a su campamento. Y aconteció entonces que arribaron el mariscal Francisco de Villagra junto al valeroso capitán Alonso de Escobar, con una reunida tropa de ciento veinte caballeros. Preparamos con todo sigilo el asedio, artillando arcabuces y mosquetes, asentando lanzas y espadas para un combate que véamos iba a ser asaz encarnizado.

Levantóse al amanecer el capitán Lautaro, inquieto por el sueño que había tenido, y era su pesadilla que moría él y todos los suyos a manos de los españoles en la más terrible y sangrienta batalla que se pudiese imaginar. Y, presa de angustia, despertó a su compañera, la india Guacolda, para darle parte de su aflicción. Esta joven mapuche se había criado desde pequeña en casa de Pedro de Villagra, que allí la llamaban Teresa, y la había cogido Lautaro en uno de los muchos asaltos que perpetró contra nuestra ciudad de Santiago, raptándola o devolviéndola a los suyos, según quiera entenderse...

Despertó Guacolda sobresaltada, gimiendo, porque había soñado que los españoles mataban a todos los indios de aquel fuerte y a su toqui

entre ellos. Y como Lautaro la oyese referir lo mismo que él quería contarle, inquietóse mucho más, y por saber si aquellos sueños tenían fundamento, llamó a un indio cuyo nombre era Aliacán, famoso en el arte de adivinar, y éste le confirmó la trágica certeza de esos dos sueños que confluían, como ríos inexorables, en el afluyente de su propia perdición.

Y cuando aún no se reponía del atroz vaticinio, se dejaron caer los españoles con tal furia y denuedo que no pudieron rehacerse los mapuches, pese a que había cinco mil de ellos, elegidos por su jefe como los más valerosos. Lautaro fue alcanzado en el pecho por una lanza que le atravesó de parte a parte, sin que jamás se supiese la mano que diera muerte al más valiente y noble de los mapuches. Caído su general, desmayaron los indios comarcanos de Itata, Ñuble y Renoguelén, pero no dieron pie atrás, quedando allí tendidos sin escapar hombre con vida.



## **Cólera de la madre tierra**

**A** fines del año de mil quinientos setenta y cinco era yo Corregidor de Valdivia, ciudad que vivía tiempos tranquilos y prósperos, pacificadas sus comarcas aledañas, entregados sus vecinos a los cotidianos trabajos en pro del engrandecimiento de estas australes tierras del Reino de Chile.

Sucedió pues, en dieciséis de diciembre, viernes de las cuatro temporadas de Santa Lucía, día de aposición de la luna, hora y media antes de la noche, que comenzó a temblar la tierra con gran rumor y estruendo, mientras iba el terremoto en continuo crecimiento, sin cesar de infligir gran daño, derribando tejados, techumbres y paredes, con tanto pavor de los vecinos que estaban atónitos y fuera de sí, temiendo que aquello viniera a ser el fin de los tiempos.

No se puede pintar ni describir con certeza esta furiosa tempestad de la Madre Gea, cuya prisa fue tal que no dio tiempo a muchas personas a salir de sus casas, y así perecieron enterradas en vida, cayendo sobre ellas la mole de los edificios. Era cosa que erizaba los cabellos y ponía lívidos los rostros el ver cómo se estremecía el suelo con ira desbocada y no podían las personas tenerse en pie.

Tembló la tierra no menos de un cuarto de hora y al cabo se vio en el caudaloso río que los indios llaman Calle-Calle, o 'río florido', por donde las naves suelen remontar sin riesgo, una cosa de máxima extrañeza, y fue que en cierta parte se dividió el cauce en dos, corriendo una parte del agua hacia la mar, y la otra parte río arriba, de suerte que se vio el lecho desnudo, con sus piedras verdosas al fondo. Y antes que pudiésemos reponernos de este pasmo, salió la mar de sus límites y linderos corriendo

con tanta velocidad tierra adentro como el río de mayor ímpetu del mundo. Y fue tanto su furor y braveza, que entró tres leguas desde la ribera, dejando muchedumbre de peces muertos, de cuyas especies nadie, ni españoles ni indios de este reino, habían visto. Y entre estas borrascas y gigantescos remolinos, se perdieron dos naves que estaban en el puerto, sin ser jamás halladas, ni siquiera una tabla de sus restos. La ciudad quedó arrasada por completo, sin que una sola pared se mantuviera erguida.

Y además de esto, padecieron los vecinos hambre y enfermedades por tener que vivir en los campos bajo el rigor del frío, lluvias y sereno –y lo que es aún más inaceptable –no estaban seguros en campo raso, porque por muchas partes se abría la tierra con los temblores que iban repitiéndose cada media hora, sin cesar esta frecuencia por espacio de cuarenta días, ofreciendo a la vista pavorosas grietas a través de las cuales era imposible predecir su profundidad.

Era cosa admirable ver los caballos corriendo por calles y plazas, escapándose de las caballerizas con trozos de cabestros y maderos, enloquecidos de terror en su animal inocencia, sin el consuelo de las oraciones a que acudíamos los humanos más con anhelo que con esperanzada fe. Buscaban los canes guarecerse junto a sus amos, como pidiéndoles clemencia ante lo incomprendible. Este mismo sentimiento hubo en todos los animales, que se revolcaban por al tierra, y cada especie usaba de sus acostumbradas voces, como aullidos, relinchos, graznidos, cacareos, expresando a través de ellos, no los requerimientos del diario afán, sino un pavor que parecía surgir del vientre de Gea encabritada.

Ocurrió en esta coyuntura el derrumbe de un gran cerro, a catorce leguas de la ciudad de Valdivia, cuya enorme corpulencia de rocas, piedras, lodo y troncos obstruyó de tal modo el cauce del río que fue formándose una inmensa laguna, de muchas brazas de profundidad. Al cabo de cuatro meses no pudieron aquellas paredes circunstanciales detener el creciente caudal de las aguas, y reventaron con horrísono estruendo, llevándose por delante casas, árboles, animales y todo lo que a su paso se hallase. Y por ser esta avenida a media noche, cogió a toda la gente en lo más profundo del sueño, anegando a muchos en sus camas y a otros en el momento de salir despavoridos.

Si no pude prever el terremoto, cosa posible sólo para Dios Todopoderoso, dime cuenta del peligro de aquella acumulación portentosa de las aguas y alerté a quienes habitaban la parte más baja de la ciudad, que era al pie de la loma donde está el convento del glorioso patriarca San Francisco. Y aun cuando nuestra gente quedara entontecida con el cataclismo, muchos atinaron a poner sus casas y bienes a resguardo del aluvi6n...

En ese tiempo no se dedicaban los vecinos sino a elevar sus preces y andar en romerías piadosas, todo envuelto en infinitas lágrimas, para vencer con ellas la pujanza del agua, aplacando al Señor que la mueve o la aquieta, cuya clemencia se mostró allí como siempre, poniendo límite a su crecimiento a la hora del mediodía. Finalmente fue bajando el agua al cabo de tres días, habiendo muerto pocos cristianos y más de mil doscientos indios y gran número de reses, sin contarse aquí la destrucción de casas, chacras y huertas, que fuera cosa incalculable...

Y por remate de esta historia advierto que debe en mucho ponderarse el tesón y ánimo de los mapuches, pues nunca se ha visto que ninguno de ellos se rinda a español, aun cuando muera en la demanda... Porque lo que más sienten entre todos sus trabajos, es tener que servir a gente extranjera, y por evitar esto sustentan la guerra de muchísimos años a esta parte, y han venido en tanta disminuci6n, que donde había mil indios apenas se hallan ahora cincuenta; y por esta causa está la tierra muy deteriorada, pobre y miserable, y sin otro remedio que la esperanza del cielo.

Concluyo con lo que el Eclesiastés declara al inicio de su discurso, diciéndonos que el escribir muchos libros es cosa sin propósito, y que lo importante es oír todos al fin de este razonamiento: *“Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es todo el hombre, y que Dios ha de equilibrar todas las cosas en su juicio y sentenciar lo bueno y lo malo según el fiel de su justicia”*. Y si este santo temor hubiera sido el principio con que se conquistaron estos reinos, no estuviera esta historia llena de tantas calamidades como tú, apreciado lector, has leído en las por mí escritas y en las que te obsequia la más alta pluma de mi buen Capitán, Rodrigo de Quiroga y Camba, venido también del más dulce y amable país de que se tenga memoria, el Reino de Galicia.

-DIXIT-





### **III: EL ANHELO DEL REGRESO**



## Sombra tenaz

**H**e visto hombres de probada valentía en los combates huir despa-  
voridos cuando la tierra se estremece, como niños ante un miedo  
incontrolable. Y diré que cuesta habituarse, aun para los más  
corajudos, tanto a la furia descomunal de la naturaleza como al asedio  
inmisericorde de los mapuches; es como estar instalados sin remedio en el  
ojo del huracán, en el siniestro vórtice del terremoto...

Sí, la tierra tiembla aquí de continuo, y hay que tener en cuenta  
abruptos despertares en medio de la noche... A Inés parecen excitarla, a  
tal punto que da rienda suelta a su pasión amorosa en aras del atroz des-  
velo, como si de aquella ígnea energía terrestre extrajera para sí la embria-  
gadora potencia de Eros encabritado. Entonces, enciende las candelas más  
bajas e inclina hacia el lecho el ancho rostro del espejo toledano, multi-  
plicando por las imágenes el frenético placer de la carne desnuda. Largos  
son los asedios, intensos y sonoros, porque gusta Inés de quejarse como si  
el goce tuviese algo de tortura y sacrificio. Después, en la calma fatigosa,  
llora en silencio, fija la mirada en difuso horizonte, tal si escrutara una  
sombra en lo perdido lejano... Es el recuerdo que no la abandona y vuel-  
ve a acicatearla en brazos de un fervor enajenado, como tenaz remordi-  
miento difícil de expiar.

- No es por ti, Rodrigo –me dice... Tú lo sabes: es él que no cesa de  
aparecerse en mi memoria.

- ¡Aún después de muerto?

- Si le hubiese visto en la hora postrera... Pero nadie de los nuestros le  
vio; todos los testimonios me parecen mendaces, y se hace terrible la incer-

tidumbre... A menudo despierto sobresaltada y creo verle en el umbral, con aquella sonrisa encendida de altivo deseo... No puedo aceptar que alguien como él haya desaparecido; tan sólido era que le creí inmune a la muerte.

Me levanto y apago una a una las candelas, en parsimonioso rito. La noche es menos negra fuera. Salgo a la claridad lunar de la quinta. Santiago del Nuevo Extremo descansa acunada por grillos y sapos que alborotan las riberas del Mapocho. En la torreta del fuerte veo cabecear, como astro inseguro, el yelmo del centinela... Quién puede resistir tanta fatiga...

*(Ya hemos hablado, caro lector, de las grandes devastaciones naturales ocurridas en el Reino de Chile en la época en que transcurre este memorial. Podemos afirmar que el infausto proceder de Gea, deidad de la Tierra, ha sido recurrente a lo largo de toda la historia de nuestro país del sur. Así lo anota y describe un acucioso historiador y cronista.<sup>53</sup>)*

*(“Un simple recuento aritmético de los desastres ocurridos en Chile nos deja aterrados... Nuestro cómputo comienza antes de la llegada de Almagro, en 1520, ya que tenemos testimonios de un espantoso terremoto que los indios narraron a los primeros conquistadores... Vendría luego el sismo de 1570, en Santiago del Nuevo Extremo, el de 1575, en la incipiente ciudad de Valdivia. Luego consignamos el gran terremoto de 1647 que destruyó casi por completo a Santiago... Nuestro cómputo, considerando los desastres de mayores proporciones, no termina en 1906, con el terremoto de Valparaíso, porque después ocurriría el de 1930 en Chillán, y el más pavoroso, el de 1960 que asoló a la ciudad de Valdivia. Vendrían luego los terremotos de 1964, 1972, 1978, 1985, y –hasta ahora– el último, ocurrido en 1997, en la región de Coquimbo...”)*

*(“En cuatro siglos hubo en realidad más de cien terremotos, cuarenta y seis años de grandes inundaciones, cincuenta años de sequía absoluta, ochenta y dos años de epidemias generalizadas que diezmaron a la población y cuatro años en que insectos y roedores devoraron hasta los árboles...”)*

*(Quizá esto explique en parte el carácter taciturno y fatalista del chileno, quien, sin mayores aspavientos, vuelve a levantarse después de cada sacudón, para iniciar la jornada como si nada –o muy poco– hubiese ocurrido.)*

---

<sup>53</sup> Rolando Mellafe; Historia Social de Chile y América, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1986; páginas 283 a 285.

## **Sueños en el último reino**

**P**or la noche me asaltan extraños sueños, lo que no resultaría raro si consideráramos las difíciles circunstancias de nuestra vida cotidiana, sometidos como estamos a extremas tensiones, pues en estas salvajes comarcas he visto desfallecer a los más audaces...

El canónigo Valenzuela y Bórquez me enseñó que los sueños descargan nuestra mente y nuestro espíritu de las diarias vicisitudes, permitiéndonos así el necesario reposo o catarsis. Respecto a su valor premonitorio o aun revelador, dudaba mi buen fraile, esgrimiendo contundentes razones que no es del caso traer a colación. Sin embargo, pude conocer en Chantada a un tal Patricio Ulloa, quien presumía de intérprete y exégeta de sueños, y cobraba a los incautos elevadas sumas pintándoles toda clase de glorias para los confusos vaticinios extraídos de los devaneos del reposo. Jamás se ha sabido –decía mi padre– que alguien haya conocido en la realidad las huera promesas de aquel Ulloa, chantajista y prevaricador.

Hablo de un sueño recurrente en cuyos ámbitos nebulosos no logro advertir imágenes que traduzcan exacerbados temores, sino por el contrario, me llena de indecible sensación de quietud, como cuando estamos a la vista de hermosos y dulces paisajes, avivados por visiones de intenso colorido a través de las cuales resaltan hombres, animales y cosas con sus perfiles y contornos dibujados en rara perfección, como salidos del pincel de aquellos pintores regios de la Corte que encantaron a nuestro Emperador. Todo esto aumentado por la inquietante certeza de observar aquellos entes en todas las dimensiones a la vez, como dicen que ve el ojo omnisciente y totalizador de Dios Uno y Trino.

En el cenit de las nocturnas ensoñaciones veo una espléndida ciudad que surge de la bruma, con sus calles de piedra resplandecientes bajo

la pátina de una lluvia pretérita... Caminan por las rúas muchos hombres y mujeres vestidos a extraña usanza, con ropas muy ceñidas y de vario colorido, en nada semejantes a lo que yo haya visto. Van con extraña prisa, cual si fuesen gigantescas hormigas tras el diario sustento, pero sus rostros no revelan ansiedad ni angustia, sino más bien apática resignación... Entonces, mezclo mis pasos con los de ellos, como queriendo seguir alguna de aquellas rutas que penetran en la noche, pues el astro rey ha mucho que entró en las tinieblas de su nadir. Pero están todas las calles flanqueadas de grandes farolas, de tal modo refulgentes, que se dirían espejos de la luz solar.

Me sobresaltó un rumor de muchos caballos sobre el empedrado. Volví la cabeza y miré hacia donde provenía el estruendo; pude ver unos raros carruajes, muy brillantes, de metálicos reflejos, que avanzaban veloces por el centro de la calzada; advertí con asombro que no traían tiro de caballos u otras bestias, sino que se deslizaban movidos por impulso propio, como si una mano gigante los hubiese aventado... Corrí, atravesé el espacio de las farolas y topéme con altísimos edificios acristalados de los que salían y entraban las gentes como si de gigantescos hormigueros o colmenas se tratase...

Desperté sudoroso... En el impreciso espacio de la duermevela volvía a escuchar el estruendo de aquellos carruajes fantasmagóricos. Sólo que ahora oía un aterrador bramido que parecía provenir de las entrañas de la tierra. El suelo temblaba como un madero en la tempestad. Guacolda corrió hacia mí agitando una rama de canelo mientras pronunciaba nerviosas verbas que sonaban como entrecortada oración... Los objetos caían de los muebles y el aire se llenaba de quebraciones y crujidos. La casa tambaleábase como barca a la deriva y el polvo que desprendían los adobes tornaba irrespirables las habitaciones... Salimos a la calle. Era un espantable terremoto que asolaba el mundo. El griterío de la gente era tan inquietante como el tremor enfurecido de la tierra. Se desplomaron las casas de adobe y muchos vecinos murieron aplastados bajo los escombros, cogidos en medio del sueño, sin atinar a huir, muertos por las propias obras que sus manos fundadoras habían construido, en la ilusión esperanzadora de una nueva y próspera Santiago del Nuevo Extremo.

Nos reunimos en el centro de la plaza. Vi cómo el joven soldado Pedro Mariño de Lobera reconfortaba a las mujeres y alentaba a los hombres. Era preciso iniciar de inmediato las tareas de socorro y rescate, organizando cuadrillas, sin descuidar la vigilancia de la casa fuerte, aún en pie junto a las escasas construcciones de madera. La villa de Santiago volvía a convertirse en penosa ruina. Luchábamos contra dos implacables enemigos: los mapuches y la colérica naturaleza. Guacolda era la más serena de cuantos habíamos sobrevivido al espantoso sismo. Señaló con ademán seguro las altas cumbres cordilleranas; los altísimos picachos, gigantescas flechas apuntadas al cielo, parecían proferir mudas amenazas. —Es el Señor de los Volcanes —dijo Guacolda, que castiga a los hombres por sus iniquidades.

Fray Gallegos nos conminó a orar. De rodillas, tomados de las manos, en un gran círculo de miedo y penitencia, rezamos con unción el santo rosario. Hice un gesto a Guacolda para que guardase la rama de canelo y se abocara a nuestras súplicas. Todo acto supersticioso podría resultar dañino en aquellas patéticas circunstancias.

Algo dentro de mí me confortaba: la certeza de que Santiago del Nuevo Extremo resurgiría de las cenizas, como la ciudad magnífica que intuyera Don Pedro de Valdivia, como la ciudad hermana de la remota Compostela que soñábamos aquí, en el último de los confines.





## **Ad perpetuam rei memoriam**

**H**ubo hombres probos que entregaron su testimonio en los difíciles tiempos de la Conquista y aún más adelante, cuando asentábamos nuestras posiciones como conviene a lo requerido por Su Majestad, para gloria del Imperio que hemos ido construyendo sobre el inmenso mapa del mundo, como escritura lenta y fructífera que por medio de las palabras dibuja por igual el armazón de los edificios y los singulares hechos que enmarcan las acciones de los hombres.

Ha sido éste —lo es todavía, gracias a Dios— el trabajo de escribanos, cronistas y poetas, arquitectos y alarifes del verbo que dejan sus huellas testimoniales para los siglos venideros, cuando otros hombres vengan a leer e interpretar lo dicho y escrito con tanto celo y buen propósito en senderos de verdad.

He aquí, pues, el recuerdo que hago de algunas voces cuyas palabras guarda mi memoria, no para acrecentar el prurito de mi vanidad, sino con el fin de ofrecer al Creador de todas las cosas mis trabajos y penurias, mis placeres y alegrías, mis obras y omisiones, como devota oración de la hora postrera, estando ya sumido en definitivas dolencias, casi tullido por las fiebres reumáticas que de tres años a esta parte me dejan apenas el consuelo de la pluma sobre el papel. También doña Inés está enferma, debilitado su corazón por el agobio de años y penas, pero aún activa en menesteres de la casa. Ella, con su femenino y certero discernimiento, aclara mis dudas en la nebulosa del pretérito y entrelaza en su tejido las viejas remembranzas. Juntos trazamos este pergamino a menudo incierto de las palabras. Será, al fin, el telar de los sueños compartidos en este reino, sal-

vaje y amado, que recibirá el tributo de nuestra piel y nuestros huesos hechos polvo en la indescifrable memoria del universo.

Escucho hoy, entre tantas voces alojadas en los vericuetos de mi memoria, algunas que se hacían oír en el Cabildo de Santiago para dejar testimonio y vencer el artero polvo del olvido...

“Yo, Álvaro de Mayorga, residente en la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo, a treinta y un días del mes de octubre, año del Señor de mil quinientos sesenta, cuento los principales hechos acaecidos en las interminables jornadas que el Justicia Mayor y Capitán General, don Rodrigo de Quiroga, lleva pasadas en el Reino de Chile desde el año de mil quinientos cuarenta y uno, cuando se fundó esta ciudad del finisterre del Sur. Lo hago cumpliendo la probanza regia ‘*ad perpetuam rei memoriam*’. Son testigos el escribano Babilés de Arellano, los vecinos de Osorno, Gómez de Lagos, Hernando de Santillán y Cabrera de Alarcón, que darán fe razonable de lo dicho.”

“Rodrigo de Quiroga vino con el Capitán Pedro de Valdivia, después de haber recorrido los valles de Papudo y Chile, y llegó al asiento del Mapocho, donde hallaron campos quemados y pueblos en total abandono. Entonces, Rodrigo de Quiroga mandó a explorar toda la tierra con gran fuerza y autoridad, y al cabo de dos meses regresaron a sus aldeas los indios, pacificados y sumisos.”

“Habiéndose poblado la ciudad de Santiago, partió Don Pedro de Valdivia con un grupo de soldados hacia el valle de Aconcagua, pues allí estaba el cacique Michimalongo con un poderoso ejército. Se produjo la batalla con gran denuedo, y cuando parecían rodeados los españoles por un mar de mapuches enardecidos, aconteció que Rodrigo de Quiroga, atravesando el humano cerco gracias al filo de su espada, dio alcance al jefe Michimalongo y le trajo hasta los suyos atado en la grupa del caballo, con lo cual cesó el cruento combate y prometieron paz aquellos indios, y aceptaron los trabajos en nombre de Dios Nuestro Señor, para sacar labor de minas y sementeras, sirviendo a los nuestros en todo trance y de buen grado.”

“Sabida la muerte del Gobernador Valdivia, y con él toda la gente que llevaba a las provincias de Arauco y Tucapel, los vecinos de la ciudad

de Santiago y el Cabildo, nombraron al dicho Rodrigo de Quiroga por Capitán General de todo este reino, por entender el buen celo que tenía en servir a Su Majestad. Se supo aquel mismo día que el capitán Francisco de Aguirre venía de la ciudad de La Serena a requerir ser nombrado por Gobernador del Reino de Chile. Asimismo, llegaba desde el sur el capitán Francisco de Villagra con parecidos propósitos e igual ambición. Entonces, Rodrigo de Quiroga dio muestras de sabiduría y ecuanimidad evitando las querellas entre españoles. Para ello, designó a Villagra como capitán general de las tierras del Sur, y al mentado Aguirre como capitán y justicia del Norte, con asiento en la ciudad de La Serena. Conjuró así desasosiego y pasiones, que ya bastante tuvieran de ello los hijos de Hispania, peleándose unos con otros como si fuesen lobos de manadas extrañas.”

“Y cuando acaecieron las penurias de la guerra y el hambre, Rodrigo de Quiroga hizo señalado servicio a Su Majestad en el auxilio de muchos vecinos españoles que llegaron a Santiago del Nuevo Extremo, viniendo desde las provincias del Sur, luego que los mapuches destruyesen los fuertes de Arauco y Tucapel y quemasen la villa de La Imperial. Fue así que el capitán Quiroga recibió en su casa a no menos de treinta personas casadas, con sus mujeres e hijos y servidores, transformando su hogar en hospital de menesterosos y su mesa en amplia acogida para los hambrientos, comiendo con ellos como si fuesen de su propia sangre y familia. En esto se mostró no sólo su bondad sino también la prosapia de su estirpe, dispuesta como las casas lucenses para recibir a los millares de peregrinos que atraviesan los húmedos senderos del Norte en pos del sepulcro venerado de Santiago Apóstol...”

“Llegado a este reino por Gobernador plenipotenciario el muy ilustre Don García Hurtado de Mendoza, salió de Santiago con señalada tropa con el objetivo de proseguir la guerra de Arauco, y nombró a Rodrigo de Quiroga su capitán de caballerías, y con su compañía logró pacificar toda la tierra hasta las provincias de Osorno y Valdivia, trayendo a los mapuches a sujeción por su mano y su palabra, pues el capitán Quiroga siempre buscó el entendimiento con los naturales, convencido de que el destino de éste y otros reinos de las Indias será el de la confluencia fructífera de sangres, y él mismo lo certifica con su propia hija Isabel, naci-

da de la inca Malinga, casada luego con su yerno, ilustre capitán y conquistador de la Nueva Galicia, Martín Ruiz de Gamboa.”

“Preciso es traer a la memoria los principales hechos acaecidos en la batalla de Paicaví, en los días finales de diciembre de mil quinientos cincuenta y siete. Y fue que salió el capitán Quiroga con el encargo de recorrer aquellos lugares para informar a Don García Hurtado de Mendoza, a la sazón gobernador y capitán general del ejército, de la situación en que se hallaba el ejército enemigo. Cuando regresaban de la misión, Quiroga y sus cuarenta hombres, se encontraron encerrados en una quebrada por varios escuadrones mapuches. Se habían provisto los indios de gruesos tablones que usaban a manera de escudos para ponerse a cubierto de las balas de los arcabuces.”

“Hubo un momento en que la situación de los españoles tornóse muy crítica. Los mapuches lanzaban gritos aterradores, y creían segura su victoria. Quiroga, sin embargo, no se desanimó, y, aunque casi convencido de su inminente derrota, quiso al menos que el enemigo pagase caro su triunfo. ‘¡Ea, compañeros y amigos!’, gritaba a los suyos. ‘Hasta ahora hemos peleado por la victoria; ahora vamos a pelear por nuestras vidas.’ Alentados los hispanos por el ejemplo y por las palabras de su ardoroso y valiente capitán, se batieron con tal energía que lograron desconcertar al enemigo y salvarse de la emboscada, hasta llegar a la plaza fuerte de Don García. Allí fueron recibidos con una salva de artillería para celebrar este acto de increíble audacia. Aunque el altanero Gobernador era poco inclinado a aplaudir la conducta de sus subalternos, no pudo menos de decir a Rodrigo de Quiroga: ‘De capitanes tan valerosos como vuesa merced, no esperaba yo menos de lo que veo.’”

“Una vez asumido el gobierno del reino de Chile, hubo Rodrigo de Quiroga de imponer su autoridad sobre soldados y vecinos que no acataban las reales disposiciones de respetar a los indios como criaturas de Dios, e hizo ordenanzas en pro de los mapuches, nombrando a los licenciados Bravo y Escovedo, por su asesor el primero, y teniente el segundo, y de su salario de gobernador les pagó los respectivos estipendios.”

Y hay otros testimonios y decires favorables a mi persona que recordar no quiero. Sólo me queda pronunciar en silencio los nombres de com-

pañeros y amigos, y aun de vecinos que me honraron con su consideración: Diego Martínez de Peralta, Íñigo López Basurto, Juan Godínez, Juan de Alvarado, Gregorio de Castañeda, Juan de Viedma, Jerónimo de Ocampo... Hoy andan sus apellidos en niños y mozos, hijos de estas tierras que llevan la sangre que trajimos, a veces revuelta, otras serena; ojalá prospere por ella lo bueno de nuestras Españas y sea aquí la simiente mejor que en los reinos de origen, pues harto tiene que dar de suyo la bravía estirpe mapuche, admirada por mí, elogiada por Pedro Mariño de Lobera, cantada con grande lucimiento por el poeta y capitán Alonso de Ercilla y Zúñiga...



## **Señales del mar y de los cielos**

**P**areciera no bastarles, a esos luteranos, hijos malhadados de la pérfida Albión, con esparcir por el mundo la funesta semilla de la herejía. Quieren, además, apoderarse de las ciudades y villas de la cristiandad. Para ello, envían a estas australes comarcas poderosas naves con patente de corso, que atacan nuestros galeones, asedian nuestros puertos y causan el pánico en las poblaciones de pacíficos vecinos, siervos del único y verdadero Jesucristo.

Es el caso, pues, que en los últimos días de diciembre de mil quinientos setenta y ocho, nos llegó la inquietante noticia del arribo a Valparaíso de un flotilla corsaria comandada por Francis Drake, a quien los usurpadores ingleses le han otorgado título de “caballero”, como si este rango inherente a nobles procederes pudiese regalarse a un bandolero y salteador, enemigo de la Santa Fe, vástago de la perfidia británica esparcida por el mundo...

Organizamos apresuradamente una compañía de arcabuceros para enviarles al puerto de Valparaíso con la mayor urgencia. Asimismo, mandamos emisarios a Coquimbo y La Serena a fin de alertarles de aquella temible presencia. Impartí instrucciones para despachar al Perú, cuanto antes, una nave que advirtiera a nuestros hermanos en ese lejano reino de la inminencia de un gran ataque corsario a sus costas.

A mediados de enero de mil quinientos setenta y nueve supimos los detalles de aquella funesta incursión. Francis Drake hizo su aparición en la rada de Valparaíso a los cinco días de diciembre. Atacó de inmediato la nave del capitán Hernando Lamero, que estaba completando su carga para dirigirse al puerto peruano de El Callao, apoderándose por sorpresa

del bergantín. Luego procedió a desembarcar, sometiendo a la población a inmisericorde saqueo. Hizo acopio de gran cantidad de víveres, vituallas y aun pertrechos almacenados en las bodegas del puerto. También robaron los ingleses gran cantidad de oro en polvo que enviábamos al Perú. No contento con el latrocinio, profanaron la pequeña iglesia de Santa María, entregando sus dos cálices sagrados al endemoniado sacerdote luterano que les servía de capellán.

El ocho de diciembre zarpó Drake de Valparaíso, arrastrando el buque robado. Dejó en tierra a los marineros españoles y emprendió la navegación hacia Coquimbo. El día diecinueve quiso apoderarse de La Serena, enviando a tierra una partida de secuaces bien armados. Pero sus habitantes, alertados por mis emisarios, salieron al encuentro de los piratas con un destacamento de arcabuceros y jinetes, lo que les puso en desordenada y cobarde fuga.

En previsión de que la amenaza corsaria se repitiese, solicité urgente ayuda del Perú. No obstante, como aquellos refuerzos no iban a llegar con la presteza requerida, me di a la tarea de disponer la fabricación de algunos cañones de bronce de modesto calibre. Pero la tentativa resultaría un fracaso, que costó la muerte de dos maestros de herrería y la amputación de un brazo a nuestro mejor artillero. Carecemos de los recursos y medios técnicos para fabricar semejantes armas y toda nuestra industria armera consiste en simples reparaciones de arcabuces y espingardas.

Ante ésta y otras desgracias y calamidades que azotan nuestro remoto Reino de Chile, llego a pensar que fueron ciertas las premoniciones lucubradas por la aparición, hace dos años, un siete de octubre, de un inmenso cometa provisto de larguísima cola de fuego celestial que señalaba a los confines australes, como una saeta del Todopoderoso, apuntando con su índice estrellado la región de Tierra del Fuego, descubierta por el almirante Hernando de Magallanes, como queriéndonos advertir de algún castigo enviado de la mano de Dios por nuestros pecados... Pero no dejo de pensar que no son las calamidades de natura las que traen la ruina de los reinos, sino las ambiciones humanas, sin tasa ni concierto, que llevan a los hombres a destruirse unos a otros como si fuesen fieras enloquecidas. Conocidos por todos los males que me aquejan y ante la inminencia de mi partida, andan algunos tejiendo intrigas y recabando aliados para el cer-



cano día de la sucesión. Por mi parte, he dispuesto que mi yerno, el noble y valeroso Martín Ruiz de Gamboa, me suceda en el gobierno del Reino. Ojalá así sea.

Por esos días del pasado enero me hallaba terminando de escribir una carta a Su Majestad Real, Don Felipe II, en respuesta de solicitud suya expedida por cédula real de cinco de agosto de mil quinientos setenta y siete, mediante la cual se me requiere instruir la escritura premiosa de una relación o descripción del Reino de Chile, desde la fundación de Santiago del Nuevo Extremo hasta nuestros días... Le respondí que ya la había mandado a hacer, y que en cuanto estuviese terminada y dispuesta se la enviaría. Pero lo cierto es que no sé si me alcanzarán las fuerzas para concluir cabalmente esta crónica, que yo mismo he emprendido, a la que ya doy en mi interior el título de “memorias”, pues está hecha y construida de aquellos retazos de la remembranza que aún consigo rescatar del silencio y del olvido. Si Dios no me otorga la merced de acabarla, ruégole que un día sea terminada por mano de algún diligente escriba.

Queda también pendiente mi contestación a una cariñosa misiva - la única que he recibido de él- datada en febrero de 1567, por los días de la fundación de Santiago de Castro en la Nueva Galicia, de mi admirado y querido canónigo Patricio Valenzuela y Bórquez, remitida desde la iglesia de Seteventos, en Lugo, en la Galicia profunda, a donde vive en silencioso retiro después de ser destituido de su canonjía merced a las intrigas de Mauro Torralba ante el Santo Oficio. Me dice en ella estar enterado de algunas novedades del Reino de Chile y de mis avatares en su gobierno; me ofrece el regalo de su oraciones, instándome a esperar sólo de la piedad de Dios Todopoderoso... Mientras leo su bella y rotunda caligrafía, recuerdo el templo románico de Seteventos, donde fui bautizado, con su hermosa representación del Juicio Final y asimismo de la Anunciación... A la izquierda del que mira el magnífico fresco sobre el muro puede verse a los que alcanzaron la bienaventuranza en actitud orante; a la derecha, en desorden y confusión, a los atormentados por las llamas eternas; y al Cristo de la Misericordia en el centro, como la única esperanza...

A mis pesares debo sumar ahora el más grande y doloroso de todos. ha muerto mi doña Inés, compañera de amores, sueños y aventuras en este reino, esposa mía durante treinta largos años que hoy siento como un sus-

pero; tan leves y gratos me fueran en su dulce y honrosa compañía... Ella me aguarda para que juntos hagamos el postrer camino...

## Adeus, adeus

**H**abrará un libro que cuente mis campañas militares y desgrane sus combates en una especie de torrente de sucesos, como si de la mayor trascendencia fuese narrar los avatares de la sangre y el acero, el estruendo de la pólvora aleve, el hedor de la carroña sobre los cuerpos ultrajados por la muerte, ojos que miran el fulgor del último paisaje tras el grito exangüe del guerrero.

Qué puedo yo decir de esas batallas; qué contar más allá de la crónica impuesta según códigos castrenses, pretenciosos de frías glorias para alimentar el insaciable apetito del poder entronizado.

Pero están los nombres, me digo, las palabras que develan lugares y comarcas como feliz oráculo hurtado a las sombras; los nombres, Señor, como tú me los regalaste: llenos de lluvia, ornados de musgos y maderas, estremecidos de aromas y murmullos, para fundar un mundo nuevo, más allá de la prosodia impuesta por el fuego ancilar de otras verbas que dejaron aquí sus raras semillas de asombro perdurable.

Entonces, desfilan en mí aquellas nominaciones hoy amadas, tal si fuesen mis hijos, los que no tuve, pródigos de silencio, afortunados de la ausencia, dichosos apenas en el equívoco rumor de las palabras. Nombres, perfumes, sonidos, colores que dibujo conjugándolos como si fuesen frutos primorosos de antaño o granos de trigo lanzados al porvenir.

Arauco llamó Don Pedro a las comarcas del Sur habitadas por los mapuches. Deformó el nombre primitivo que le daban sus naturales *rauco*, que quiere decir “rumor del agua entre la greda”; también significa “bra-

mido del mar”. Don Alonso de Ercilla inventó el gentilicio de “araucano” y bautizó su célebre epopeya en verso como *La Araucana*.

Entramos al Reino de Chile por Arica, que en lengua quechua es “bahía nueva”... A menudo se confunden y entrelazan las voces que trajeron los incas en su dialecto quechua con las verbas mapuches (qué bien lo sabía Guacolda). Viniendo hacia los páramos salitrosos y desérticos, está la comarca de Tarapacá, “llano cubierto de árboles”, de tamarugos, árbol achaparrado que se parece a la mimosa. Bajo su raleada sombra nos reunimos, en aquel remoto junio de mil quinientos cuarenta, con la esmirriada hueste del Capitán Valdivia. Allí iba a empezar nuestro sueño de conquista y gloria; también un largo calvario de penurias y zozobras.

Los incas antiguos llamaban *aucaes* o *promaucaes* a los indígenas chilenos que habitaban las tierras del sur, entre el Maule, “río profundo”, y el Biobío, llamado también Butalevu, “río anchuroso”. En quechua, la voz *auca* significa rebelde, chúcaro y también yegua... Y hay una connotación de venganza en el empleo que dieron los mapuches a esta verba, aplicándola a sus bestias de carga; así, *auca* es ahora yegua o mula o acémila.

Pichidegua quiere decir “pequeño ratón”... Y así era el machi que asistió a Guacolda en su hora postrera, una especie de roedor, astuto y elusivo. Ahora recuerdo que ella me decía, con la voz entrecortada por el dolor: “calcu no, calcu no”... Porque *calcu* es brujo maligno, y entre los mapuches son odiados y aborrecidos de todos, pero se los busca y paga bien, porque se les teme -igual que a los médicos de España y Europa- tanto si alguien quiere librarse de una persona molesta, como si se busca la mejoría de un ser poseído por los espíritus del mal, que así define las enfermedades el supersticioso magín de los indios... Después de la muerte de Guacolda, el Pichidegua ése quiso cobrarme por el horrendo e inútil sahumero. Ante mi airada negativa, rezongó oscuras palabras que a maldición me sonaron; *huecufú* fue una de ellas, y designa a un espíritu maligno que se nos mete en la sangre agujereándonos el corazón. La resuelta mano de Aguirre me impidió entonces que cortara la cabeza del machi... Ahora, en éste que quizá sea el postrer invierno de mi vida, siento bullir en mis huesos, como clavos persistentes, innumerables ‘huecufúes’... A tal padecimiento le llamamos nosotros reuma. Cuestión de palabras; para

conjurar el misterio de las cosas inventamos vocablos, asignamos nombres que a menudo se vuelven contra nosotros.

Cuando Guacolda preguntó al clérigo Juan Lobo por qué había de aprender el Evangelio en lengua castellana, éste le respondió que el único Dios, Verdad y Trino, hablaba el idioma que trajimos cruzando los mares. Ella le dijo que el Pillán, dios y genio ancestral de su raza, no podía entenderla sino por las suaves preces del mapudungún. Para rezar bien, en consecuencia, cada pueblo debiera hacerlo en su lengua –le dije luego al fraile –pues si no, debiésemos adoptar el arameo. Fray Lobo me miró con cara de pocos amigos y se fue mascullando sus latines. Después le diría al Capitán Valdivia: “Quién puede entender a este gallego de Quiroga”.

Tucapel quiere decir “adquirido por la fuerza”. Es el nombre del lugar donde se libró la más cruenta batalla por la consolidación del reino. Allí pereció Don Pedro de Valdivia bajo el poder de los mapuches. En aquella noche aciaga del veinticinco de diciembre de mil quinientos cincuenta y tres le hicieron beber a viva fuerza el horrendo agasajo del oro derretido.

Milla es la palabra mapuche que designa al dorado metal. Está presente en muchos vocablos: *millacoya*, princesa de oro (así debió llamarse Guacolda), “millahuín”, complacencia a gusto por el oro; *millaleu*, río de oro; *millarepu*, camino del oro... Pero en mapudungún no existe la acepción de tesoro, porque milla tiene que ver con hallazgo en un sentido mágico, lejano a toda codicia o apropiación material.

He aquí la cosecha más elocuente de mis batallas y sueños, lo que resta de toda aniquilación, de todo olvido, del rotundo gesto de esos poderes que creímos incommovibles, como amores consumidos en sus fuegos fatuos, en cuya ceniza sólo yace la blanca paloma del olvido.

Viejo ya, cansado de mi propio cansancio, me quedan las palabras fundadoras, entretejidas con aquellas tan remotas de la infancia que vuelven a sonar en la hora postrera con sus dulces topónimos cabalgando sobre la piel de mi reino extraviado. *Touza*, *lareira*, *abrenoite*, *bacoriño*, *pegoreiro*, *anduriña*<sup>54</sup>, palabras que cantan como gotas de agua en el espejo sonoro de la nostalgia...

---

<sup>54</sup> En gallego: bosque de robles; cocina-fogón o habitación del fuego; murciélago; cerdo lechón; pastor de ovejas o de cabras; golondrina.

Si existe el Paraíso –me perdone Dios Todopoderoso –quisiera fuese como mi aldea de Tuiriz, con los rumores y aromas de la infancia, con el humo azul alzándose sobre los techos de piedra y la cambiante vestidura de la lluvia en la melancólica sinfonía de invierno.

Después de todo, la muerte no parece tan terrible: tiene el rostro y el hálito definitivo del regreso.

*FIN*

*Santiago del Nuevo Extremo, febrero 4 de 1580; Cumaná, octubre de 1593.  
San Manuel, Melipilla, febrero 21 de 2001; Las Condes, Santiago de Chile, junio 26 de 2001.*

## **IV: RETRATOS DE LA HISTORIA**





## Rodrigo de Quiroga y Camba

Natural del coto de Tuirrir (Tuiriz), en Masiños, feligresía de Seteventos, en Galicia, hijo de Fernando de Camba Quiroga y de María López de Solier. “*De la muy noble y esclarecida casa de su apellido, dice el Padre Ovalle, tan antigua y conocida en Galicia y en otras partes de España.*” A la edad de doce años entró a servir de paje a doña Beatriz de Castro, condesa de Lemos. En 1535 pasó al Perú, “*a guisa de caballero hijodalgo*”, y en el año siguiente se distinguió combatiendo en las vecindades de Lima y después en el Cuzco contra las huestes de Mango Inga. Apaciguado el Perú, marchó con Pedro de Candia a la conquista de los chunchos, y luego con el capitán Pedro Anzúrez, en cuya jornada se hizo notar por su conducta humanitaria. Reunióse enseguida con Diego de Rojas para entrar por el valle de Tarija, y una vez deshecha la expedición y de vuelta en aquel pueblo, Quiroga, en unión de otros cincuenta soldados, se dirigió a Tarapacá, donde sabía se hallaba Pedro de Valdivia esperando se le reuniese alguna gente para seguir su jornada a Chile. Hallóse en la fundación de Santiago del Nuevo Extremo, de cuya ciudad fue elegido Alcalde en 1548; al año siguiente, Regidor, y en 1550 el mismo Valdivia le nombró por su Teniente de Gobernador y Capitán General, cargo que siguió desempeñando durante los años posteriores, hasta el de 1555, en que, muerto Valdivia (25.12.1553), lo fue por designación del Cabildo; el cual, con ocasión de las diferencias suscitadas entre Villagrán y Aguirre acerca del gobierno del país, le comisionó en enero de ese mismo año para que, trasladándose a La Serena, tratase con Aguirre de lo que convenía a la quietud y sosiego de Chile. Su conducta en aquellas difíciles circunstancias fue altamente desinteresada y ajena de toda ambición espúrea, de tal modo, que cuando llegó el nuevo gobernador

don García Hurtado de Mendoza, le nombró, en 20 de enero de 1558, en el mismo cargo de teniente de capitán general.

En 1560 salió nuevamente elegido por Alcalde. Fue Gobernador interino en los años 1565 a 1567. Obtuvo ser admitido como Caballero de la Orden de Santiago en 1573, y dos años después en propiedad el cargo de Gobernador del Reino, que desempeñó hasta 1578. Falleció en Santiago del Nuevo Extremo el 15 de febrero de 1580.

Por los años de 1548 casóse con Inés de Suárez, antigua querida de Pedro de Valdivia, de cuyo matrimonio no dejó descendencia. Una hija natural suya lo unió con Martín Ruiz de Gamboa. Hombre honradísimo y en extremo caritativo y amante del bien público, el cronista Góngora Marmolejo, que fue su contemporáneo, dice de él que *“era de buena estatura, moreno de rostro, la barba negra, cariaguileño, nobilísimo de condición, muy generoso, amigo en extremo grado de pobres, y ansí Dios le ayudaba en lo que hacía: su casa era hospital y mesón de todos los que la querían, en sus haciendas y posesiones... Costóle tener el gobierno dos años poco más que gobernó, antes si alguna cosa hacía que conviniese al bien público, era el primero que ponía las manos en ella, y ansí se trataba como un soldado particular, teniendo mucha cuenta y muy puesto por delante el gobierno que a su cargo tenía, para que en tiempo alguno no le fuese imputado, ni puesto por cargo haber dado ocasión alguna a mal suceso. No se le conoció vicio en ninguna suerte de cosa, ni lo tuvo, ¡tanto fue amigo de la virtud!”*

(ACTAS DEL CABILDO DE SANTIAGO, IMPRENTA ELZEVERIANA, 1898

Prólogo de **José Toribio Medina**)

## **Pedro Mariño de Lobera**

**N**atural de Pontevedra, en Galicia, donde nació en 1528; hijo de Hernán Rodríguez de Lobera y Rivera y de Constanza Mariño Marinas de Sotomayor. Fue su padre Regidor Perpetuo de la villa, Capitán General de su costa de mar por nombramiento de Carlos V. Sirvió siendo niño en la guerra entre España y Francia, desde el año 1538 hasta el de 1542.

Tres años más tarde se embarcaba para al ciudad Nombre de Dios; de donde volviendo a España encontró en La Habana al licenciado Gasca que iba por Presidente del Perú, quien le envió a Nueva España con ciertos avisos de importancia para don Antonio de Mendoza, Virrey de aquel reino. Dio tan buena cuenta de sí en este negocio, que pasando éste con el mismo cargo al Perú, lo trajo en su compañía hasta la ciudad de los Reyes, donde se estableció. Mas, como era aficionado a las armas y supo que en Chile había no poco en que emplearse por las continuas guerras entre los indios y los españoles, púsose en camino para Santiago, adonde llegó a principios de 1550.

Desde los primeros pasos figuró con Pedro de Valdivia en todas las excursiones por el sur, señalándose en las desproporcionadas batallas en que un español debía combatir con cinco mil salvajes, corriendo el país hasta el lugar en que se fundó el pueblo a que dio su nombre aquel conquistador. Poco faltó, sin embargo, para que Mariño de Lobera fuese a morir con su jefe en la memorable jornada de Tucapel, pues habiendo salido con él de La Concepción, cuando llegó la noticia del alzamiento de los indios, quiso la casualidad que el día antes se detuviese en el asiento de las minas, junto con los demás españoles que allí estaban.

Más tarde, cuando Francisco de Villagra fue derrotado en Arauco e iba huyendo para Concepción, llegando a Bío-Bío, se encontró con que la barca estaba rota, no había más recurso que enviar a la ciudad por gente de socorro “que acudiese con algunos indios para pasar el río”. Mas, como todos los soldados estaban tan heridos y destrozados, no hubo hombre que se atreviese a pasar el río, ni el general quiso hacer a nadie fuerza para ello, viendo la razón que tenían y que no era más en su mano remediarla. Finalmente el capitán don Pedro Mariño de Lobera se ofreció a este peligro, el cual salió a media hora de la noche, y cuando se hallaba de la otra banda era cerca del alba, y juntando con brevedad sesenta indios yanacunas y treinta hombres de a caballo, los llevó a la orilla, donde hicieron balsas de carrizo en que pasó todo el ejército.

Posteriormente peleó con valor al lado de Rodrigo de Quiroga contra los indios de Ongolmo y Paicaví, y en enero de 1558 salió a la fundación que don García Hurtado de Mendoza mandó a hacer de nuevo en el lugar de La Concepción.

Con motivo de un pleito que tuvo que seguir con el capitán Gaspar de Villarroel sobre la encomienda de indios que don García Hurtado de Mendoza le había dado en la ciudad de Valdivia, hubo de trasladarse a Lima en 1582.

Hallándose de corregidor de Valdivia, se distinguió mucho en la inundación y terremoto que experimentó aquella ciudad a fines del año de 1575, dictando eficaces providencias para salvar la vida y bienes de sus gobernados, perdiendo él mismo mucha parte de su hacienda.

Por los años de 1594, le encontramos otra vez en Lima. Con harta diligencia y no pocos trabajos había conseguido acopiar datos bastante abundantes de los sucesos de que fuera actor, de los que sus compañeros ejecutaron, o de otros que oyó como realizados por los que le precedieron en la conquista. Con la ayuda del jesuita Bartolomé de Escobar compuso la “Crónica del Reino de Chile”. Falleció en la ciudad de Lima, a fines de 1594.

(Extraído y compilado del “Diccionario Biográfico de Chile”,  
de don **José Toribio Medina**).

## Inés de Suárez

Cuyo apellido solía escribirse también Juárez. Nació en los años de 1507. En compañía de una “sobrinita” pasó a tierra firme en la nao de que era maestro Manuel Martín. Juraron por ellas, en 8 de enero de 1537, que no eran de las personas prohibidas, el capitán Marañón y Juan Garrote, vecino de Santa Cruz.

Mariño de Lobera asegura que era natural de Placencia y casada en Málaga y la llama “*mujer de mucha cristiandad y edificación de nuestros soldados*”. Pedro de Valdivia, que probablemente la había conocido en Venezuela, la trajo en su compañía cuando vino a la conquista de este país.

Fue ella la que, hallándose el real de Pedro de Valdivia en el Valle de Copiapó y habiendo aquel conquistador pasado adelante, mandó poner guardias a Pedro Sancho de Hoz cuando por la llegada de Chinchilla comenzó aquél a decir que ya estaba allí su maestre de campo.

El cronista que acabamos de citar refiere que en el asalto que los indios dieron a Santiago en la noche del 11 de septiembre de 1541, “*como empezase a salir la aurora, y anduviese la batalla muy sangrienta, comenzaron también los siete caciques que estaban presos a dar voces a los suyos para que los socorriesen libertándolos de la prisión en que estaban. Oyó estas voces doña Inés Juárez, que estaba en la misma casa donde estaban presos, y tomando una espada en las manos se fue determinadamente para ellos, y dijo a los dos hombres que los guardaban, llamados Francisco Rubio y Hernando de la Torre que matasen luego a los caciques antes que fuesen socorridos de los suyos, y diciéndole Hernando de la Torre, más cortado de terror que con bríos para cortar cabezas: Señora, ¿de qué manera los tengo yo que matar? Respondió ella: desta*

*manera, y desenvainando la espada los mató a todos, con tan varonil ánimo como si fuera un Roldán o Cid Ruy Díaz.”*

Consta que Inés de Suárez rindió una información de sus servicios, la cual parece perdida.

En el proceso que se siguió a Pedro de Valdivia en Lima se le acumuló el capítulo de que hacía vida maridable con la Suárez; de tal modo que a su regreso a Chile hubo de casarla, por los años de 1548 (1549 es fecha más probable<sup>55</sup>), con don Rodrigo de Quiroga. Durante esta unión, que duró treinta años, ambos esposos, no habiendo tenido hijos y logrado hacerse ricos, emplearon parte de su fortuna en fundaciones piadosas a favor de los mercedarios y en la erección de una eremita en la Chimba.

Inés de Suárez murió a inicios de 1580, en Santiago del Nuevo Extremo.

(Extraído y compilado del “Diccionario Biográfico de Chile”,  
de don **José Toribio Medina**).

---

<sup>55</sup> Nota del autor.

## Pedro de Valdivia

**P**ara la averiguación del verdadero lugar del nacimiento de Valdivia conviene saber que en Extremadura se llama La Serena el estado cuya villa capital y más antigua cabeza, perteneciente a la orden de Alcántara, es Magacela, aldea pintoresca, situada en la falda de un cerro que corona un viejo castillo a cuyo pie se extiende la población. Este estado comprende desde Cabeza del Buey a Villanueva y, así, puede aplicarse el nombre de La Serena a cualquiera de las catorce villas que comprende el estado.

Se nos dijo que en Campanario existe la fe de bautismo de Valdivia, y, en efecto, el cura de aquel lugar luego nos mostró con satisfacción la hoja 20 del libro 1 de bautismos que comprende desde 1511 hasta 1543, en la cual se lee, en verdad, una partida del tenor siguiente:

*“A 20 de febrero de dicho año (1513) yo Francisco Martín Grande bautizo a Pedro, hijo de Diego Valdivia y Leonor González o Gutiérrez (la abreviatura es Gz.): fueron padrinos Diego Gutierrez y su mujer Catalina Gutiérrez”*; no habiéndonos costado poco trabajo desengañar al buen cura de que estaba en un error, ya que dicho documento no podía referirse al conquistador de Chile.

Debemos, a este respecto, hacer notar aquí que no existe libro alguno en aquellas villas anterior a la fecha del que indicamos, y que, por tanto, no se encuentra en ellos el dato fehaciente del nacimiento de Valdivia.

En cuanto a documentos, sólo hallamos una ejecutora de nobleza que existe en poder de don Eleuterio Silveira de Valdivia, en Cabeza de

Buey ya nombrada, cuya data alcanza a 1570... De ella consta que los Valdivia primitivos se hallaban establecidos en el valle de Villanueva, en la parte limítrofe de Santander con Galicia; que eran siete hermanos y que después de ciertas hazañas novelescas obtuvieron que se les concediese la calidad de nobles...

... Cuando Francisco de Valdivia y Leonor, su hermana, trataron de pasar a Indias, llamándose deudos de la mujer del conquistador de Chile, afirmaron su declaración prestada, a fin de obtener el permiso para embarcarse, que eran vecinos de Campanario. La cuna y origen de la familia Valdivia resulta así que era, pues, Campanario.

El único antecedente hasta ahora conocido que obra sobre este punto es el que trae Mariño de Lobera, cuando dice que Pedro de Valdivia era hijo de un “portugués muy hidalgo” llamado Pedro Oncas de Melo, y de Isabel Gutiérrez de Valdivia, natural de la villa del Campanario en Extremadura, “de muy noble linaje”.

... En la declaración que Pedro de Valdivia prestó en Lima en la información de servicios de Diego Fuenmayor, en 2 de octubre de 1537, en al cual afirmó bajo juramento que era entonces de edad de 35 años, “poco más o menos”; luego, según su cuenta, había nacido en 1502. (Los principales hechos de su vida concuerdan con su nacimiento cercano al 1500<sup>56</sup>).

... En los últimos meses del año de 1521, Pedro de Valdivia se hallaba en Valenciennes, en la frontera de Flandes, cuando estando allí Carlos V, Francisco I de Francia se dirigía hacia esa ciudad.

A los cuatro años de servir en el primer ejército del mundo en aquel entonces, obtuvo licencia y se volvió a su aldea para casarse, no sabemos a punto fijo cuándo, en Zalamea, con Marina Ortiz de Gaete, yéndose a vivir con ella en la vecina villa de Castuera.

En 1534 pasó a las Indias en el galeón de Jerónimo de Alderete, arribando a Cubagua (Venezuela) en diciembre de ese año. Se juntaría luego a la expedición de Diego Fuenmayor, que partió para el Perú en febrero de

---

<sup>56</sup> Nota del autor.



1537, con cuatrocientos hombres de socorro para seguir por tierra a Lima, donde serviría con lucimiento bajo las órdenes de Hernando y Gonzalo Pizarro en las extensas campañas de pacificación y virtual guerra civil ocurridas en el reino del Perú.

En el mes de enero de 1540 salía Pedro de Valdivia de la ciudad del Cuzco con sólo una veintena de soldados españoles y no pocos indios de los llamados yanaconas en el Perú, cuyo número llegó a alcanzar más tarde hasta mil. Por de contado que venían también indias, y algunas de la estirpe real de los Incas, con quienes mantenían relaciones los conquistadores. Valdivia, por su parte, traía a Inés de Suárez, que en su amor hacia él vendió sus alhajas para ayudar a los gastos de la jornada.

Valdivia continuó su marcha hacia el sur, hasta detenerse en Tarapacá. Allí le aguardaba Francisco de Aguirre con veinticinco soldados. Luego iban a unírsele las partidas de Francisco de Villagra, de Juan de Bohon y de Rodrigo de Quiroga, quien aportó cincuenta españoles bien apertrechados. Así pues, una hueste de ciento cincuenta guzmanes participaría en la fundación de Santiago de la Nueva Extremadura, el 12 de febrero de 1541...

(De aquí en adelante –apreciado lector –la vida y acciones de Pedro de Valdivia se entrelazan con las “*memorias del último reino*”, urdidas por Rodrigo de Quiroga y Pedro Mariño de Lobera)<sup>57</sup>.

(Extraído y compilado del “Diccionario Biográfico de Chile”,  
de don **José Toribio Medina**).

---

<sup>57</sup> Nota del autor.



## Martín Ruiz de Gamboa

**N**ació en 1531, en Vizcaya. A los dieciséis años entró a servir en las galeras de don Bernardino de Mendoza en la mar de Levante; pasó al Perú y después de dos años llegó a Chile, en 1552, con sus armas, caballos y criados, sirviendo en la guerra de soldado y capitán, hasta que Rodrigo de Quiroga le nombró por su Teniente General, en cuyo carácter pasó al descubrimiento y conquista de Chiloé, al sur de Chile, bautizando aquel archipiélago austral como Nueva Galicia, en homenaje a su suegro, y fundando allí la ciudad de Santiago de Castro, en diciembre de 1567. La Audiencia Gobernadora le privó de su cargo, para ocuparle en la guerra de Arauco, pero el Doctor Saravia le proveyó por General y Justicia Mayor de las provincias de Arauco y Tucapel. En unión de Velasco y Avendaño fue derrotado por los indios en Mareguano con pérdida de cuarenta y cinco españoles y muchos heridos; a cuya causa se le despojó del repartimiento de indios que tenía.

Rodrigo de Quiroga, en sus últimos años, le nombró Gobernador del Reino en 16 de febrero de 1577, cargo en que le fue confirmado por el Virrey Toledo en 26 de abril de 1581.

Después de haber servido cuarenta años en Chile, dice el historiador Rosales, *“dejó la guerra muy amortiguada y trabajó mucho para darle fin; pero no consiguió más fruto con sus grandes trabajos que el de adquirir una grande opinión de buen soldado, ministro ciudadano y solícito guerrero. Tuvo grande autoridad en este reino y mucha estimación en todos, porque su mucha nobleza, sus cortesías y ánimo liberal le hacían amable y respetable. Conservó siempre mucha autoridad, y en las materias de justicia fue muy entero, aborrecido por ella de los malos y querido de los buenos...”*

Se casó con Isabel de Quiroga, hija natural de Rodrigo de Quiroga y viuda de Pedro de Avendaño.

Rodrigo de Quiroga obtuvo cédula de Felipe II para legar sus bienes a su hija natural... Perdió a su mujer, “moza y rica”, en los días en que hizo su expedición a Chiloé.

Su única hija, Inés de Gamboa y Quiroga, se casó con Antonio de Quiroga, hijo de Juan Losada Quiroga y de Constanza de Villazcur y Balboa, señores de la villa de Cubillos, junto a Ponferrada, en Galicia. Este Antonio de Quiroga fue Caballero del hábito de Santiago y Comendador de Benacuzo, sirviendo en Chile desde Capitán de infantería hasta Alférez General, hallándose con su tío Rodrigo de Quiroga en muchos encuentros.

Por real cédula de octubre de 1583 se consiga: “... *Que ha treinta y un años que nuestro mariscal de esas provincias, Martín Ruiz de Gamboa, nos ha servido muy aventajadamente en la pacificación, descubrimiento y población de esas provinias en cargos de Capitán y Teniente General y Justicia Mayor...*”

(Extraído y compilado del “Diccionario Biográfico de Chile”,  
de don José Toribio Medina).

# **REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS**



## Referencias bibliográficas

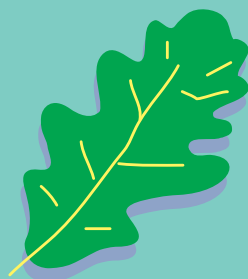
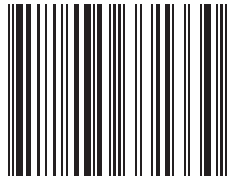
- *CRÓNICA DEL REINO DE CHILE*, Pedro Mariño de Lobera. Editorial Universitaria, 1970, Santiago de Chile.
- *COLECCIÓN DE SEMINARIOS E INSTITUTOS, VOL. III HISTORIA DEL DERECHO*. Varios Autores. Editorial Jurídica de Chile (1964), Biblioteca IDEA-U. DE SANTIAGO DE CHILE.
- *HISTORIA DE LAS POLÉMICAS DE INDIAS EN CHILE DURANTE EL SIGLO XVI (1536-1598)*. Andrés Hunneus Pérez. Editorial Jurídica de Chile (1923), Biblioteca IDEA-U. DE SANTIAGO DE CHILE.
- *LOS GALLEGOS Y AMÉRICA*. Antonia Eiras Roel y Ofelia Rey Castelao (1992).
- *COLECCIÓN "LAS ESPAÑAS Y AMÉRICA"*. Editorial Mapfre, (1992).
- *ENCICLOPEDIA DE CHILE*. Editorial Océano, Tomo III, (2000).
- *LOS GALLEGOS Y EL NUEVO MUNDO. EN LA ÉPOCA VIRREINAL*. Editorial Nono-Art S.A., (1987).
- *APUNTES PARA LA HISTORIA DE MONFORTE DE LEMOS*. Luis Moure Mariño, Xunta de Galicia, (1997).
- *RUTA DE CONQUISTA*, Marc Roquefere. BHA Impresores. Banco Sudamericano, (1990).
- *HISTORIA DE CHILE*, Alonso de Góngora y Marmolejo. Colección *Historiadores de Chile*, biblioteca IDEA-U. DE SANTIAGO DE CHILE.(1945).
- *HISTORIA GENERAL DE CHILE, Tomos I y II*, Diego Barros Arana. Editorial Universitaria, (2000).
- *HISTORIA GENERAL DEL REYNO DE CHILE*, Diego Rosales. Imprenta El Mercurio, (1878). Valparaíso-Chile.

- *DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE CHILE*, Miguel Luis Amunátegui. Imprenta Barcelona, (1913). Santiago de Chile.
- *COLECCIÓN DE DOCUMENTOS INÉDITOS PARA LA HISTORIA CHILENA. VALDIVIA Y SUS COMPAÑEROS*. Tomo XVI, José Toribio Medina. Imprenta Elzeviriana, (1898).
- *AY MAMA INÉS*, Jorge Guzmán. Colección Tierra firme, Fondo de Cultura Económica, (1999).
- *VOZ DE ARAUCO*, Ernesto Wilhelm de Moesbach. Ediciones Séneca, Santiago de Chile, (1998).
- *SANTIAGO E AMÉRICA*. Arcebispado de Santiago de Compostela, (1993). Xunta de Galicia.
- *ESTILO Y PALEOGRAFÍA DE LOS DOCUMENTOS CHILENOS (SIGLOS XVI Y XVII)*. José Ricardo Morales. Editorial Universitaria, (1980).
- *HISTORIA SOCIAL DE CHILE Y AMÉRICA*. Rolando Mellafe, Editorial Universitaria (1986).





ISBN 84-453-3133-7



SECRETARÍA XERAL DE RELACIÓNS  
COAS COMUNIDADES GALEGAS